ACANTILADO

Marta Carnicero Hernanz

Matrioskas

ACANTILADO

Marta Carnicero Hernanz

Matrioskas

MARTA CARNICERO HERNANZ

MATRIOSKAS

ACANTILADO
BARCELONA 2023

A todas ellas.

Per tu retorno d'un exili vell
com si tornés d'enlloc. I alhora et sé
terra natal, antiga claror meva,
i l'indret on la culpa es feia carn.
[…]
Per tu retorno d'un exili vell,
refugi contra tu, des d'on trair
la primera abraçada i on triar,
des de l'enyor, l'escanyall d'unes mans.

MARIA-MERCÈ MARÇAL

[Por ti regreso de un lejano exilio | como si volviera de ninguna parte. Y a la vez te sé | tierra natal, mi antigua luz, | y el lugar en que la culpa se | transformaba en carne | […] | Por ti regreso de un lejano exilio, | refugio contra ti, desde donde traicionar | el primer abrazo y donde elegir, | desde la añoranza, unas manos enlazadas. Trad. Neus Aguado].

Retrobaré les mares que he perdut.
N'estic segura.

SÒNIA MOLL GAMBOA

[Recuperaré a las madres que perdí. | Estoy segura].

MATARRATAS

Revisas la taquilla; hay matarratas de sobra. La vida te regala lo que tanto anhelabas, ¿o es que hablabas por hablar? Lo estudias a conciencia, una vez más. ¿Es él? ¿Seguro? En aquella época lo habrías reconocido en la oscuridad más absoluta.

Tampoco hoy te hará falta guiarte por su olor, ese tufo animal del que pasea de incógnito para convertirse en fiera en cuanto puede. O tal vez sí: reconocerlo te llevaría a enloquecer, te prestaría el valor que te falta para dejar de temblar y alcanzar el matarratas.

Porque si estás temblando no es por la represalia. Son los nervios. Pocas cosas te darían más paz que lo que ahora vas a hacer. Imaginarte la nieve cubriéndolo todo es su versión inofensiva, la que intentas convocar cuando la noche te obliga, un día más, a cerrar los ojos buscando descanso: miles de copos ligeros cayendo sin prisa desde bien arriba. Pero no es momento de nieves. Tendrás que conformarte con él como cabeza de turco, con que sea él sólo quien pague por todos. Debería bastarte.

Era tu sueño, ¿no? Tenerlo aquí es casi un milagro.

Demasiadas veces te lo has imaginado llegando al restaurante, eligiendo una mesa: con la familia, con el resto de alimañas, con una amante que no sabrías decir si es preferible que no sepa nada o que pueda imaginarse, con todo detalle, al tipo de monstruo al que agarra del brazo. Demasiadas veces te has visto liquidándolos a todos: acabando con él, con su sargento, con su teniente, con su comandante. Alguien tendrá que hacerlo.

Pero ha venido acompañado; hoy trae a su mujer. Y a una hija que puede tener la edad de Sara, más o menos. Una chica que, ella sí, eso seguro, fue buscada. Y querida también.

Compruebas la comanda. Dos sopas. Preguntas de quién son. «La niña y el padre», responde Ilaria, empujando la puerta con un plato en cada mano.

En la cocina, esta mañana, Tom te ha mostrado el periódico. «En tu país…», ha dicho, «¿Has visto?». Has asentido sin hablar, mirando la foto. Y has vuelto a pensar en los demás, en los que no llenarán informativos por falta de rango y que, como éste, como tantísimos otros, se pasean tranquilamente a pocos kilómetros de donde tú viviste: en los criminales que todos conocen pero a quienes nadie se plantea señalar, ya nadie va a juzgar y has tenido que ser tú, en tu cabeza, quien condenase a veneno tantas veces.

«En tu país…», insiste el compañero, mientras tú, mentalmente, has empezado a diluir el matarratas en la sopa, «En tu país…». Y lo dejas parlotear porque ya ni lo oyes. En tu visión de hoy, tu víctima espera sus platos. Esta noche volverás a fulminarla.

Remueves sin prisa, fabulando. «En tu país…», insiste Tom, zarandeando el

retrato del cabrón recién condenado, como por si por ser *de tu país* tuvieras que conocerlo de vista, a él y a todos los criminales de guerra que menciona el noticiario, «En tu país…».

También al cabrón del periódico te lo habrías cargado si lo hubieras visto entrar. No basta con la prisión dictada por un tribunal habituado a escuchar atrocidades. El dolor exige un precio; el sufrimiento causado requiere agonía.

De haber odiado antes, como ellos, ya habrías terminado. De haber odiado más y mucho antes no estarías aquí, preparada para justificar lo que tanto has soñado. Porque son dos sopas las que estás mandando fuera: dos. Y la chica es inocente. No todo vale.

Al principio perdiste la memoria y en su lugar se quedó un dolor preciso, irresoluble, lacerante. Mucho después, cuando ya no la esperabas, emergió la obsesión por reconstruir escrupulosamente lo que fue y consumar la venganza: la certeza de encontrarte al verdugo en la otra acera esperando el bus, saliendo de un tren, llegando al restaurante, eligiendo una mesa. Será por eso que al meterte en la cama, cuando el recuerdo vuelve a ti para acecharte, ansías acercarte con la mirada fija y una sonrisa cínica; preguntarle despacio «¿Te acuerdas de mí?».

Un día lo harás. Es la única manera.

1

Lo dice como un insulto y ni se entera. Porque cuando mamá nos compara lo está insultando a él. No se ha fijado en que se la ve venir, que es transparente, como cuando las mallas nuevas, que en la tienda se veían bien, normales, gruesas, te clarean las bragas y vas por el mundo dando pena. Y es que la voz le transparenta el odio, o la rabia, de que papá haya cambiado. O de que yo me le parezca.

No ha llegado a darse cuenta de que tanta perfección, tanto ir por el mundo llenándose la boca de Grandes Conceptos (¡Dignidad! ¡Coherencia! ¡Esfuerzo!) no le va a servir de nada. Porque, al final, resulta que era humana. Papá se calla, para tener la fiesta en paz, pero yo muero por gritarlo a voz en cuello. Y ella actúa como si todo fuese normalísimo cuando por la noche llega el momento de recordarnos (con aquella soberbia disfrazada de sonrisa, medio diciendo «Tampoco es necesario que hablemos de ello») que necesita el sofá «Por el tema de la alergia». Como si de un día para otro, después de veinte años, el colchón donde dormía con papá se le hubiese transformado en avispero.

Porque mamá no ha vuelto a su cama ni lo hará. En cuanto se haya ido, y no puede faltar mucho, el piso saldrá del letargo como un animal se despereza. Lo vi en casa de Júlia: un día subes con ella y los sofás han desaparecido. Al día siguiente, en el recibidor, tropiezas con unos cartones y una alfombra; en el baño, un cactus de plástico que casi regarías y un juego de toallas de tacto almidonado suspendidas de unos ganchos con ventosa; las antiguas, abandonadas sobre la mampara como títeres rendidos, ya no están. Y a la estera de ducha, con aquel olor a húmedo, la supones ensuciando otro lavabo, en otro piso.

MASA MADRE

Como si ellos no estuvieran, las voces de Tom e Ilaria te llegan filtradas. Te lleva sucediendo desde el primer día: las conversaciones de tu entorno, que en otra vida encontraban la grieta y te impedían leer en el tren, en el bus, perdían su poder cuando viajabas. Incluso el inglés, que en aquella época enseñabas en la escuela, se encontraba el camino cortado: era así cuando te desplazabas por placer y es así ahora; sólo la lengua de tus padres consigue colarse. Y, sin embargo, a veces dudas de que, después de tantos años de no hablarla—con la onerosa excepción de las llamadas de rigor—, continúe siendo tuya.

Toda ciudad europea con vocación de gran urbe tiene, al menos, un bistró elegante donde dejarse ver, y éste es uno de ellos. Aquí, en el café Essaouira—cuya dueña se esmera en impostar el acento, insistiendo en «fusionar el *savoir faire* francés con el color mediterráneo»—, aprendiste la cocina que practicas. También aquí decidiste dar la espalda a los pucheros de otra vida. No existe ni medio recuerdo que salvarías de la quema, si con una descarga de *electroshock* pudieses borrarte la memoria, pero eso te lo guardas mientras calientas la leche para el *pain perdu*. A ese *pain*, por si las moscas, ni te acercas. Hay sabores que podrían reventarte la cabeza.

Has rallado el limón y la naranja para echarlos a la leche, que endulzas con miel. Añadirías canela si no tuvieras que olerla. Esperarás a que la leche se enfríe para bañar en ella el pan; cuidarás cada pedazo como si fuese el único. También el pan es el resultado de tu esfuerzo, de la paciencia y el tiempo invertidos en la masa que un antiguo compañero te entregó para que tú la custodiases como a un legado vivo. Nunca habías usado masa madre y la protegías como a una planta extraña; la alimentabas con paciencia y mantenías con ella diálogos que eran coloquios íntimos, maravillada por la habilidad de aquella mezcla para impulsar rebeliones mudas en la oscuridad más absoluta.

Hoy es tan parte de ti que podrías atenderla por su olor. La percibes, palpitante, mientras crece. Y has aprendido a celebrar su aroma tibio como ella celebra la vida desbordando, derramándose, amplificando con la memoria del tiempo lo que tus manos le han confiado y que tú no has contado a nadie.

La memoria de las manos es exactamente eso: un código heredado que no quieres borrar, la clase de legado que tantas manos, antes, han sabido cultivar más allá del dolor de nacer desposeídas. Es automática, mecánica; esquiva el recuerdo. Tan sólo así, desnuda, ha sabido eludir la transmisión del sufrimiento, concentrar el ADN colectivo contenido en cada gesto. Te conecta a las mujeres que te han precedido con un mensaje tácito.

Cocinas para subsistir, porque tú también quieres llegar a fin de mes, pero

no hay nada más alejado de la mera subsistencia. Hay rebeldía en el acto subversivo de celebrar la vida, en la búsqueda del placer tras la imposición de un reinado engañoso entre cuatro paredes. Tu callado ritual elude los controles para sumarse al clamor de tantas otras, dócilmente sumisas, que en la cocina, afanosas las manos, van a seguir pensando.

2

Acabará yéndose mamá, si esto revienta, porque fue ella quien lo empezó todo. Y porque papá tiene aquí su consulta ya hace años. Que la cosa saltase por mi culpa jode un poco, no voy a negarlo, pero es que las cenas aquí en casa podrían ser temario para los interrogatorios de la CIA. *Tercer grado 101: El caso Mas-Vilardaga*. Tenía que pasar, por un motivo u otro. Era cuestión de tiempo; no pienso sentirme culpable.

Las cenas, con o sin interrogatorio, son tema aparte y dependen del día. Últimamente se impone un buenrollismo que no hay quien lo aguante. Ayer mismo, Jan preguntó si podíamos ver *Modern Family*, para acabar ganándose el ya clásico «Otro día, Jan» envuelto, cómo no, en una amplísima sonrisa. ¿A quién quieren engañar? Vivimos en las antípodas de ser una *Modern Family*. Nuestro superpoder es llegar a entender lo que gritan cuando callan. «Otro día, Jan»: si rematan la frase con tu nombre, ni lo intentes; no van a cambiar.

A la hora de comer no suelo estar, pero por la noche, aquí, se cena en la cocina. Cuando menos te lo esperas, eso sí, les da por montarte una noche temática y endosarte un documental de los que te adoctrinan: sentados en fila, en el sofá, cenamos con el plato en la mesa de centro, pero ellos están más pendientes de intervenir que de cenar. Se hacen los sorprendidos para poder ir soltando comentarios, subrayando las partes que juzgan importantes. Acoso en línea o drogas que te absorben, todo vale: intereses ocultos de las grandes corporaciones, peligros del mundo hiperconectado y también (y estos últimos van con discurso) gente-que-no-ha-tenido-la-suerte-de-que-le-toque-un-país-como-éste. Como si éste. A la mañana siguiente, si hay suerte, los convencemos para cenar frente a la tele, en el sofá, y entonces, si todo marcha bien, acabamos repitiendo hasta que un día, en la mesita, mamá se encuentra la cena reseca sin enjuagar.

Pero eso era antes, claro. Cuando todavía no dormía en el sofá «Por lo de la alergia». No sé por qué nos toca recoger a Jan y a mí, si aquí cenamos cuatro. El caso es que mamá se despierta a unas horas demenciales para poder leer un poco antes de trabajar, pero se levanta cruzada, ya se ve. No pillo qué busca con esos inventos. Todo sería distinto si durmiese más.

NO ES JUSTICIA

Has apartado la leche del fuego cuando Tom ha descolgado y te ha hecho un gesto. No te gusta contestar desde el trabajo, pero tu hermana te conoce y no tendrás que pedirle que espabile.

—Se le ha metido en la cabeza—explica—. Ya sabes cómo es.

—¿Hasta cuándo?

—Ni idea. Pero diría que va para largo.

—¿Y por eso te ha mandado telefonear?

—Ya conoces a madre. Es muy capaz de plantarse en tu puerta sin decirte nada. He preferido llama…

—Me paso el día aquí, en el restaurante. Un día puedo faltar, pero…

—Estará bien, Hana. No te agobies. Se quedará en casa.

—Y tampoco habla el idioma.

—Hana…

—Qué.

—Que hay más. ¿Has visto las noticias?

—Me lo han dicho en el trabajo, sí. Salía en el periódico. Pero sabes perfectamente que eso no arregla nada. Los tribunales internacionales no juzgan más que a cuatro. Aún somos muchas…

—Hana.

—Y además, ese cabrón…

—Escucha, Hana.

—Qué.

Silencio al otro lado; tu hermana es la reina de las pausas dramáticas. La ignoras y vuelves a la carga.

—¿Qué pasa, Nora, es que no puedo ni siquiera imaginármelo? No hace ni un mes volví a soñar que lo encaraba. Si no fuese por madre, te digo que ya haría mucho que…

—También por eso llamo—dice.

—¿Qué pasa? ¿Lo habéis visto? ¿Ha vuelto por el pueblo?

—Olvídalo ya, Hana. Déjalo; en serio.

—Escúchame, Nora. Madre puede decir lo que quiera; me da igual. Pero un día de éstos…

—Lo ha embestido un camión.

Ahora callas tú.

—Fue el mes pasado—continúa—. A la salida del pueblo de su suegra. Iba con su mujer. Se ha salvado la chica.

Eso es lo último que entraba en tus planes. Te sostenía la idea difusa de encararlo; se suponía que tenías que volver, forzarlo a responder, mirarlo a los ojos. Tú tenías el derecho a confrontarlo, y tu hermana no entiende—ni tú se

lo dirás—por qué es sólo ese, entre todos los cabrones, quien te habría empujado a volver: por qué, de entre todos los cerdos que abrirías en canal en tu cocina, ese animal pasaría siempre por delante.

—¿No estás contenta?—pregunta.

No contestas.

—Se merece la muerte que ha tenido, Hana… ¿Qué más quieres?

No te entenderá; no puede entenderte. La justicia no es justicia si no es tuya.

3

Las cenas familiares son una fuente inagotable de alegrías. A menudo por mi culpa, eso lo admito. Todo sería más fácil si pudiésemos tener el móvil (o algún libro, lo que sea) para ir pasando el rato, como hace cualquiera. Lo que no se puede hacer es sentarse a la mesa a la aventura, a ver qué pasa, esperando que la improvisación organice la velada. Así, mágicamente.

Diecisiete años, pronto serán dieciocho, cenando en *chez* Mas-Vilardaga. Diecisiete años, dieciocho ya en nada, y aun sabiendo cómo son sigo cayendo en la trampa. Porque me preguntan y contesto, sí, y hasta aquí nada grave, pero es que en cuanto la conversación empieza a acelerarse yo me lanzo, me acabo aferrando a lo que sea y entonces me toca tragar. Es lo que pasa cuando te obligan a hablar y es lo último que quieres: que empiezas con desgana y acabas discutiendo cosas que sí, que quizá ahora ves así, pero que lo último que quieres es tener que analizar, debatir, reflexionar. No digamos ya *reconsiderar*, la palabra del millón, que es lo que tus padres te están pidiendo desde que habéis empezado. Cada cena es una oportunidad de aleccionarte, como si hubieran olvidado (y estuviesen dispuestos a jurar que jamás lo han visto así) que la experiencia de los otros importa una mierda. Porque si eso es lo único que va a importar, señores y señoras del jurado, entonces no hace falta que vivamos: con encerrarnos a leer a los clásicos (que superan de lejos las anécdotas manidas de padres normales) ya estaría, y viviríamos seguros en un mundo donde la experiencia es un fósil en una vitrina, porque las cosas que tienen importancia ya han pasado, fueron como las leemos y ya están decididas.

A veces me propongo ser mejor. Yo tampoco soy fácil, o no lo soy del todo, pero si salto es porque ellos me han pinchado, y si lo hacen, al final, es cosa suya. Por algún lado, qué más puedo decir, me acabará saliendo; no es tan raro. Los padres de Dària matarían por tener una hija como yo, que no dice mentiras, consigue notazas y aparece puntual a la hora absurda que le fijan. Ni fumo ni bebo, y ocasiones tengo las que quiera, pero eso a mis padres les parece normalísimo, porque suponen que será mérito suyo. «Nuestra Sara es difícil», dicen siempre. Así, en formato de verdad absoluta. Y no miran más allá: ahí sí se ponen de acuerdo, y enseguida. Mis intentos de mejora, eso lo acepto, tampoco duran tanto. En general, me esfuerzo por ser amable un par de días, hasta que el plasta de mi hermano la vuelve a liar.

MARCAS

Entre semana las noches suelen ser tranquilas, e Ilaria ha reparado enseguida en la mujer que abandonaba su silla a media cena. Marchaba con prisas para ocultar el llanto; ha dejado el abrigo y al principio ha parecido que salía a airearse. Al notar el frío ya debía de estar lejos, o tal vez ha tenido vergüenza de volver, porque sus acompañantes, que al primer vistazo eran colegas del trabajo, han devuelto su plato casi intacto cuando los segundos ya estaban por salir.

Su lenguado, frío, se lo ha comido Tom en un par de mordiscos, hace un rato. La última mesa se levantaba cuando el teléfono ha sonado. Alguien te preguntaba por un abrigo, al otro lado.

—No se preocupe; se lo guardo—has respondido—. ¿Me da un nombre?

Te ha dado el apellido. Por inercia ha empezado a deletrearlo.

—No se preocupe—la has cortado—. Ya lo tengo.

—¿Conoce el idioma?

—Desde siempre.

—¿Le importa si voy ahora?—ha dicho la voz.

Ilaria y Tom se despedían por gestos, exagerando como un mimo. Jamal ya estaba fuera.

—Estamos cerrando—has dicho—. Mejor mañana, si…

—Llegaría en dos minutos; estoy aquí mismo… ¿Se han ido ya todos de la mesa del fondo? La redonda.

—No quedan clientes.

—¿Estará usted?

—Estaré, sí. Pero no tarde.

La noche es fría, pero ella ha llegado sin chaqueta ni abrigo, como si hubiese estado esperando a volver. Le ofreces un té; la supones helada. Karla se marcha: «¿Cierras tú?».

No se presenta hasta que Karla se ha marchado. Se llama Alma. Te preguntas cuántas veces, en el último año, se habrá topado con alguien que pueda pronunciar bien su apellido. Y, sin embargo, te ha hablado en su lengua de adopción, como lo harías tú.

—Lo siento—ha dicho—. Sólo quería… ¿Puedo pagaros mi cena?

—Olvídate de eso. ¿Estás bien? ¿Alguien te ha molestado?

—No, no. Son buena gente. Están…—Se ha detenido, buscando las palabras—. Rodando un documental. Para la tele. La más joven, Fanni, la que llevaba trenza…, vino a verme y me estuvo contando. Es buena chica. Le dije que sí, que estaba preparada. Que lo haría.

—¿Participar en el documental? ¿Hablar con ella?

—De lo que fue todo aquello, sí; entonces y ahora. Dejar que saliera. Ella

tiene razón; si callar no ha servido… Después de tanto tiempo aún lo tengo aquí; me sigue ahogando. Quería soltar un grito. Por todas. Quería gritar, pero…

Has pensado en el rastro; pronto no quedará nada. No son los años lo que desgasta el recuerdo. Es el lavado de cara, el olvido buscado; es tener que convivir con el cinismo de quienes os niegan para apropiarse del dolor que os causaron. Te lo repite Nora cada vez que os llamáis. «Lo están blanqueando todo. ¿Te acuerdas de la pared de detrás del gimnasio? La están rebozando, Hana. Es para llorar. Están borrando cada marca».

Hay sufrimiento para dar y tomar, pero el menos herido ha aprendido a guardárselo como un mal menor. Cuando la humillación desequilibra la balanza, desenterrar el pasado se vuelve de mal gusto para quienes buscan ahorrarse la vergüenza de sus actos. Insistirán en que fue una época difícil y hay que ser tolerante; en que hay que convivir, en que todos perdieron. Y quizá les comprarías el discurso, del lado del vencido, si no fuera tan claro que es siempre el ganador quien propone avanzar, dejar atrás el pasado y no volverse. El silencio es negación. Y no puedes, ni querrás, guardarte el dolor en nombre de la buena educación que se os requiere.

—Quería gritar, pero no puedo—insiste—. Mira mis manos. Fíjate. Son casi veinte años, pero está todo igual de tierno, ¿ves? Me he marchado hace un buen rato, nadie me obliga a nada, pero siguen temblando. Y las piernas, también: mira. Y eso es por fuera. Quería hablar, gritar. Pero todo esto…

—Podría hacerlo yo—te ha sorprendido oírte—. En tu lugar; si es que eso va a ayudarte. También viví la guerra. Si se trata de hablar, de compartir la experiencia…

Te ha mirado como si la hubieran pillado robando en el súper y te hubieras ofrecido a pagar tú. No podrías decir por qué lo has hecho, aunque ya te arrepientes.

—Sólo si va a servir—has insistido, queriendo retractarte.

No te mira a los ojos. No responde. Te preguntas si estás a tiempo de rectificar.

—No es eso—contesta, finalmente—. Es que…

—Mira, ¿sabes qué? No he dicho nada. Si vas a hablar, que sea porque quieres. Y cuando quieras.

—Yo estuve en Vilina Vlas.

Ha vuelto todo. Los gritos, el olor, el terror como una mancha que persiste. No te hace falta haber estado allí para saber de qué está hablando.

Le acercas la mano al hombro, lentamente. La notas temblar más. Agacha la cabeza, se tapa la cara. Está llorando. Le preguntas en la lengua de tus padres si puedes abrazarla.

—¿Trata de Vilina Vlas?

—De lo que nos hicieron. Allí y en todas partes.

«Es para llorar, Hana. Lo están borrando todo; están tapando cada marca. Es para llorar, Hana. Para llorar».

—Entonces—te oyes decir—cuenta conmigo.

Todavía no sabes lo que has hecho.

—¿Tú también?

Pasarás la noche en blanco en el sofá, revolviéndote, deseando que amanezca para poder llamar a aquella gente y anunciarles que sí, que tú sí puedes y estás dispuesta a hacerlo; para pedir a unos desconocidos que no van a entender quién llama, ni qué quiere, que te acepten en un reportaje sobre el que no sabes nada.

Pero he dicho que todo empezó por una historia mía. Estábamos cenando, sin tele ni nada, y cualquiera de los dos (antes de todo esto, papá y mamá eran una roca, un todo inquebrantable) decidió que nos tocaba hablar de vacaciones: cuando te crees que te has librado de la eterna redacción del primer día de curso descubres que tus padres vivirán por siempre en la primaria. Primero sonsacaron a Jan; cotillearon un poco sobre Pau y Mila, y entonces, lo estaban deseando, llegaron a Dària y de allí saltaron hasta Aleix. «¿Y por qué no va a ir, si su padre se lo paga?». Hablemos claro: desde que se presentó en el básquet como espónsor, con menos perspectiva que dinero, el padre de Aleix (tan engreído, tan altivo, tan economista) dejó de caerles bien. No sabría decir qué es lo que más le envidian, si su total indiferencia al rechazo de otros padres o la veneración que el equipo entero le profesa. En el fondo, poco importa. Así empezaron, discutiendo por la frivolidad de viajar a cinco mil kilómetros por el resultado de un sencillo test de ADN, de esos que llevan un palito que te pasas por la boca y luego mandas a un laboratorio remoto en Canadá.

—Triste, ¿por qué?—quise saber.

—Porque ya me dirás qué va a sacar de pasarse en Irán la Semana Santa.

—Joder, *bro*, ya te lo he dicho: que tiene un dos por ciento de origen persa. ¿No lo pillas?

—¿Te importa hablar bien?

—¡De Persia, mamá! ¡Irán!

—Pero si todo eso es una patraña, ¿no lo ves?

—Patraña, tampoco—intervino papá—. Con una muestra de éstas, se llega a determi…

—Patraña, Pep. ¿Lo dejamos aquí?

—Yo solamente digo…

—No, Pep. Te lo digo yo a ti. —Y lo miró como cuando nos chista con los ojos, a Jan y a mí, en medio de una tienda.

Papá se calló, pero yo sólo quería abrir la boca y pegar gritos.

—Pues yo me lo haré igual.

—¿Con qué dinero?

—Eso me la suda. Pero yo me lo hago.

Entonces mamá, como con todos los *tattoos* que jamás me han dibujado, los *piercings* que nunca me haré y las discotecas donde podría haber entrado mil veces si no fuera por ella (un día, si acaso, tocará hablar de sus terrores, de sus mierdas), sacó la artillería. Jamás tendrá medida.

—Lo siento—declaró—, pero todavía eres menor.

Incluso sin mirarla habría podido dibujarle la sonrisa.

—En serio, mamá. ¿Por qué eres así? ¡Si ya tengo el dinero!

—¿Así, cómo?—Con la típica voz suave de «No pienso gritar porque gritarás tú».

—Por qué tienes que andar jodiendo siempre. A Jan, a papá, a mí.

La sonrisa se le borró de un plumazo. Me miró fijamente sin decir palabra, como si estuviera en una serie, y no sé si esperaba que papá la defendiera o se estaba preparando para aislarse en una torre, de esas que se construye de silencios.

Papá no dijo nada.

COMO UN VENENO

Colabas el caldo cuando Camille ha llamado a la puerta. Estaba sin tinta y te has ofrecido a imprimirle la práctica aquí, en el restaurante. Empezasteis a desayunar después de una caída, hará ya un par de meses: la invitaste a pasar con la bici, le limpiaste la rodilla y le ofreciste un té. Jamás habías curado a una futura médica; si lo hiciste mal, no dijo nada.

Camille es quien os trae, dos días por semana, el requesón y la mantequilla ahumada. A veces, cuando tiene, algún queso de cabra. Al probar por primera vez la mantequilla te sentiste morir; el recuerdo te ahogaba con el sabor a lumbre. Dijiste *deliciosa* porque lo era: como un veneno; como otro pasado, reescribiendo tu futuro en cada cruce.

Imprimiéndole la práctica ha ganado un rato. La noche pasada, te explica, apenas ha dormido. «Por el examen», dice. «Pues estamos igual—contestas tú —. Acabo de saber que mi madre viene a casa. A instalarse». «¿Os lleváis mal?». «No es eso—aclaras—; un día te lo cuento». No le dirás que pasados los cuarenta te sigue marcando con puño de hierro. Que lo consigue, incluso, desde otro país.

5

Después de cenar siguieron peleados. Jan se metió en su cuarto y yo en el baño, hasta las narices de estar siempre en medio de sus broncas, pero ellos se quedaron en el salón un rato más. No sabría decir cómo, porque en ningún momento allí se alzó la voz, pero cuando abrí la puerta se hablaban a gritos. O como si lo hiciesen. Era el tono, no el qué, lo que llegaba, excepto en el momento en que oí a papá decir: «Pues empieza a ser blablá que ella lo sepa».

Empecé a rayarme de la hostia, porque yo siempre he sido bastante de buscar las conexiones, y me puedo tirar horas observando a la gente y tratando de adivinar qué es lo que esconde. Lo mejor, en el metro, es picarte con alguien, clavarle la mirada y divertirte viendo cómo se esfuerza en aguantártela, sobre todo si ese día no quieres pensar. En los días normales me distraigo jugando a parentescos («Ésa podría ser la hija, abuela, hermana…») y en descubrir los secretos que la peña cree que esconde. La gente lleva la verdad encima y ni se entera.

El problema con los secretos es que los hay de todo tipo, desde la noticia de un Erasmus hasta el recuerdo que te pone loquísima y no puedes contar. Por eso deberían tener nombres distintos. *Secreto* no sirve: los secretos de verdad (una fiesta sorpresa, un ridículo espantoso) se acaban contando; para el resto (el dolor del abuso, el silencio impuesto, la angustia, la culpa) habría que inventar otra palabra. *Secreto* no vale, suena como una broma. Es casi cínico; no sirve.

Pensar que yo misma pueda tener un gran secreto, de los buenos o los malos, un secreto que empieza a ser ¿necesario? ¿peligroso? ¿urgente? que conozca, me desquicia. Pero quizá, quién sabe, sea algo suyo lo que tengan que contarme.

Me encerré de nuevo en el baño haciendo girar el pomo lentamente, echando el cerrojo con cuidado; encendí la luz para buscarme en el reflejo y estudiarme. ¿Y si ya no se quieren? ¿Y si alguno de los dos se ha puesto enfermo? Me arrepentí del mal rato que había hecho pasar a mi madre.

O a lo mejor soy yo la que está enferma. ¿Y si soy adoptada y nadie me lo ha dicho? ¿Y si Jan se hace el test y descubrimos que mi padre no es el suyo, o que existe algún rollo genético que nos afecta? «Si mamá se lo ha callado—me decía—, si se ha guardado un problema que ha sido mío desde el minuto cero, se las carga».

Me esforzaba por observar a la chica del espejo como si no la conociera, pero no supe ver nada. «A lo mejor—me oí decir, sin musitar palabra—es porque ha vuelto a chistar a papá en público y mi padre ha decidido que ya vale».

O a lo mejor es otra cosa. A lo mejor es un *secreto* en toda regla.

De los malos.

BALDOSAS

No sabes qué esperar. Confirmas que Fanni, la productora del documental, es tan amable, por teléfono, como te la pintó Alma. Cuando la llamaste, hará un par de días, te escuchó sin interrumpir, te agradeció sus noticias y se alegró de que estuvieses dispuesta a sumarte al proyecto. Desde entonces has dormido mal, deseando y temiendo a la vez que llegase este día.

Te ha citado en un edificio en las afueras, un antiguo almacén de grandes ventanales reconvertido, como la mayor parte del vecindario postindustrial que te rodea, en un espacio diáfano y moderno. A Fanni la esperas en una sala luminosa de parquet claro, amueblada con un sofá gris que se diría nuevo, dos butacas, una mesita y un ficus altísimo. En la sala de al lado, cuya puerta está abierta, ves una silla dispuesta en el centro de una alfombra, un gran helecho, un par de cámaras, un reflector y un foco. El detalle de la alfombra sobre el suelo industrial—el original que alguien habrá cubierto en la sala de espera—busca la calidez, compensar la frialdad de una sala que debieron de ocupar imprentas o telares, pero no lo consigue: el espacio es más pequeño, sí, y los ventanales, más grandes y mucho más bajos, pero el pavimento es el mismo que el de la cementera. No hay más que verlo para saber que estará helado.

Agradeces que Fanni continúe ocupada: necesitarás un minuto, o diez, o incluso veinte. Intentas concentrarte en la planta, en los arabescos de la alfombra, en la llegada inminente de tu madre, a quien recogerás en el aeropuerto cuando acabes, pero el embaldosado gris te arrastra sin remedio hasta el día en que os llevaron a la cementera.

Revives una vez más la situación, preguntándote qué podrías haber hecho tú para evitarla: escribías en la pizarra cuando los gritos te han alarmado y has salido al pasillo. Conocías a uno de los hombres que han cruzado; es el padre de un alumno que tuviste un par de cursos. Eso te ha tranquilizado hasta que, en el aula, alguien ha gritado que en el patio separaban a los de cuarto y el grupo ha corrido a apretujarse en las ventanas. Al otro lado del cristal uno de los hombres levantaba un fusil y ha disparado al aire. No ha hecho falta poner orden para que todos volviesen al sitio. Los gallitos de la clase no han chistado.

Has subido al autobús con un par de alumnas. Tu sobrina, que va con los mayores, estaba ya dentro, sentada con dos chicas. Has tratado de captar su atención mientras que, en tu cabeza, la urgencia de llamar a Dino, a tus padres, a tu hermana—para dar señales de vida, avisarles de que Nina está contigo, despedirte al menos—, te apremiaba. Te preguntas si habrías podido llamar desde la secretaría; si los encontrarás allí a donde os trasladan. Has entendido que el miedo se construye: nadie te dice a dónde vas, qué encontrarás allí ni qué os pasará cuando lleguéis, pero lo intuyes todo, como los animales que van al matadero, y maldices la imaginación que te ha acompañado desde niña.

Te acuerdas de las guardias en la escuela, cuando con gesto adusto franqueabas la puerta y te divertía jugar a ser la mala, la fría, a imponerte para evitar las chulerías de cuatro niñatos con ganas de tocarte las narices. Te preguntas si los soldados que os custodian también se ríen por dentro, si todo esto acabará quedando en nada y sus gritos son también mera impostura. Son los nervios, te obligas a pensar, lo que los lleva a comportarse de ese modo: también ellos tienen miedo. Te esfuerzas, todavía, por encontrar a la persona que hay en ellos.

No has llorado. Aún no estás llorando, y eso te convierte en el puntal que tú querías. Te sientes responsable por las chicas, tus alumnas, como si dejarte llevar por la desesperación que ya ha vencido a más de una, que en su asiento agacha la cabeza para llorar con discreción, como rezan las tías, no fuera contigo. Hay una mujer con un bebé que también lleva dos niñas; la oyes advertir con un hilo de voz que aquí, sobre todo, hay que portarse bien. Por primera vez te alegras de no haber tenido hijos. También tú has insistido a Nina, a las alumnas, que rehúyan las miradas directas cuanto puedan.

El autobús se detiene en una explanada, junto a una cementera. Hay varias naves de ladrillo rojizo encajadas de forma escalonada en el desnivel del paisaje árido. En los alrededores, nada. Los primeros días, hasta que esto se llene, parecerá que sobra espacio. Son naves parecidas: cuatro muros compactos sin más abertura que unos altísimos ventanales, a tantos metros por encima de vuestras cabezas que no os permiten saber qué pasa fuera. Los cristales están rotos y se oye silbar el viento por ligera que sea la corriente. No quieres ni imaginar qué puede ser esto cuando hiela.

Entre los jóvenes armados has encontrado a uno a quien ya conocías, hermano de un buen alumno, con un par de compañeros. Si te lo hubieras cruzado por la calle, hace escasas semanas, seguro que te habría saludado. Al volverte la cara, esta mañana, has querido pensar que te estaba protegiendo. Desde que estáis aquí, cualquier sombra de generosidad, real o percibida, se exagera; cualquier excusa es válida para mandar al enemigo al equipo necesario de los que no son mala gente. Buena gente*, entre la miseria humana*. Buena gente*, porque no han tenido voz ni voto en las acciones que os han arrastrado a este lugar. Y sin embargo están todos aquí, llevando al extremo este juego incomprensible. Ya es lo bastante terrible la forma en que los cambios del país, del territorio, se traducen en una hostilidad directa cuerpo a cuerpo, entre vecinos.*

Por la tarde, a lo lejos, te ha parecido ver a otro hombre que ya conocías, pero esta vez te las has ingeniado para esconderte. Os presentaron en una boda, amigos de amigos, y estuviste evitándolo varias semanas. Maldecías a quien fuese que le hubiera pasado tu teléfono: parecía inmune a tu desinterés, los primeros días, y a la negativa clara que mostraste después, a medida que perseveraba en la insistencia. La educación que te habían dado te impedía ser grosera, y pese a que tu frialdad parecía insuficiente para combatir unos avances que te habían

hartado, te violentaba tener que herir sus sentimientos para demostrarle el rechazo que sentías, de una vez por todas y sin paños calientes. Ni siquiera un novio inventado, en aquella época de antes de Dino, te ayudó. Desapareció como había venido: si se cansó de insistir es porque debió de colgarse de alguna otra. Cruzas los dedos con la esperanza de que siga queriéndola; te sorprendería que encontrártelo aquí fuese a beneficiarte.

Por la noche la oscuridad es absoluta y el suelo está helado, aunque la primavera esté muy avanzada. Te has puesto la chaqueta; en el bolso llevabas un libro y te sirve de almohada. Te acurrucas como puedes, pero enseguida te acercas a ayudar a una mujer que insiste en levantarse. En el autobús, al que ha subido con muleta, se lamentaba por los calmantes que van a faltarle. Menuda como es, parece imposible que pueda gritar tanto. Te esfuerzas por tranquilizarla, sin fortuna.

Los soldados han entrado con linternas, han recorrido la nave y se han llevado a cuatro: no eran las más jóvenes ni las más bonitas, y eso, a las que estáis aquí—aunque nadie se haya atrevido a abrir la boca—parece que os calma. Enseguida volvéis a quedaros a oscuras; la mujer de la muleta se ha callado. Mientras te revuelves buscando la postura te prometes que no volverás a beber agua, nunca más, cuando haya anochecido. Prefieres no dormir a tener que salir fuera.

Piensas en Dino. Entre las veladuras del sueño has oído un tiro, uno sólo, resonando en la cantera. La cabeza se dispara porque estas paredes no os dejan ver nada, aunque sea de día. Te imaginas a los mandos felicitándose por la idea de la cementera.

Quisieras decir a Fanni que haber puesto distancia con el pasado ha sido una mejora, aunque en este país, tan a menudo, falte el sol; que te has levantado tantas veces que no queda nada que pueda afectarte; que tu historia, que fue piedra afilada, es ya canto rodado de tanto oírtela contar, de tanto esforzarte por normalizar lo inasumible, porque si pasó, te guste o no, había que aceptarla. Quisieras decirle todo eso, pero no quieres mentir.

Hace dieciocho años que huyes del pasado, y cuando alguien te ha llamado *superviviente* es porque algún insensible le ha hablado de ti. El día a día es un campo de minas esperando, paciente, su momento de gloria, porque son los detalles, como este suelo gris, lo que lo hace estallar todo y te demuestra la fragilidad del refugio que llevas años levantando. Por eso os llaman *supervivientes*, porque se supone que habéis vivido niveles de dolor, de humillación y miseria suficientes para hundir a cualquiera, pero que a vosotras, por suerte vuestra, sólo os han roto por dentro. No podrías decir qué imagina la gente cuando desembarca con la artillería compasiva para imponerte *la palabra* como un premio, pero has aprendido a traducir la mirada que acompaña el cumplido: «Admiro de verdad tu fortaleza; no sé qué habría hecho en tu lugar. ¿De verdad que no quieres sentarte? Ha debido de

ser durísimo, terrible… Acepta mis disculpas en nombre de esta gente. Y, sobre todo, no te preocupes si no te apetece reír cuando riamos. No estás sola, ¿sabes? Me tienes a mí; puedo entenderte».

Una *superviviente* lo es porque ha resistido lo que algunos no pueden aceptar ni en las películas. Por eso, en la práctica, nadie puede ayudarte, porque lo que se ve en el cine está pensado para ser digerido de camino a casa y olvidado al buscar las llaves. Si la angustia es excesiva y por la noche es difícil dormir, uno puede insistirse en que aquello era ficción, y que la imagen del pequeño que no deja de asediarlo, con esos ojos acechantes, era el pretexto para hablar de algo más grande, una mera herramienta y poco más. Con la información del noticiario, la estrategia es otra: para aceptar el mundo hay que pensar en colectivo. Cuando los desgraciados son cifras resulta imposible darles nombre, y ése es el primer engaño en el camino del olvido.

Fanni es más joven de lo que parecía por teléfono. Te alegras por ello; hoy no es un día para aguantar paternalismos. Luce una sonrisa bien alineada que enseguida le envidias. No tiene unos ojos, una nariz, ninguna facción que, tomada por sí sola, resulte particularmente bonita, pero es una belleza por los cuatro costados. Lleva el pelo largo, como Nina. Ha llegado con prisas y pidiendo perdón por el retraso. Quieres caerle bien y respondes que no importa.

—Al final—concluye Fanni—, y eso sucede siempre, en todas las guerras, la violencia que se impone a las mujeres es la misma en todos los bandos. La guerra es la excusa, el permiso que ellos se conceden para convertirse en bestias. Por eso nos interesan las mujeres, no el conflicto. Y por eso hemos querido presentar una muestra: de orígenes diversos, de todas las creencias.

La comprendes muy bien. Ante todo sois mujeres que sufren: si vosotras sois víctimas no es por la guerra.

—Nuestra idea—continúa—es narrar el horror. Sabemos que no es fácil, que os estamos pidiendo que reviváis situaciones que, muy probablemente, seguís haciendo esfuerzos por negar. —Se detiene un momento, por si quisieras decir algo, pero tú no abres la boca—. Y sabemos que es duro, pero a nosotras nos parece un deber relatárselo al mundo: mostrar que las cifras, las decenas de miles, contabilizan a las mujeres que sobrevivieron y, de éstas, las que se han atrevido a hablar; denunciar que el número de violadores sentenciados es casi una broma, que el hotel donde se torturó, violó y asesinó a mujeres y niñas funciona hoy en día como balneario, ocupado por turistas que ni pueden sospechar lo que pasó.

»Nos gustaría presentarnos a algunos certámenes para llegar lo más lejos posible en nuestro objetivo de mostrar lo que se ha silenciado.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Respondiendo a las preguntas; sólo eso. Habrá cámaras, claro, pero lo

que nos interesa es hablar contigo. ¿Te ves con fuerzas para hacerlo?

Recuerdas que al principio tu madre, los vecinos, te daban la espalda. «Lo hacen—repetía—porque no saben qué decir». Y tú, que habías tenido que callarte el grito, las palabras que querían escaparse en tromba, no podías creer que ellos no las tuvieran. No saber elegirlas, entendiste luego, no significaba que faltasen. Era su forma de quedar paralizados por el horror, tal como tú quedaste congelada, esa primera vez, ante la urgencia de unas manos buscando el pantalón para desabrocharlo.

Con los años todo ha cambiado. Cuando parece que llega, por fin, el momento de hablar claro, la gente calla. Los vecinos callan. Tu madre calla y, sobre todo, actúa como si nada hubiera sucedido, no tanto para ahorrarse el sufrimiento como para evitar la necesidad de justificar nada. *Justificar*, ella, que es incapaz de referirse a una violación sin usar eufemismos: «No sé de una sola vecina—dijo un día—a quien le haya pasado lo que a ti». Incluso en tu casa, ahora que viene a instalarse, seguirá viviendo de cara a la galería.

Tu madre se ha pasado la vida aleccionando: ir *según como*, decir *según qué*, les puede hacer pensar *a ellos* que les cedes tus derechos, «y el suyo—insiste—pesa siempre mucho más, te guste o no». La lógica es a la vez simple y tramposa: si pueden justificar una provocación, «y créeme—dice—que harán lo que sea para justificarla», estás perdida. «Si sienten que se lo debes, que se lo han ganado, se verán en su derecho. Y entonces vendrá el llanto».

—Hana, ¿pasa algo? ¿Todo bien?

—Perdona, Fanni… Lo haré, sí. Puedo hacerlo.

—Empezaremos por preguntas sencillas e iremos avanzando. Nos podrás parar siempre que quieras, ¿sí? No tienes ninguna obligación de contestar.

—De acuerdo.

—¿Empezamos, pues?

—¿Ahora?

—Podemos dejarlo para otro momento.

En un rato estarás en la terminal, aguardando la llegada de tu madre. Podría quedarse una semana, un mes o de por vida.

—No hace falta. Me va bien.

Has empezado mal, rechazando el maquillaje que querían ponerte por miedo a que se viese frívolo. Incluso cuando la maquilladora ha dicho «Podemos hacer que no se note; los hombres también llevan», te has mantenido firme. Has preguntado si aparecía algún hombre en el documental, temerosa de que hubieran decidido entrevistar a algún miliciano, a algún soldado, pero te han dicho que no: «Aquí no hay dos versiones—ha declarado Fanni—. Los verdugos son verdugos y además ya han hablado».

Habías llegado a reírte, allá en el campo, pero temes que admitirlo pueda restar validez a lo que os tocó vivir, como si la risa pudiera cuestionar lo que

os hicieron. También tú juzgas al hombre que pide en las escaleras del mercado, si a la vuelta lo ves con un café en el bar o, peor todavía, fumando *tu* dinero, las monedas que le habías dado queriendo ayudarlo y que él, que supuestamente pasaba hambre, ha decidido malgastar en vicio. Tu miserable aportación te autoriza a privarlo de un derecho, aunque sepas que no tiene otra salida: la desgracia no le resta humanidad. En el campo, donde un animal podía recibir más atenciones, la evasión os hacía sentir vivas, casi libres.

Pensabas en la muerte, claro, pero al final todo se reduce a las necesidades. El cuerpo se cansa, tiene sed, pasa hambre y frío, palpita y respira y sigue adelante. En el campo os aferrabais al detalle más exiguo para empujar un día más en la miseria. Conociste a una chica que soñaba con lavarse la cabeza.

Meses después de haber salido continuabas enganchada a lo que fuera para seguir avanzando. Que permanecieras viva demostraba que Nina también podía estarlo. A ratos te convencías de que había escapado; cuando te desengañabas seguías buscándola para procurarle el final que merecía.

Ofrecerás tu testimonio para denunciar lo que os hicieron. En todos los bandos se instaló la atrocidad, pero a vosotros, además, deseaban borraros. A las mujeres os mantuvieron vivas para obligaros a parir el fruto del escarnio, pero cuando esos niños crezcan no estaréis: os arrancaron las raíces y tan sólo aguantarán los tallos tiernos. Las que pudisteis huir no volveréis. La tierra donde nacisteis será suya, y esos niños… ¿Cuántos de ellos son hermanos? Ya no de madre, sino de criminal. También en eso consiste el genocidio: en la posibilidad de concebir con un hermano sin saberlo.

Años después, donde apilaban los cadáveres para incinerarlos, los vencedores han levantado un memorial. Ganar la guerra era esto, negar con una sonrisa la barbarie.

Esperas el tranvía preguntándote si habrás hecho bien, si tus palabras habrán conseguido su objetivo. La guerra, al referirla, ya no es nada: un par de párrafos en los libros de historia cuyos protagonistas han dejado de ser nadie; individuos integrados en facciones, etnias, partidos, naciones: los renglones de un libro puntuados de objetividad para hacerlos creíbles. Bombardeos, fronteras, armisticios, batallas: la palabra *guerra* no significa ‘guerra’; la palabra *campo* no significa ‘campo’. También para ti, muy al principio, fueron ideas vacías en las que refugiarte. Un bombardeo, cuando no lo has vivido, es poca cosa: cuatro sílabas, nueve letras, una palabra muda que ha perdido polvo, miedo, grito, sangre.

6

O sea, que no filtro. Ni calibro, ni me corto, ni me molesto en esconder lo que me pone mala, la puñetera forma en que a mamá le da por anunciar lo que te va a pasar con un «Te diré una cosa, pero no vayas a enfadarte», trasladándote a ti las culpas de tu reacción cuando, si al final vas a tener que cabrearte (y si te avisa, para qué engañarnos, es porque con sus palabras ya ha empezado a provocar) poco podrás hacerle tú. De nada sirve que te advierta (amablemente, faltaría) si es que al final va a terminar por clavarte la estocada.

Por ejemplo, el otro día. Se me ocurrió decir que Júlia, que el septiembre pasado empezó Biología, se había apuntado a un ensayo clínico. Les pareció terrible, y ya sé por dónde van, pero no pueden negar que el dinero no está mal. «*Nostamal*—dijo papá riendo, sin ningún disimulo—: Si te parece un precio justo por convertirte en ratoncito, es que aún tienes mucho que aprender». «Mejor ratón de laboratorio—contesté, para seguirle un poco el rollo—que rata de alcantarilla», pero mamá, en lugar de reírse, empezó a perder los papeles. Que si me tomaba las cosas a broma, que si cuerpo sólo hay uno y hay que ser muy burro para dejarse maltratar por cuatro duros. Lo de los duros es pasta de antes; no sé si ella los sigue usando mentalmente o es sólo una expresión. De esta mujer ya no hay nada que pueda sorprenderme.

—De algún sitio tengo que poder sacar dinero, ¿no?—me puse seria.

—Dinero, ¿para qué?—preguntó ella.

—Pues para ir de Interrail con Dària y Ona, que en verano ya seremos ma-yo-res-dee-dad.

—De eso ya hablaremos—dijo mamá—. Si lo que quieres es dinero, siempre puedes trabajar.

Le contesté que ya iba lo bastante apurada con el insti y que había otros sistemas para conseguir la pasta.

—¿Y por qué tanta obsesión, si aquí se paga todo?

—Tampoco te flipes. El insti y la ropa.

—¿Ah, sí?

—Y el metro.

—¿Y la mutua, la ortodoncia, la guitarra, la piscina? ¿Y el chino? ¿Y el *Advanced*?

—El chino lo dejé el año pasado. Y me obligáis a gastar de mi dinero si quedo para comer.

—Sabes perfectamente que un día no es problema, pero que cada viernes no puede ser. Salid a pasear, a merendar… o pillaos algo de pizza. A tu edad nosotros dos ya trabajábamos. Yo no le veo el drama.

—¡Que era otra época, mamá! Ya te he dicho mil veces que no puedo dar clases. ¿Tú ves que me sobre el tiempo?

—¿Y qué te crees que hacía yo? Es cuestión de organi…

—Da igual, mamá. Si por mucho que os lo explique no me vais a pagar nada.

—¿Y qué más quieres, Sara? ¿No ves que está todo cubierto?

—¿Y el gimnasio?

—Se pagará si te comprometes a ir. Si así no vale, pagas tú.

—Es que alucino.

—¿Alucinas, de qué?

—De que, teniendo pasta, a unos padres no les salga del papo pagar los caprichos de sus hijos.

Llegados a este punto, si todo estuviese bien, mamá se habría vuelto a mirar a papá, pero confirma exactamente lo que oculta: ya pueden jugar a las familias felices que las cosas entre ellos están que no se aguantan. Supongo que no se atreve a pedirle que intervenga, y que él, después del corte de ayer, tampoco está dispuesto a hacerlo. Que se ensucie sola, ¿no? De eso—hay que reconocerlo—papá sabe bastante. Con sus comentarios enciende la chispa y se para a mirar cómo prende la llama. Sólo es cuestión de esperar a que mamá se encienda, apartarse un poquito y dejar que proyecte. El resto lo hace sola: casi puedes oírle los engranajes del cerebro, recalculando como lo haría un profesional ajedrecista, ella que suele insistir en que le falta retentiva pero que tiene esa habilidad para imaginar futuros cargados de peligros, bifurcaciones engañosas, puro drama. Lo que no sabe hacer con el tablero ha aprendido a bordarlo con Jan y conmigo.

Cuando toca machacarme, incluso yo—que en esta historia tengo el papel fácil, y cuando digo que es fácil es porque aquí no pierdo nada—veo cómo papá se queda al margen. Sentado a un lado la observa con paciencia, y si lo miras tú a él, sin estudiarla a ella, enseguida sabrás que ella ha empezado a arder porque los ojos brillantes de papá, sus mejillas encendidas, ya han empezado a reflejar el fuego. Como la foto que desaparece entre las llamas, como el papel se quema, la ves retorcerse. Y aun así aguanta ella también porque debe de creerse que esa rabia, con esa misma intensidad que vive ella, la está sintiendo él. Yo creo que ya es tarde cuando comprueba que no, que en eso son rivales, y que—estén bien o mal—con mi padre no puede contar para esas cosas. Y me parece un desengaño que ella debe de estar descubriendo a cada rato, como si no le entrase en la cabeza que papá—y de eso hace ya mucho—se ha pedido ser él el poli bueno (y yo me alegro, porque con dos polis malos no pienso lidiar).

Así que se ve sola, con las historias que se monta y lo que le llegará si no pone remedio, si no da el puñetazo en la mesa que nadie más dará porque papá ha de guardarse algo de margen para salir al rescate y desautorizarla, si hace falta. Sola, si no elabora un plan, si no se acaba echando esa carga a la

espalda.

Mi padre la empuja, lo mismo que se avanza un peón o un pobre explorador del Stratego, esperando que sea ella quien reviente si la misión, esta vez, resulta mortal y la obliga a saltar.

HAY TERRORES

Ojalá tu madre se arrastrase por la vida tan cansada como hoy, que ha bajado del avión sin ganas de bulla. Un día normal no habría entendido que no hayas estrenado la cama que ahora ocupa, que elegiste el sofá, cerca de la cocina, porque el crujir de la nevera te acompaña y llena el piso. Rechazas la cama por otros motivos, pero eso tampoco se lo contarás. A ella le dirás que el sofá es tu preferido; que de tu cama, que es demasiado blanda—o demasiado dura: ni lo sabes ni te importa—, te levantas rendida.

Ahora, por las noches, ya vuelves a casa. El primer año, si no ibas a coincidir con Karla en la parada, te inventabas excusas para cerrar y te quedabas a dormir en el trabajo, en el sofá del vestíbulo. La idea de cruzarte con un hombre por la calle, a aquellas horas, te angustiaba. Aún no has conseguido deshacerte de ese miedo, que reaparece puntual cuando bajas la guardia. No eres capaz, ni volverás a serlo, de subirte a un ascensor si a tu lado espera un hombre. Hay terrores que no te han abandonado ni lo harán. Te estremece el halago perverso, el comentario engañoso del que exige que le pagues la molestia de haberte repasado, y deseado, para poder tomar como desdén tu indiferencia.

La vida en tu casa mañana, al despertarte, será otra. No te hará falta ver a madre para saber que se ha traído un delantal, o más de uno; el piso entero te olerá a canela y, si no abres los ojos, si inspiras fuerte y te concentras en sentir cómo se afana, regresarás de nuevo a la Hana de los veinte. Salvarás el futuro, aunque sea un momento, peleando por la beca que tu padre te negó. *El extranjero*, como concepto, le asustaba, como si tras las fronteras la ley fuese más violenta, y los hombres, más salvajes que el vecino que evitabais al cruzar.

No es posible sustraerse a los olores ni a la forma en que te arrancan del olvido. El pasado no es refugio. *Casa* es un sitio al que no volverás.

Llegan rumores. Llegan rumores de que existen galerías subterráneas con vagonetas y carritos, pasarelas elevadas y un crematorio enorme donde, si quisieran, los soldados podrían hacer desaparecer un cuerpo. *No dicen* un hombre*, o* una mujer*: los rumores son así, y si la gente los repite es para darles alas. Te preguntas si los propagan los guardianes, si son una pieza más en la construcción de tantos miedos individuales que acabarán confluyendo en terror colectivo, si los inventan los mirones que se detienen a observar los accidentes o el cínico que ahuyenta sus temores acrecentando los del prójimo: si es que nadie ha comprendido, aún, que alimentan el sadismo que usarán vuestros captores para heriros.*

Los rumores también dicen que algunos hombres del pueblo ya han llegado y que se hacinan más arriba, en la nave alta. Al día siguiente, las mujeres que se fueron no regresan. Cuando exigen voluntarias para el rancho de la tropa, la cocinera del colegio se concentra en las baldosas para no mirar al frente. Te

presentas voluntaria con el corazón a mil. «Con la niña—dices, asiendo a Nina del brazo y obligándola a ponerse en pie—. Me hará falta una ayuda».

A partir de entonces pasáis poco tiempo en la nave y pones tu esmero en el trabajo con la esperanza de volverte imprescindible. Al regresar de la cocina, por la noche, las mujeres que se fueron no han dado señales.

Por la mañana pides a un soldado que te permita llevarte a la cocina a tus alumnas. «Sólo una—responde—. Apáñate».

Has empezado a recoger el pelo de Nina en una trenza, con la esperanza de ocultar los diecisiete que ha cumplido. El trabajo en la cocina no os protege, pues de noche, cuando los soldados aparecen buscando jaleo, vosotras estáis ya de vuelta en la nave. Cualquier ruido, después de que oscurezca, enciende las alarmas: los portazos, el motor de los camiones que vienen y van. No parece que la elección siga patrón alguno, como si fuese el azar, y ningún otro factor, lo que convierte en premiado uno u otro boleto. A medida que las van tocando, las mujeres se levantan y se marchan sin volverse, por si la despedida implicase el fin y lo esencial fuera garantizar el retorno, a cualquier precio.

Ayer, al atardecer, ejecutaron a dos hombres, pero la noticia os ha llegado esta mañana. Los han arrastrado a la explanada, reventados, las manos en la espalda atadas con alambre. No os dejan tocarlos, pero os han obligado a salir a mirar. La pierna del más grueso está en una postura absurda. Veis enormes morados y costras de sangre seca, algunas moscas, las caras deformadas por los golpes.

No has tenido noticias de Dino, pero en la nave alta parece que no está, por lo que han dicho, y esa información te da cierta esperanza. Te angustia imaginar que puedan tenerlo preso; ya has visto que con ellos no existe piedad.

Has tenido tiempo de aprenderte algunas páginas del libro que traías. Su autor no levanta sospechas, al contrario: en la inspección que os hicieron, al llegar, te pareció detectar una chispa de interés, o aprobación, en los ojos del soldado que lo revisaba, y en algunos cenáculos se alaba como gloria nacional. Cuando empezaste a rellenar sus márgenes con tu diario no pensaste en que quizá, más adelante, el libro intacto te hubiera servido de salvoconducto. Ahora tienes miedo; uno de los soldados te ha sorprendido en la cocina, durante un descanso, y ha extendido la mano para verlo.

Ha sido una petición, más que una exigencia, y deseando encontrar en el soldado un ápice de humanidad has aceptado un pacto tácito, la propuesta de olvidar que estabas frente al enemigo para firmar la moratoria que os lleva al diálogo. Juntos habéis hecho revivir el mundo de ayer, y durante el minuto escaso de conversación ha desaparecido el resto: el campo que habitáis, el olor a col hervida, la suciedad, el miedo. Ni tú eras tan culpable ni él tan depredador. Y ha desaparecido una inquietud, la que te tenía en tensión desde que te trajeron, pero se ha instalado otra. Es una trampa, piensas: la sensibilidad artística no prueba nada. La historia del arte está llena de monstruos con un don para crear; el

dictador más sanguinario se apropia del arte, abraza la belleza. Si algo te protege es que tu captor no ha abierto el libro. Es una trampa, insistes. La cultura no os salva.

Más adelante, antes de que os trasladen, esconderás la novela en un baño, tras la cisterna, deseando que aparezca cuando tus notas estén dispuestas a gritar. Habrás consignado en él nombres completos; habrás garabateado allí, con la angustia de la prisa, lo que aquella bestia hizo con Nina a pocas horas de la libertad. Abandonarás la cementera para no volver, a tu sobrina y a su huella, y jamás regresarás, aunque el recuerdo te arrastre hasta allí cuando menos lo quieras.

Has ido trampeando hasta ahora, evitando al pretendiente que encontraste el primer día. No sabías seguro si era él; lo esquivabas de lejos hasta que hoy lo has visto entrar, acompañado de un soldado grueso que podría ser su padre, mientras pelabais patatas para el rancho de la tropa. Era él, sin duda: el chico de la boda—cuyo nombre no pronuncias ni quieres recordar—que alguien te presentó en un convite antes de conocer a Dino, en otra vida.

Has supuesto que andarían haciendo la ronda, seguros de que a vosotras, que no coméis caliente, os atraparán tarde o temprano probando el puchero que les preparáis. El de la boda te ha mirado fríamente, sin palabras, mientras que el otro pedía a Nina que soltase el pelador y se acercase a donde estaba. Con la metralleta le ha indicado que se pusiera a un lado y entonces le ha mandado girar sobre sus pies, muy lentamente.

—¿Qué? ¿Qué?—ha preguntado, volviéndose a mirar al de la boda.

—Por favor—has pedido, acercándote a ella.

—Quietecita. —Te ha apuntado. Y luego ha señalado a Nina con la metralleta —. La trenza.

—No es más que una niña—has osado decir.

Nina lloraba soltándose el pelo. El de la boda se ha acercado para susurrarle algo al oído.

—La cocinera es ella—has insistido—. Yo soy su asistenta. Llevadme a mí; haré lo que haga falta.

—¿Voluntaria?—ha preguntado el grueso—. Eso es que debes de saber a lo que vas. Me apuesto lo que quieras—y se ha vuelto a mirar al de la boda, babeando—que esta pollita se pirra por tus huesos, chavalín.

No sabes cómo llaman los soldados a este espacio, pero de puertas afuera se conoce como la oficina. *Cuando llegaste ayer, los colchones tenían lamparones y el suelo frío estaba en parte cubierto de mantas. Había, con diferencia, más mujeres que camas, pero ninguna se sentaba. Esperaban desnudas, en silencio, de pie sobre el tejido amojamado. No dijiste nada entonces ni te verías capaz de hacerlo ahora. A tu llegada habías pensado—las poquísimas veces que te cruzaste con alguna—que esas mujeres imploraban socorro en la mirada. Imaginas que hoy a ti los ojos te hablan.*

Todavía puedes verlos, si los cierras. Eran seis; no lo quieres pensar. Te desgarraron de pies a cabeza; te lo quitaron todo, te vaciaron entera.

Al despertarte ya no había nada de lo que habías construido con los años. Intentabas entender qué te dolía más y has tardado un minuto en situarte. Los recuerdos regresaban a medida que descubrías las heridas, la suciedad, la sangre en la piel como pintura ritual. La sala hedía a sudor rancio y a miseria. Has notado la muñeca y los morados al tratar de incorporarte; esperma seco en el pelo acartonado, al recogerlo.

Buscas la ropa que llevabas; el suelo está frío y te has quedado helada. Al fondo, la puerta abierta de un baño donde podrías lavarte. De entre las piernas, al agacharte sobre la taza salpicada, notas subir un olor agrio. No hay papel; la orina escuece. Te enjuagas con el manso hilo de agua que te ofrece el grifo. Al llegar a la entrepierna, la herida en carne viva te obliga a dar un brinco. Haces cazoleta con la mano, la llenas de agua fría y vuelves a insistir.

Tu cuerpo son los restos de las bestias que lo han denigrado; no existe el agua que pueda limpiar. El hedor del trapo que sirve de toalla te oprime el estómago forzando el recuerdo tráquea arriba: es un rechazo amarillento que devuelves a espasmos en la taza. De poco sirve que no tengas nada que expulsar.

Empiezas a vestirte. Recuerdas la ingenuidad de los reproches que en otra época, después de alguna noche larga, te desvelaban de mañana, cuando todavía no querías despertarte. No es ese runrún lo que ahora sientes; es una angustia dura en el centro del pecho, el agujero por donde escapa el aire que abandona los pulmones mucho antes de llenarlos. Te obligas a poner un pie después del otro. Te despojas de quien eras porque esa persona, la chica feliz, ya pesa mucho.

Durante un tiempo irás acordándote por partes, sin control sobre el cuándo, el qué o el cómo, y los recuerdos se ocultarán agazapados, al acecho, para lanzarse sobre ti cuando menos lo esperas. Los primeros van llegando como hojas rasgadas. Todo pasa deprisa y a cámara lenta; demasiado rápido como para poder reaccionar, pero a la vez despacio, con la parsimonia que exige el registro meticuloso de cada detalle. Por unos segundos vuelves a estar allí, el terror anidando en los gritos. Eres un cuerpo seco que expulsa, que no entiende a esa masa sobre ti intentando abrirse paso, insistiendo en entrar cuando no podrías estar más afuera. Te recuerdas pensando a fogonazos «Que no sea cierto», «Que no me hagan daño», «Que no me maten». Te esfuerzas por huir del cuerpo y convertirlo en corteza, pero todo es presente: el dolor de la embestida, las palabras escupidas, los jadeos. Te han colmado la boca y no has mordido. Preferirías estar muerta, pero no quieres morir.

Alguien ha hecho entrar a unos chiquillos; sus ojos asustados se te incrustan como esquirlas. Más allá de la asfixia sufres por tus alumnos: que pueda haber alguno entre los que han hecho pasar. Que pueda verte así, y tú, seguir viva.

Pagarías por estar recogiendo cristales rotos, barriendo el suelo, doblando la ropa

que otras manos han revuelto. Te han robado, pero en lugar de tener ante ti un piso desvalijado, los cajones por el suelo, estás tú sola. Vacía. Buscas hacer balance de lo que no han podido arrebatarte. Tu cuerpo es un residuo pernicioso y tu exposición a él acabará contigo; las heridas interiores duelen más. Hurgando en la cavidad, hundiendo en ella medio brazo, han debido de arrancarte el alma, cosida a las tripas como unas enaguas.

Tu rabia acabará de rellenar lo que ellos ya han llenado de culpa y de vergüenza. Inundarás espacios y cerrarás puertas. Y evitarás pronunciar, bajo ningún concepto, la palabra. *Para quien no la haya vivido está vacía igual que tú. Igual que tú, que ya no gritas, no te revelas, no te levantas. Lo que ha pasado te hace esquiva y te aleja del mundo. El deseo te asquea.*

En las noches que vendrán, buscando protegerte, vas a intentar de todo. Tratarás de cooperar para contarte, de puertas adentro, que lo que te están haciendo es consentido, que controlas qué y con quién, que nada es lo que parece. Escogerás al que cierra los ojos con la esperanza de que añore a una mujer, pero es inútil: nadie quiere hacer el amor en la barbarie, ni es sexo consentido lo que busca. El deseo de estas bestias se amplifica en el rechazo. En el campo se folla a pelo y allí se mezcla todo: la vergüenza, los fluidos, la enfermedad, las heridas. Y la culpa de haber deseado, cuando no podías más, no haberte ofrecido a cambiarte por Nina.

«Para empezar, humillas la cebolla». Lo habías oído en una cocina tiempo atrás, cuando el presente parecía algo imposible, y a ti, que no habías vivido ofensas graves, esa forma de hablar te había hecho sonreír. No conocías otra humillación que la ordinaria, la que pueden imponerte una maestra despótica, un jefe prepotente o un tendero amargado, agravios que en el fondo no son para tanto y has aprendido a combatir con dignidad y orgullo, con venganzas de pacotilla que puedes pasar perfeccionando un día entero.

En el campo la humillación ya no es el medio: es un fin. El objetivo final del sexo, más allá de la satisfacción de las urgencias de la tropa, es marcar, como se le hace al ganado: imprimir la huella que os distinguirá como receptoras de un horror que no tendríais que haber sobrevivido. Porque ahí es donde está la gracia: hay torturas tan salvajes que durarán mientras vivas, y los que se dedican a marcar lo tienen por principio. La humillación, si está bien diseñada, es un tatuaje de oprobio que llevas en los ojos, en la incapacidad de retornar una sonrisa; el miedo que ha aprendido a sacudirte en el tormento de la pesadilla y no da tregua.

No saldrá de tu cuerpo ni podrás relatar el dolor que produce: por mucho que otro se interese, el dolor es imposible de comunicar. La temperatura aún os permite hablar de grados. La añoranza, la tristeza, se transportan en los hombros, en el pecho, tras los ojos. Mas el dolor.

¿Cómo se cierra una herida cuando no deja hendidura? Más allá del sufrimiento, de los apéndices y objetos abriéndose paso, las embestidas, las

quemaduras, ¿dónde se sienten las risas que celebran la vergüenza, el reconocimiento del cuerpo arrasado, la rabia por quien llega a destruir sin opción de venganza? ¿En qué parte del cuerpo se experimenta ese dolor?

No sois como ellos porque os falte fuerza física: ellos están fabricados de otra pasta. ¿Quién empieza las guerras, quién compromete a países enteros? ¿Quién las busca, quién se lanza? Al final sois las mujeres las receptoras de toda esa rabia. Os consideran propiedad de vuestros maridos y utilizan vuestros cuerpos para herirlos. No sois más que un medio: más económico que munición, menos expuesto que la trinchera, más duradero, más humillante. Placentero—por incomprensible que pueda resultarte—, fácil de usar e infalible para aliviar la tensión de la tropa. Los hombres y los niños, en su mayoría, se librarán del suplicio en nombre de una hombría que ningún soldado se atreverá a comprometer, la misma que excita el deseo en plena barbarie. ¿De qué clase de cerebro puede surgir tal plan? En unos años, cuando alguien te lo niegue, te detendrás a calcular los porcentajes: cincuenta mil mujeres son muchas a violar.

Te dejarías cortar un brazo por tu marido, y pese a todo, por un momento, te has visto en la duda. Son tantos los vecinos que parecían esposos modélicos, los maridos que has conocido en el campo, que estás segura de que lo que os hacen es lo mismo en cualquier bando. Y abominas de vuestra verdad si es que, para imponerla, los de tu lado han elegido transformarse en bestias. Son dos infiernos los que os toca vivir, la persecución en dos guerras simultáneas, pero el enemigo común son siempre ellos, no importa vuestro origen. ¿Es la excepción de la guerra, que los ciega? ¿O la impunidad del grupo, que los empuja a alardear ante su banda? A menudo te preguntas si es que está todo grabado en su ADN, como en el roedor que devora a las crías, o si a la fuerza ha de tratarse de algún virus, del tipo de violencia que acaba enganchando pese al asco, igual que el tabaco. No puedes aceptar semejante proporción de criminales entre lo que antes no parecían más que hombres. ¿Han tenido que drogarse para sostener la erección que os aterra, o es vuestro terror el que enciende la llama?

No siempre eligen a las más bonitas, y te preguntas si en el fondo, en materia de sexo, no habréis sido siempre un agujero. Sospechas que ha de ser más fácil humillar a un cuerpo normal *que a otro que imponga por demasiada belleza. Incluso en plena guerra, embriagados por la sensación de impunidad que los precede, esos animales deben de soñar con conquistar a las que les cautivan, perpetuar el cuento romántico enloqueciéndolas con su virilidad de sobaco hediondo, ganarse el trofeo. Para el resto, las mujeres como tú, no hay compasión. Está el que busca someterte, que te resistas, que te quedes quieta. El que te ordena, puta, que te muevas como debes. El que quiere que te guste; el que sabe que te gusta. El que te orina en la cara cuando llega ebrio; el que en ti se está vengando de otro cuerpo, el que te revienta pensando en la madre, en la hija, en la mujer. El que te asfixia al correrse para ver a dónde llegas. El que te odia por sus actos y*

reclama tu consuelo. El que casi se disculpa por lo que te van a hacer.

Y luego está la bestia. El que de pequeño había torturado a perros, gatos, lagartijas y jilgueros y se entretiene en diseñar, con el placer más sádico, los peores experimentos para arrasar, destripar, terminar la fiesta con un cuerpo.

Con un cadáver.

Con una puta muerta.

Pero yo vuelvo a la carga.

—Tampoco tiene que ser en un ensayo clínico. Dària me ha dicho que se pueden donar óvulos. Como en los bancos de semen, pues igual.

—¿Cómo dices?

Reconozco que lo digo por decir. Ni me veo donando óvulos ni me trago el cuento que voy a endosarle, como tampoco me creía el argumento de los pendientes el día que mamá nos explicó que, de haber nacido yo más tarde, se habría negado a perforarme las orejas. «¿Y todo eso por qué?», la interrogué. «Para no condicionarte—contestó—; a Jan no se lo hicimos». «Es que no sé a qué viene tanta historia», solté yo. «Pues para evitar, Sara, que te tratasen diferente por ser niña. La cosa empieza de recién nacido, ahora está estudiado, pero todo eso, hace unos años, ni se sabía ni se planteaba; nos la colaban como querían. ¿Sabías—añadió—que se han hecho experimentos con bebitos y la gente les hablaba de forma distinta según pensara que eran niña o niño?».

Es que no puedo. En serio. Cuando empieza a hablar así, con estas palabras… *Bebito*. Pero ¿quién dice *bebito*? A veces, de tan cursi, me sorprende que sólo fueran los pendientes, que no me llenase también de lacitos, cintitas y clipitos de colores, de lo ñoña que puede llegar a ser esta mujer. Pero ella va de moderna, por supuesto, y se dedica a dar lecciones. Últimamente, qué puedo decir, mamá consigue ponerme de los nervios. Siempre tiene que saberlo todo, quedar por encima y salir vencedora de cada pelea, porque ella siempre está de vuelta cuando el resto de mortales empezamos a pillar de qué va el mundo. Mamá se moriría en una isla desierta sin opción a demostrar lo que conoce, lo que ha pensado, lo que ella sabe hacer pero que el resto—que quizá sí, en algunas cosas le queda a años luz—no llegará a dominar jamás como ella llega a hacerlo.

Me volví loca, vale, defendiendo una idea que no era ni mía, justificando lo patético que habría resultado tener que ver en las amigas los pendientes que no habría podido llevar, y terminé declarando que yo, a mis hijos, les perforaría las orejas en cuanto nacieran, sin importar que fuesen niña o fuesen niño.

Así que no, no me acabo de creer lo que le digo, ni lo he pensado mucho, pero insisto:

—Que se pueden donar óvulos, mamá. Como en los bancos de semen. Ya te he dicho…

—¿Y eso lo harías por…?

—Dinero, claro. El que necesito.

—¿Y no te dolería?

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Con veinte años quizá no, pero sentir que tienes hijos por el mundo que no has conocido… Me parece un poco como desprenderte de la posibilidad de querer a un hijo que no vas a ver, que nacerá sin que lo sepas y crecerá lejos de ti, sin conocer de dónde viene. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Pero a ver, mamá. Un óvulo…

—No hace falta que lo expliques, Sara. Lo sé igual que tú. Pero luego, la manera en que lo vive cada cual… Cuando el óvulo está fecundado, aunque haga sólo días… Si se trata de un hijo querido, ya lo sientes como si…

—A ver, mamá. Que es material genético. Tampoco te emociones.

—La teoría me la sé; ya te lo he dicho. Sólo digo que no es fácil, porque hay muchos facto…

—¿Y por qué no montas un drama cuando te baja la regla? Según tú, cada mes…

—No digas tonterías.

—Entonces, mamá, ¿qué es lo que no pillas?

—Cuidado, Sara.

—Con una donación puedes estar ayudando a mucha gente.

—¿Cobrando, quieres decir?

—Qué quieres que te diga. Está así montado.

—Últimamente, Sara…

—La verdad es que flipo. ¿No podrías pensar un poquito en las mujeres que quieren ser madres? Intentar ser más abierta, no tan egoísta… Digo yo, ¿eh, mamá? En fin, tú sabrás… Es sólo una idea.

CERRAR LOS OJOS

A tu alrededor caían como moscas. Se sentían culpables por no haberse protegido, como si ser mujer comportase el deber de evitarse el desastre. Algunas se guardaban la sospecha hasta que se convertía en innegable, las otras se rompían cuando nadie lo esperaba. Se pasaban el embarazo rechazando la evidencia; no se puede sembrar vida en un cuerpo arrasado.

A ti no iba a pasarte, porque tú eras inmune. Tu cuerpo nunca había obedecido, pero ese castigo, el diagnóstico que te había condenado a no engendrar, en el campo era un regalo. Se les sumaba la regla, o más bien su falta, porque la perdiste al poco tiempo de llegar. Ese agujero en el vientre, silente como un caserón vacío, te concedía un cierto plus de dignidad, como un superpoder que te guardabas. Seguirían asolando vuestros cuerpos, humillándoos, pero a ti no te podrían doblegar.

Los nacimientos eran marca del tiempo transcurrido. En el campo se paría con menos dolor que rabia; entre las compañeras, a medida que nacían, se notaba el peso de los crío que faltaban. Lo que al principio resultaba inconcebible llegó a convertirse en rutina. «¡Que te lo lleves! ¡Vete!»: ese fardo, señalaban, era la sangre del asesino de sus padres, de sus hijos. «¡Que te lo lleves! ¡Fuera!». El amasijo ensangrentado dejaba de gritar.

No podrías decir cómo ni cuándo perdiste el privilegio. Tu cuerpo no era tuyo desde mucho tiempo atrás. Si fue el azar de encontrarte al hombre que podía reventar las estadísticas, un caso entre diez mil, jamás podrás saberlo. Tuviste tiempo para intuir que no eras tú la estéril: que en nombre del matrimonio o de algún código de honor difícil de entender, pensando en tu marido, el médico había preferido señalarte. Es sorprendente el tipo de verdades que algunos hombres prefieren ahorrarse. Cuanto más frágiles los egos, más salvaje la angustia que os hacían vivir. A una compañera la apalearon por el gatillazo de un soldado. «Ni para puta», le escupían, machacándole a patadas la nariz.

Te faltaba la regla desde que pusiste el pie en el campo, y si llegaste a confirmar el embarazo fue porque lo notaste. El cuerpo que habías rezado para ver cambiar, con el pecho que soñabas que se hinchase, se había convertido en un verdugo más y debías frenarlo, dejar de respirar para evitar que siguiera creciendo y tensando las costuras de una ropa que no daba. Una mujer te dijo que conocía la manera, *pero que estando de tanto resultaba arriesgado.*

Te horrorizaba la idea de jugártela y volver a quedarte embarazada. Preguntar había sido un error, y al cerrar los ojos te perseguía esa rama puntiaguda. Más adelante soñarías que se quemaba un barracón con el crío, que lo perdías rodando por las escaleras, que nacía muerto. Saltabas hasta cansarte buscando el desarraigo, llenabas cubos enormes y los arrastrabas deseando que el esfuerzo te llevase a malograrlo. Jamás sucedió, pese a la paliza que una noche recibiste. En

cuanto la barriga empezó a hacerse evidente no la tocaron más. Te daban en la cabeza; no era por deferencia.

También tú, como ellas, cerraste los ojos.
Todavía hoy te acuerdas, al cerrarlos. Demasiadas cosas
te arrastran allí. Procuras evitar la lágrima perenne
en la mirada marchita de las viejas.
El vaho en la ventana. El tufo a col hervida.
El olor a bodega. La sangre, el agua helada.
La mugre. El relente. La rabia. El rocío.
La orina vieja. La carne requemada.
El recuerdo del hedor pegajoso en la entrepierna.
El aliento pastoso por tantas bocas ebrias.
Las noches muertas.
Los azulejos fríos.
Las tardes de abril en lo que fue tu cama.
La lengua encarnada; el diente carcomido.
El vómito. El sexo. La grasa en el pelo.
El grito asfixiado detrás del ladrillo.

Me acordé un montón de veces de las palabras de mamá. Porque cuando a Dària le salió el positivo yo no supe qué decir, como si mi teoría sobre el material genético hubiese perdido la vigencia de un plumazo. Tuve que hacer un esfuerzo por no preguntarle si había llegado a pensar en *eso* en términos de *hijo*, en términos de hijo o hija y mucho más: en términos de hijo o hija que plantean dudas, que exigen respuesta a preguntas que no te habías formulado y que sin embargo se te han vuelto urgentes y forzosas; decisiones que hasta entonces parecían tan absurdas como negarse en redondo a perforar las orejas y que ahora, pensándolo bien, te parece que convierten a ese embrión en *hijo* y a Dària en su madre.

Me aguanté para no preguntarle si quería que lo que llevaba dentro fuese *alguien*, porque las dos teníamos clarísimo que aquello no avanzaría, que el mundo es una mierda y está mal repartido. Porque un día hablas de ayudar a las madres que no tendrán hijos, y al siguiente entiendes a las que, a un paso de serlo, no pueden planteárselo porque se niegan a aceptar que *aquello*, que no habían buscado, emerja de la nada a rajarles la vida: mujeres que llevan dentro el material genético que ahora, después de una conversación con tu madre que no habías previsto, se te hace difícil tratar de *material*.

Recordaba la respuesta de mamá, que me había parecido cursi, y de repente me gustaba la idea de que me sintiera dentro desde el primer día, de que me sintiese suya y Sara y me quisiera ya desde ese mismo instante, cuando no era nada más que una semilla sin consciencia. Trataba de entender, aunque fuera de lejos, cómo debe de ser renunciar a un hijo cuando has querido mirarlo como a algo más que biología, y de repente vi a Dària como a un gran interruptor, con capacidad de convertir en hijo a todo ese *material* imaginándole un futuro; con un solo clic. Y no estaba segura de que una vez encendida la luz fuera a ser fácil apagarla, pero a Dària le dije «No sufras, preciosa, que todo esto lo arreglamos» y la abracé sin convicción, como si callando lo que pienso hiciera mal—pero entendiese que debo guardármelo, porque la decisión ya fue tomada en el primer minuto y no la ayudaría—y sintiera que dar el paso fuese como desprenderse, un poquito, de la posibilidad de querer a alguien que ya no verá más, que quizá se le convertiría en *hijo*, de repente, si por un momento llegase a vaciarse de la angustia para verse en otro sitio, con una vida más vivida y sin miedo, sobre todo sin miedo. Un hijo al que, si no quiere hacerse daño, debe seguir mirando únicamente como material: un puñado de células que no puede dejar de ver así si lo que quiere es seguir teniendo la decisión clara.

Pero todo eso me lo guardé. Porque no se puede permitir, ya lo sabemos, hacer sitio a nadie en esta vida aún tierna. Ni soñar, ni siquiera pensarlo. Ni

cederle un futuro, aunque sea un momento, que lo lleve a existir.

MUERTE SÚBITA

Ni te esfuerzas en preguntarte por qué tu madre ha querido decírtelo a ti antes. Ha insistido en que tú sabrías contárselo a tu hermana; que la clave, ha dicho el médico, es tenerlo estudiado. Que heredar la enfermedad no significa que se manifieste, porque existe una mutación—y ha repetido *mutación*, como si invocar palabras mágicas pudiese reformular todo diagnóstico—, que es la que andan buscando. Que las pruebas, eso sí, os tocará hacéroslas, pero que lo más seguro es que haya suerte y pronto os podáis olvidar.

Te ha sorprendido incluso más la reacción de Nora, como si la noticia, en lugar de preocuparla, la hubiese irritado.

—¿Me estás diciendo que se ha subido a un avión para contártelo? ¿Que la llevé hasta el aeropuerto y no ha podido ni llamar…? Si tú lo ves normal…

—No lo sé, Nora. A lo mejor es que le ha dado miedo.

—Estupendo, claro. Miedo. Resulta que ahora tiene miedo y se va del pueblo, misteriosa como siempre, para instalarse a vivir en tu casa. Porque lo ha dejado claro.

—¿Que se viene aquí a vivir?

—Eso da igual. Porque te ha pedido que me llames, ¿no? Como si yo fuese difícil o estuviese esperando a montarle un pollo. Y lo que me jode no es que lo diga, Hana, es que lo crea. Porque si lo dice es que lo piensa. Y eso…

—Escucha, Nora.

—Es que no voy a hacerme esa prueba de mierda.

—Nos quedaremos más tranqui…

—Yo ya estoy muy tranquila. Si quieres, te la haces tú.

—Estamos hablando de una muerte súbita, Nora. Esto es un asunto serio. Y madre se está preocu…

—Pues dos piedras; a mí ya me da igual. Si me toca caer fulminada, mala suerte.

—Y te da igual morirte.

—Pues mira, sí. Ya me la sopla.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Que estoy de mala leche. Que ya son dieciocho años y que esta vez tampoco ha aparecido. Que pensaba que sí, que ahora sí, que por fin iban a encontrarla en alguna de las fosas que han abierto, pero nada. Nada. En ninguna de las tres. ¿Y sabes qué te digo? Que estoy harta ya de ser madre sin hija. Y que ojalá lleve dentro la puñetera muerte súbita, porque si yo la tengo, igual se la pasé. Y entonces, ¿por qué no?, a lo mejor cayó redonda mucho antes de sufrir.

No podrías precisar qué se imagina; prefieres ignorar contra qué se pelea. Siempre le has escondido lo que sabes de Nina. Le has ofrecido, cada vez que

ha preguntado, la versión asumible, censurada. Saber lo que le hicieron no se la va a devolver.

Corren nuevos rumores. Se repite que os marcháis y no sabes qué pensar, si es un marchar *bueno para ellos o para vosotras, pero el campo late con una agitación desconocida. Los soldados van de arriba abajo como si hubiera un montón de asuntos por cerrar antes de la llegada inminente de alguna señal. En cuanto anochece empieza el tráfico de camiones. Se han encendido un par de hogueras, una en la parte más baja y la otra, la más grande, en la explanada, junto a la nave donde los hombres están retenidos. Por encima del alboroto habéis vuelto a escuchar tiros. Os habéis mirado sin mediar palabra.*

Os tienen como cada noche en la oficina *esperando, desnudas, retenidas por una pareja de hombres armados. Se trata de un espacio grande donde alguien ha arrinconado el mobiliario. De madrugada el vaho de los cuerpos empaña las ventanas y hace imposible ver nada, más allá.*

Fuera todo son gritos. Te preguntas si habrán ganado y lo saben, si habrán perdido y lo saben; si el rumor es cierto y seréis carne de intercambio, si entrarán a quemar todos los cartuchos antes de partir.

Llegan más soldados que nunca, más bebidos que nunca, con ganas de gritar y la polla fuera, cantando canciones de borrachera con la solemnidad de un himno nacional. Uno de ellos, con el sexo fofo y el pantalón en la rodilla, dispara un tiro al aire y congela el barullo. Conocías todas las formas de impunidad, o eso creías: la boca desdentada a golpes de ladrillo por haberse negado a tragar el orín, las cabezas como sandías reventadas, el cúter que no olvidas, el desespero de la madre obligada a mirar. Sin dejar de cantar, el soldado encañona a una mujer y la obliga a agacharse, dirigiendo una orquesta imaginaria con la izquierda mientras crece el jaleo. «¡Que me la comas, puta!». No ha apartado el dedo del gatillo ni lo hará.

Un tirón te sacude y te agarran del pecho: el cuerpo, la piel, sensibles como un cardenal. Alguien saca una cámara. Hay manos buscando orificios, dolor, dedos que penetran. Sabes muy bien que no debes gritar. Reconoces sin dudarlo al de la boda mientras su voz te salpica el oído. «Cuando acabe contigo, me reviento a la nena». En vano aúllas desde el vientre, le muerdes, te rebelas, pero son tantos brazos, tantas manos. Alguien te agarra; no puedes moverte. Te cae un puñetazo. Ni lo ves venir ni adviertes que te estrella.

Desde que los gritos te han despertado habéis ido con prisas. No podrías decir a dónde os llevan, pero os vais. El primer autobús se marcha lleno; por el camino aparecen dos más que no pueden tardar. Te acercarías a ellos si no fuera por Nina, a quien sólo has llegado a intuir, desde que os separaron, a través de un portillo. Te preguntas si sabe que estás embarazada. Cuando te ofreciste a ocupar su lugar quisiste creer que con tu gesto la salvabas, pero después de lo que has visto ya no sabes nada. En la cocina, te repites, habrá sabido convertirse en necesaria.

Hay una chica, Una, con quien casi no has hablado. Aunque se pasa el día en la oficina*, con vosotras, se libra por las noches. Suponéis que será la protegida de un pez gordo, porque jamás ha llegado marcada. Al principio la odiaste; hace ya meses que sois cuerpos faltos de voluntad, sin el más mínimo derecho, y que ella tuviese uno adquirido, aunque no hubiera hecho nada por buscarlo, te indignaba.*

A los pocos días de estar en la oficina *arrancaste una página del libro y escribiste en ella una nota a tu sobrina. Le pediste a Una que se la entregase: no se cerró en banda, en un principio, pero al final, según dijo, fue imposible. Ni ella volvió a intentarlo ni tú se lo pediste. Dejaste el libro en un baño, detrás de la cisterna, y sólo lo sacabas cuando las palabras se te hacían grito.*

Hoy es ella quien te busca. Está lívida. Tenéis que hablar.

Desde que te has despertado no has hecho otra cosa que pensar en Nina; en la trenza que le hacías para que no destacase. Con el tiempo te preguntarás si quizá fue por eso, si tal vez la escogieron porque la vieron niña. Te encierras en el baño y te encaramas a la taza buscando la novela; los autobuses se llenan y no puedes perder tiempo. En letras grandes, ocupando los márgenes, viertes en el papel el grito que amordazas. No contabas con salir de aquí viva y sin Nina, y mientras dejas constancia de lo que Una te ha dicho te la imaginas fría, el cuerpo mutilado tirado en un arcén. Lo encontrará algún animal y eso te angustia. Te tiemblan las manos; hay que escribir deprisa. Tu denuncia sin grito, sin venganza, es el nombre en la piedra que no grabaréis.

El trayecto en autobús es un viaje difuso. Tu siguiente recuerdo es de otro campo. El médico que te visita está contento: cuando llegaste, hace un par de semanas, no abrías la boca, pero hoy le has respondido. En otra vida lo habrías juzgado, y tal vez condenado, por su inglés rudimentario. Aquí te cae bien.

Solías insistir a tus alumnos en la necesidad de conocer las lenguas francas, pero esto es otra cosa. No hablabas inglés desde que se os llevaron y hacerlo te ha trasladado hasta otra época, lejos del miedo, cuando lo que había de llegar parecía imposible.

—I come from Barcelona—*ha dicho el médico*—. To help. My name's Pep. —*Sonríe con timidez y te ofrece su mano para que se la estreches.* She—*y señala a una chica delgada, un poco más allá, que está tomando fotos*—is my wife, Bet. She is journalist and wants to help, too. She wants to explain to the world this drama.

Más adelante celebrarás haberte puesto en sus manos. Recuerdas con qué ligereza, al principio, te abrías a las personas que parecían buena gente, pero ya hace mucho que todo eso quedó atrás. Ahora recelas de quien se plantea dejar la vida cómoda en un lugar seguro para trasladarse a algún país en guerra. Y agradeces que haya venido con una mujer, sí, pero que ella lleve una cámara al cuello te preocupa. Te preguntas quién debe de haber pagado por el viaje. Y para qué.

Más adelante te alegrarás de no haber conocido aún la hipocresía que acabará encubriendo burdeles bajo el amparo de la ayuda humanitaria: el sexo como estigma de miseria y recurso forzoso para combatirla. Agradecerás haber confiado en este médico, una buena persona, por difícil que ahora te resulte acercarte a cualquier hombre.

—Perhaps you—*continúa él*—could help me to translate. If you are agree. It would be really fantastic.

Quisieras poder decir que no. Lo último que quieres es escuchar dramas del prójimo.

—There is this woman with pain—*insiste*—. Only this time. —*Inclina la cabeza a un lado exagerando la tristeza*—. Please…

Quisieras decir que no, pero dices que sí.

Al atardecer, el médico se presenta con una márfaga plegada.

—You are pregnant—*declara*—. I will take this. —*Señala el saco de dormir que te ha sido asignado, lo sustituye por el sencillo colchón con una manta gruesa y se lo lleva*.

La primera vez que dormiste en un colchón, acostumbrada al suelo frío, el descanso se hizo anguila. El futuro que habías negado se revolvía en tu interior; te notabas algo vivo rebelándose, ocupando el espacio como un castigo sinuoso, la boca lista para desgarrarte a mordisquitos con una hilera de dientecillos afilados. Allí dentro podías llevar cualquier cosa, y a ti te había tocado una habitante de aguas turbias que crecería, enroscada, hasta llenarlo todo, que iría engordando hasta ensancharte y romperte por dentro. El descanso anhelado se hizo náusea, tu cuerpo acogiendo sin permiso a esa grima viscosa, a la humillación convertida en ovillo que te reconcomía. Lo que os habían hecho no bastaba: el verdadero escarmiento os hinchaba la tripa.

No volviste al colchón. La incomodidad del suelo te ayudaba a olvidarte: de la anguila, del escarnio por ser mujer en tiempos de guerra, de la asfixia de andar llena de aquella bestia viva. Como el espejo dentro del espejo en un ascensor, reflejando un infinito dentro de otro, el dolor convertido en matrioska encapsulaba horrores en apariencia confinables: el pavor por el abuso, contenido en la condena de ser mujer; la angustia de sentir crecer la anguila, en el terror por la violencia que la había engendrado. Un horror en el horror que te convertía en continente cuando descubrías que la matrioska eras tú y que, de tratar de ordenar los horrores, de encerrarlos para siempre en una caja en otra caja en otra caja, ya te podías andar olvidando, porque el terror por los hombres que volvían cada noche a reventarte, por tantos pantalones a la altura del tobillo, tanta baba, era más grande, muchísimo más, que el castigo de ser mujer entre tanta barbarie.

De la estancia en el campo de refugiados recordarás, por años que pasen, el día que viste llorar a Pep. Siendo hija de médico lo suponías inmunizado contra el llanto, pues tu padre no lloró jamás: porque los médicos no lloran, los padres no

lloran y a los hombres como él nada los llega a perturbar.

Llevabas un par de semanas colaborando como intérprete cuando se os presentó un parto. La compañera de Pep, que hacía días que andaba tras la parturienta, le había pedido permiso para fotografiarla.

—Si te llevas al niño—había impuesto ella.

No hablaba por hablar. Lo decía convencida de que la semilla del mal sólo podía engendrar a un varón, por mucho que la naturaleza dictase otra cosa. «Son todos iguales. Se parecen. Y el hijo de un violador ha de ser como él. Toda esa maldad… Nosotras no somos así; hacer daño nos duele».

No sabías a dónde iban los niños rechazados. No te faltaba ni un mes e imaginar el parto, el tuyo, te asustaba. Tampoco tú ibas a quedarte al crío; sabías que el rechazo lo convertiría en desgraciado, pero no era culpa tuya. Le dijiste a Pep que preferías no asistirlo mientras la parturienta diera a luz.

—No pasa nada—respondió—. Al otro lado del campo hay una comadrona. Me han dicho que habla algo de inglés. Ella podrá ayudarme.

—Y con el niño…

—Parece que han montado un orfanato por allá. Si la madre lo tiene tan claro…

No tardaste en saber que el crío había nacido muerto. Como en la cementera, los chismorreos alimentaban al campo. Te obligaste a ir hasta el barracón, pero no hizo falta entrar: en la parte de atrás habías visto a Pep con su mujer; hablaba con ella, frotándose la cara. Mientras tú te acercabas con andares de oca, toda tripa, Bet se secó los ojos con discreción, como si no hubiese llorado, y se alejó simulando no verte.

—No es culpa tuya—quisiste consolarlo.

—Yo no soy ginecólogo, Hana. Ni tampoco pediatra.

—Ni que lo hubieras sido. Esto puede pasar. Mi padre es médico y…

—Es tan injusto…

—Piensa en el futuro que le esperaba; tú mismo lo dijiste. En plena guerra, en un orfanato. ¿Qué podría…?

—Pues por eso, Hana. Por eso es injusto.

No sabes qué decir, pero Pep vuelve a la carga.

—¿Sabes por qué vinimos?

Niegas con la cabeza.

—Perdimos un niño. Bet y yo; hace menos de un año. Y ella… No levantábamos cabeza, Hana; lloraba cada día. Los dos, llorábamos. En cuanto alguien lo propuso, en el periódico donde trabaja, decidió que venía. Porque sí. Ni me lo consultó; llegó una mañana y me dijo que se iba. Y yo, detrás. Ha sido su manera de escapar. Pero las madres, aquí…

Te gustaría haberle dicho que los comprendías: que Dino y tú, en otra vida, también fuisteis así. Y que entiendes que su pérdida, rodeados de madres que no

queréis serlo, a la fuerza les tiene que doler.

Piensas en el orfanato y en el crío. Y en la suerte que habría tenido con un padre como él.

No hizo falta aclarar, ni una sola vez, que de *eso* no hablaríamos, y hasta que todo hubo terminado seguimos funcionando, como diría la Valls, «por omisión». Enroscábamos las palabras alrededor de esa nada como el hilo que envuelve a los gusanos de seda, y enseguida tuvimos un ovillo que podíamos cargar sin más sospechas. Un ovillo que ni nos planteábamos que llegase a palpitar, que jamás mudaría en crisálida ni en nada bonito. Un ovillo que no dejaba entrar la luz, protegiendo de fuera (de las dudas, las preguntas, de los padres, del bullicio) un vacío silencioso como de otro planeta.

Había dicho a Dària que no se preocupase y entré en la farmacia con paso seguro. Nada indicaba a la farmacéutica que no fuese yo la embarazada, pero yo estaba tranquila: lo que no habría sabido hacer, si fuera para mí, no me suponía ningún contratiempo. La dependienta sacó dos estuches de un cajón del mostrador y consultó el ordenador para comprobar los precios. Me pareció extraño que no los supiese, teniéndolos tan a mano, y entendí que me estaba dando tiempo. «La primera decisión—apuesto a que pensó—de tantas que le esperan».

Había siete euros de diferencia entre uno y otro. «Son iguales», dijo, como si se le hubiese acabado la paciencia. Le habría agradecido una media sonrisa, la verdad: hasta donde ella sabía, la embarazada era yo. Elegí el caro.

Me lo envolvió en uno de esos papeles que lo transparentan todo y tuve que pedirle una bolsita. Cuando sonó el timbre, seguía en mi mochila. Tuvimos que hacer tiempo, disimular, entretenernos con excusas porque Mar se nos había pegado y no había forma de que nos dejara en paz, como si no entendiera que aparecer por allá, con la mierda aquella del «Qué me he perdido», riéndose de su pregunta como de una ocurrencia (la misma ocurrencia, de mierda, cada día), no nos convertiría en las amigas que tampoco fuimos en preescolar.

Nos tocaba entrar a clase con la Valls, pero nos habría mandado a la sala de guardias porque Joel, a quien siempre le insiste que entorne la puerta, ya cerraba. Nos metimos en el baño. Estaba vacío, pero susurrábamos igual. Fui yo quien abrió la cajita para mirar las instrucciones, porque Dària parecía como ida. Saqué el test; estaba envuelto en un plástico flexible de los que se rasgan con los dedos, como los preservativos. Mientras lo iba abriendo, lentamente, parecía que el ruido no fuera a acabarse.

—Deprisa, Sara. Que va a entrar alguien.

—Para una lectura óptima de los resultados—leí en voz tan baja como pude —coloque el test sobre una superficie horizontal.

Y con los dedos algo temblorosos y salpicados de pis, diría, Dària lo colocó sobre la tapa. Esperamos los resultados con los ojos clavados en el test. Según

las instrucciones, eran válidos entre los treinta segundos y los cinco minutos, pero desde el primer momento fue clarísimo. Dària no se movió. Parecía un espantapájaros cuando le di un abrazo.

Pasaron un par de minutos, o quizá sólo segundos que a mí se me hicieron largos.

—¿A Aleix se lo dirás?

—¿Para qué?

—Hombre, si él…

—Tres veces, Sara. Tres putas veces en la putísima vida y…—Ahora sí, lloraba, y el volumen subió. Yo no había dejado de abrazarla, pero la apreté más fuerte.

—Es muy injusto—dijo.

—Entonces… ¿No se lo dirás?

—¿Y para qué, Sara? ¿Me lo explicas? ¿Para que te pregunte cuánto te ha costado el test y te lo pague en plan alfa, como si el problema fuera ése, y se quede tranquilo?

—A lo mejor…

—Que lo iría contando, Sara. A todo el mundo. Menos al imbécil de su padre, claro, porque es calcado a él.

—Yo no los veo tan calcados, Dària…

—¡Sara, joder! ¿No ves que no me ayudas? Que no quiero que lo sepa; ni ahora ni nunca. Iría de mártir, de salvador que no pudo salvar.

—Eso ya lo sé, Dària. Pero jode que los tíos se acaben librando de estas mierdas sólo porque con ellos no se puede contar.

—¿Y qué esperabas? Hagan lo que hagan, siempre pringa otra. Paso de gestos épicos cuando aquí soy yo quien se come el marrón.

—Sólo digo…

—Que me decepcionará, Sara. ¿De verdad no te das cuenta?

Seguimos encerradas hasta que el timbre nos pilló desprevenidas. El positivo del test continuaba allí, obstinado. Lo mandé callar con unas vueltas de papel, lo metí en la bolsita y la cerré.

Nos mezclamos con los de primero, que los jueves salen antes, para poder escaparnos de la última clase. Esperé a estar bien lejos para soltar en el contenedor aquella mierda.

AQUELLO FUE UN TRÁMITE

No esperabas la llamada de Fanni cuando el teléfono ha sonado al final del servicio. Parece que la directora, Eva, está encantada con tu vídeo. Estos días la absorbe el trabajo de campo, pero le ha pedido a Fanni que te mande un fuerte abrazo. Le preguntas a ella cuándo saldrá el documental.

—De hecho, también llamo por eso. Nos gustaría estrenarlo en un festival prestigioso y con visibilidad, dentro de algunos meses, pero todo ello nos limita un poco. Eva acaba de cerrar un acuerdo que nos permitirá movernos más, por toda Europa. Y eso implica más trabajo, claro, pero con más financiación podemos ser más ambiciosas y reorientar un poquito el propósito del documental. Nos gustaría introducir pequeños cambios sin perder de vista el tema principal ni dejar de ofrecer la visión que comentamos: quisiéramos poder ir algo más allá y analizar las consecuencias de lo que pasó, la otra cara del trauma. Eva ha contactado con una asociación de niños nacidos de las guerra y le gustaría poder darles voz, aprovechando que ya cumplen dieciocho.

No sabes qué decir.

—¿Hana?

—Estoy aquí.

—Se trata de niños que están algo perdidos; lo han pasado muy mal. Y creemos que tú…—Se detiene un momento—. No son muchas las mujeres que se atreven a hablar con la claridad con la que tú lo hiciste, a compartir públicamente las consecuencias del trauma, y hemos pensado…

—Lo siento, Fanni.

Fanni no dice nada. No presiona. Sólo espera.

—Entiendo—añades—el giro que pretendéis dar. Tenéis más dinero, el tema es atractivo y os conviene otro enfoque, pero lo que nos hicieron fue un castigo, y la primera consecuencia es que esa práctica implicaba el exterminio. Aquello fue humillación, dolor para las familias y desahogo para la tropa, sí, pero sobre todo, y antes que nada, un plan estudiadísimo para borrarnos. Y aquí, Fanni, lo siento, no hay sentimentalismos ni excusas que valgan. Son tácticas de guerra: reconocidas, tipificadas y prohibidas. Sobre todo, prohibidas. Por eso las negaban, las siguen negando y lo seguirán haciendo mientras vivan. A los hombres y los niños los mataban, y si a nosotras nos dejaban con vida era para que pariésemos a aquellos críos. Y con ese gesto, además de humillarnos, nos echaban. Sabían que acabaríamos desapareciendo, que nos marcharíamos tarde o temprano. ¿Se te ocurre una mejor manera de borrarnos?

—Hana…

—Mi sobrina murió con la edad de esos niños a quienes entrevistas, a muy

poco de cumplir los dieciocho. Ni te puedes imaginar lo que le hicieron; yo no he podido ni contárselo a mi hermana. Me vi obligada a decirle que fue una muerte limpia, el cabreo de un soldado que empezó a disparar. Por eso me ofrecí a participar en el documental, porque no tengo otra forma de vengarla. Continúo imaginándome al cabrón entrando al restaurante, y…

—Valoramos muchísimo tu implicación, Hana. Es sólo que…

—Que si no hablo del nacimiento, de la niña, no pondréis mi entrevista. ¿Es eso?

—Si dependiera de mí… Lo que pasa es que el metraje del documental no ha cambiado, y nos hacen falta madres. Tu testimonio es muy potente, Hana. Si se pudiese ampliar, no cambiará…

—Lo siento, Fanni, pero aquello fue un trámite. Ser madre es otra cosa.

—No tendrías que hacer nada; solamente no cerrarte, y…

—Pero vosotras trataríais de encontrarla, ¿no? Aunque os haya dicho que no quiero.

Fanni no dice nada.

—Os conté palabra por palabra todo lo que recordaba: el nombre del médico que me ayudó en el parto, que estaba allí de cooperante con la fotógrafa; que son de Barcelona, que a la niña la llamaron Sara. Dime si no vais a indagar.

Este altavoz, ni que decir tiene, te lo has ganado por mérito propio. Has aguantado vejaciones que Fanni no es capaz de imaginar, situaciones que ni Eva ni ella, blandas como babosas, habrían resistido. No es nuevo para ti: necesitas ayuda y sólo recibes compasión. Y cuando ni la obtienes, te indignas aún más.

—Si al menos quisié…

—Entiendo lo que pides, Fanni, y créeme que lo siento, pero todo eso ya es agua pasada.

10

Podría haber vuelto sola a casa, pero mi madre es como es, y desde que anunciaron la separación ya no hay quien la soporte. Está tan dentro del mundo inmobiliario que ha tenido que inspeccionar el local que acaba de alquilar con los padres de Ona: comprobar que no lo estamos convirtiendo en un antro de perversión y droga dura (como ella lo describiría, haciéndose gracia) que nos vaya a ensuciar la hoja en blanco que es la vida cuando, por fin, con dieciocho años cumplidos, estamos obligadas a responder de nuestros pecados ante el mundo.

Aunque es Ona, en realidad, quien ya los ha cumplido. Para mí, técnicamente, no será hasta este domingo. Mañana al mediodía, a un día de distancia de mi libertad, nos tocará volver al local con bolsas industriales, escoba y fregona, bayetas y cubos, y dejarlo fino. Así lo *especificó* mamá (ella siempre *especifica*, cuando nos recuerda las instrucciones que nos dio), porque parece que es de algún conocido que le ha hecho un favor. Vamos a ver, querido amigo: le aseguro que se hará lo que se pueda. Porque usted nos ha cobrado, ¿no?

Me noto el cansancio en los párpados. Ona y Dària han vuelto a casa a pie, como la gente normal, pero mamá, excesiva como siempre, se ha ofrecido a llevar a Xevi y Cecília. Lo que no tiene sentido es que nos chapen la fiesta a las tres para acabar jugando a taxistas hasta casi las cinco. Hemos metido los regalos en una bolsa enorme de las que mamá guarda en el maletero y nos hemos apretujado en el asiento de atrás; yo estaba en medio. Mamá, lógicamente, ha arrancado preguntando por la fiesta, como si hablar de ello te hiciera una ilusión que flipas cuando ya forma parte del pasado, pero a Ceci y Xevi no ha parecido molestarles. No lo entiendo: a los padres de Ceci no los conozco, pero a los de Xevi sí, y desde P3. No te recitarán el monólogo de Julio César en inglés, no te dirán quién pintó *El origen del mundo* o te cantarán las fases de la división celular de memoria, como mi madre, pero seguro que pasan de indagar, saben dejarte en paz y, para empezar, no te obligan a *pactar* (y aquí no quiero profundizar en un significado tan distinto del que se *especifica* en el diccionario) el final de la fiesta, cuando la fiesta, eso lo sabe cualquiera, no ha hecho más que empezar. Una fiesta que es *la tuya*, sí, aunque eso aquí, qué más puedo decir, resulte secundario. Si no fuera porque el local había que cerrarlo, porque teníamos que echar al personal *a una hora prudente*, podría haber sido una fiesta con invitados y sin celebranta, así como lo digo. Prueba uno, señores del jurado: este Prius blanco. Todo el mundo volviendo a su aire pero nosotros seguimos aquí, de camino a Sant Just, encerrados en un coche más puntual que un tren bala. Un coche al que bajo ningún concepto, si sabes qué te conviene, vas a hacer esperar. Nunca. Con

dieciocho años o con mil.

Prueba dos: la lista de regalos. El interrogatorio, tarde o temprano, tenía que llegar, y mi querida madre, eso está claro, no iba a decepcionarnos. No le he dicho que el regalo de marras iba en una caja dentro de otra, ésta en otra y así hasta el infinito, hasta convertirse en una caja enorme que parecía que tuviese que contener una nevera en su interior, ni que yo venga a abrir, intrigadísima, preguntándome qué podía ser aquel regalo tan enorme. He preferido ser directa y hacerle una lista rápida de lo que ha ido cayendo durante la noche. Ella ha estado lo bastante lúcida como para poner cara de póquer cuando he dicho, de paso, que el regalo de las del básquet había sido el famoso test. Cualquiera diría que prefiere una prueba de embarazo a un inofensivo test de ADN.

Camille trata de entenderte.

—Entonces, ¿es un tema hereditario?

—Exacto. Pero el problema, por lo que parece, es que podría comportar la muerte súbita. Nos van a hacer pruebas; ya veremos. He pensado que en la carrera igual lo habíais dado.

—El nombre me suena, pero no sabría decirte. Es tan bestia el temario… Pero te lo miro, claro. Mañana por la tarde tengo una profe que podría…

—Da igual; no le des vueltas. Al final todos nos morimos: ni elegía el cómo antes ni lo elijo ahora.

—Pero por ahora se trata de pruebas, ¿no? Para descartar el síndrome. ¿Y tu madre—pregunta, atacando la tortilla que le has puesto delante—cómo está? Imagino que si se ha subido a un avión para contártelo…

—Mi madre es la reina del drama.

—Supongo que no debe de ser fácil… Al final, las madres se proyectan en nosotros. Al menos, la mía.

—Pues no sé. No parece mi caso. Si me dicen que soy adoptada, me lo creo. Y, de paso, me ahorro el rollo este de la enfermedad hereditaria. Dos pájaros de un tiro.

—Pero ¿tú crees que…?

—Es broma, Camille. No tendría esa suerte.

—Es que yo sí lo soy. Adoptada, digo.

Al instante te queman las mejillas.

—Que no pasa nada, ¿eh?—te tranquiliza—. Para mí fue una suerte. Yo soy *su* hija, desde el momento exacto en que me vieron. O sea… Que no es como si con el tiempo me hubiese ido convirtiendo en hija suya; lo soy desde siempre. Es algo tremendo.

—¿Entonces…?

—Es así. Se quiere de repente. No me preguntes cómo, pero así es como funciona: de cero a cien. ¿Te has fijado en las pelis, cuando después del nacimiento te ponen al bebé encima y lo sabes, y ya no hay que decir nada? Pues así es como funciona. No hay ninguna diferencia, sólo tienes que querer. Les pasó a los dos; se miraron y ya. Lo supieron de golpe. Lo repiten siempre.

No le dices que tú renunciaste a todo eso, que te saltaste el ritual que obraba esa magia para quedarte en el lado que no sale en la foto. Te alegras por ella con la vergüenza del farsante, como si pudieras delatarte en cada gesto. Y te preguntas si no seréis también, tu impostura y tú, la cara B de una historia feliz; si a lo mejor Sara, tal vez, agradece al destino el haberte perdido de vista.

Nada más llegar, al encender la luz del recibidor, has intuido a tu madre

revolverse en la penumbra, ocupando el sofá que te reservas. Mañana declarará, siempre tan hiperbólica, que en su vida ha dormido mejor, pero lo que ahora te apetece es despertarla. Tendrías que haber previsto que conseguir que durmiese en tu cama sería flor de un día: tu madre clasifica a las madres modélicas por puntos de abnegación, donde por abnegación hay que entender amor absurdo por el sacrificio que lleva a ejecutar proezas de puertas afuera: cuanto más estériles, mejor.

Sabías de sobra a qué te exponías cuando sin convicción te has echado en la cama, vencida por el cansancio y la pereza de intentar conciliar el sueño acostada en el suelo, como aprendiste a hacerlo en otra época. Una noche en el colchón será más que suficiente para reconvocar a los fantasmas, revivir a la anguila, oír el clic. Comprenderás lo que has hecho cuando te despiertes molida sobre el piso, con la sensación de albergar de nuevo al bicho y la necesidad de hacer algo, lo que sea, para echarlo. No podrás, esta vez, confiar en el parto, cerrar los ojos y exigir que se lo lleven: porque en tu cabeza tiene nombre, habrá cumplido dieciocho y a las personas, a diferencia de los recuerdos o las culpas, no basta con negarlas para que te dejen ser.

Por la mañana, al encender el teléfono te llega un mensaje de Fanni. «Sé que no debo insistir—escribe—, pero me gustaría que pudieses ver el vídeo. Sólo te pido que no lo reenvíes». Tras el icono de reproducción hay una adolescente en primer plano. No respondes. No lo miras.

Desde que hablaste con Pep que le estás dando vueltas. Si finalmente él y Bet se llevasen al crío, su origen—que al final es aprendido, impuesto—se olvidará. Los asesinos, que con este nacimiento ansiaban perpetuarse, habrán perdido, y el niño no sabrá nunca, si nadie se lo cuenta, que nació de un criminal.

¿Qué es lo más justo para este hijo?

No me hables de hijos. Esto es otra cosa.

¿Qué es lo más justo?

Durante muchos años, pese a haber emigrado, tu cabeza seguirá jugando a imaginar a la gente de tu entorno en plena guerra, a establecer la relación de atrocidades que podrían cometer. No habrá término medio: si no son víctimas, serán verdugos. Y tú no quieres serlo.

*Te preocupa que la naturaleza se sirva de tu cuerpo para abrirse camino como el tambor de una apisonadora en pleno verde, y te preguntas, otra vez, por qué extraño mecanismo se hereda la violencia. En el campo se ahogaban bebés como se asfixia a la camada que aparece una tarde en el patio trasero: era aquello o amamantar a los nacidos de esas bestias. La clave para esas mujeres residía en el trato dispensado: había que ver a esos crío*s como a animales—como hacían con vosotras los soldados—*para sustraerse a ellos. Ni siquiera* mirar*: ver.*

Tanta rabia se dejaron en tu cuerpo aquellos cerdos que te da miedo acrecentar la podredumbre con el parto. Incluso las bestias que os humillaban tienen madre.

Y familia. Y te preguntas si volverán a casa con el odio intacto y no sabrán qué hacer con él, si lo derramarán sobre sus mujeres como hicieron contigo o enloquecerán ante la humillación de esposas e hijas. ¿Sabrán ver el horror que ellos causaron, o sólo el que ellas recibieron? ¿Las culparán de haberse dejado hacer lo que, ellos sí, han perpetrado impunemente en tantos cuerpos?

A ratos te descubres celebrando que quien te hizo aquello no fuese un padre, un tío, un padrastro, un abuelo; un desgraciado a quien tuvieras que retirar los platos de la cena, que estudiaría tu pelo húmedo al salir de la bañera.

Fueron desconocidos, Hana. No quien debió quererte.

Ha llegado el momento porque el agua se desliza por tus piernas. A partir de ese instante se precipita todo. Te atiende quien supones que será la comadrona. Han avisado a Pep, que se está preparando. Sabes que es buena gente, dispuesto a ayudar, pero a tu alrededor todo es incómodo: el desamparo de la desnudez, la postura violenta, el estribo improvisado. No soportas la mirada reprobatoria en la partera cuando le pides que no te enseñe al crío bajo ningún concepto, que no te diga si lo que nace es niño o niña. Hace mucho que te hartaste de dar explicaciones, de estar abierta en canal, de no poder decidir sobre la intimidad que te concierne.

Te da miedo que, si llegáis a estar juntos, alguna trabazón que no controlas pueda llegar a unirte a ese crío; la naturaleza es sabia y a la fuerza ha de saber encargarse, en el instante preciso del alumbramiento, de conectar madre con hijo, de transmitirle a ella, lo quiera o no, la necesidad de jugarse la vida por el hatillo ensangrentado que alguien le entrega.

Tienes a Pep sentado entre tus piernas. La intensidad del dolor crece hasta que sabes que no podrás, que tendrás que desistir y que ese niño se quedará allí para siempre, incapaz de moverse adelante ni atrás. La mujer te toca el muslo con la mano enguantada. «Venga, mami, que ya estamos». Agradeces a la rabia que te remonta el esófago que te ayude a escupir la criatura.

Yo .

No.

Soy.

Madre.

No crees que pueda entender que una madre verdadera se alegra por su hijo; que si lo rechaza es que no era su madre. La oyes anunciaros que ya sale, satisfecha de un esfuerzo que no es suyo.

Te pusiste frente a tu clase, un año atrás, para proteger a los alumnos con tu cuerpo, y la responsabilidad se te clava ahora como un mal presagio. Te aterroriza pensar que el embrujo pueda tener algo animal, que en tu interior algo haga clic para amarrarte sin remedio a ese recién nacido. La naturaleza, eso seguro, no deja al azar este momento. ¿Cuál es el gesto que hay que evitar a toda costa? ¿El roce de la piel? ¿El contacto mismo que supone la mirada? Cierras los ojos para evitar que

te lo enseñen; te tapas los oídos por si fuera el llanto. Te llega, pese a todo, la voz de la partera. «Qué ganas tiene de vivir esta pequeña».

Aprietas fuerte los ojos: ni te enamorarás de ella ni dejarás que la naturaleza extienda sus tentáculos para ponerte a trabajar en los siete parecidos, como si fuera necesario proporcionar un padre a esta niña e imprescindible localizar los ojos que ha heredado: saber a quién, de entre todos los monstruos que te han escupido su lechada, pertenecen los ojos de esa niña que acabas de expulsar, la misma criatura que, en otro momento, te hubiera sido hija. Los afectos, decides, sí se pueden domar.

No tardan en llevársela, pero te parecerá oírla horas más tarde. También entonces, aunque no vaya a servir, te esforzarás en ignorarla, como a los soldados que, demasiado borrachos para nada que no fuera babearte, te humillaban susurrándote al oído «Escucha, perra».

Tener un hijo tiene que ser algo distinto. Eso ha sido como ir de vientre, beber agua, tener frío: una función más del organismo que se activa según el contexto y, pese a todo—pese a haber sido la primera en rechazar a la criatura que se abría paso, reventándote para salir como te reventaron para hacerla entrar—, te sientes vacía. Como un recipiente sin propósito. Como pasar la tarde cocinando para acabar tirando la comida a la basura.

Te dices que vivir, a partir de hoy, será mucho más fácil. No es un peso lo que te quitas de encima, es un tumor; la costra que, tarde o temprano, iba a soltarse. Volverás a ser tú sola y podrás mezclarte con el mundo sin que nadie sospeche tu pasado. O tal vez sí. Podría ser que, pese a todo, se perciba. Tal vez se transparente allá donde vayáis porque todas, las demás y tú, acabaréis por ceder tarde o temprano. Bajo las ganas de vivir de vuestros vástagos seguiréis cobijando el vacío. Os reconoceréis cuando os crucéis, por la mirada.

No has visto a Bet durante el parto, y te preguntas si no ha venido por respeto o porque al final ella y Pep han cambiado de idea. Un rato después, cuando sigues sin dormirte, Pep se acerca.

—¿Seguro que quieres que…?

—Ya lo hemos hablado, Pep. No puedo…

—Pero es que la decisión…

—Está más que tomada. ¿Cómo pensáis hacerlo?

—En plena guerra…

—Tú eres médico. Podrías certificar que la ha parido Bet.

—¿Cómo sabes que es niña?

—Tu comadrona.

—No jodas.

—Y también me ha dicho mami.

—No volverá a ayudarme; eso seguro.

Se detiene un momento, como si pensase.

—Bet y yo hemos hablado—titubea—… y nos gustaría llamarla Sara. Si es que a ti…

—Por favor, Pep.

—Perdona, Hana. Tienes razón. Se me sigue haciendo raro… Si lo ves bien, Bet se la llevará en cuanto pueda.

—¿Y tú?

—Todavía no sé cómo lo haremos. —Se detiene—. Si algún día…

—¿Aguantará bien, Pep? ¿Ella está sana?

—Está hecha un roble, Hana. Es increíble.

Cuando ha dicho increíble *sus ojos sonreían. Afirmas con la cabeza.*

—Si alguna vez… Pep Mas; me llamo así. De Barcelona.

—Es hija tuya, Pep. Ya te lo he dicho.

Se levanta las gafas para frotarse los ojos. Se pinza la nariz. No sabrías si llora.

11

Pero ¿qué se ha creído, que su hija es tonta? Porque dice muy poco de una madre que celebre que la niña no da para más, que la suponga tan cortita como para dejar de hacerse un test sólo porque la caja no estaba en su sitio. Lo que no puede ser es que en la web de los putos análisis me salga una musiquita para celebrar que soy balcánica y aquí no pase nada. Mamá, ¿en serio? Y por si fuera poco, ella, con su mierda de drama, pretendiendo que no ha sabido cómo hacerlo, como si en todos estos meses (que, no nos engañemos, son dieciocho años perdidos, malviviendo con una mujer a quien, al fin se entiende todo, jamás me he parecido) no hubiera habido tiempo de preparar *El Día*. Pues mira, mamá. Por una vez te jodes tú, porque éste no es tu drama. Cuando adoptas a alguien lo adoptas con la responsabilidad, y el deber, de explicarle algunas cosas: de dónde viene, por qué está aquí, quién son sus padres, si tiene hermanos por el mundo. Nimiedades, vaya. Que esto no va de «Me siento solo, quizá adopte a un perro. Me falta un hijo, pues ya lo tengo, que siga la fiesta». No, señora. Se supone, y con ese lema de mierda te has estado llenando la boca dieciocho años, que a un hijo se le quiere por encima de todo. Y si te crees lo que predicas, por lo menos hazlo bien.

Me dice que no es fácil para ella y no es capaz de ver que me lo está diciendo *a mí*. Lo que para ella es un problema, asumir que yo pueda tener interés en descubrir de dónde vengo, para mí es un tsunami. Y no lo pilla. Yo puedo llegar a entender, no soy tan tonta, que unos padres prefieran esperar a que ya hayas crecido. Que les dé miedo, mientras eres aún pequeña, descubrir que no estás preparada, o que puedas hacerles preguntas de niño, de esas que descolocan. Pero lo que no puede ser, de ninguna manera, es que te echen mil sermones, con la excusa de que su obligación era contribuir a la formación de tu espíritu crítico, para cagarse al final cuando llega el momento. Porque lo que piensa mi espíritu crítico, en este caso, es «Ya os podéis ir a la mierda y no volver, queridos padres. Allí estaréis de miedo».

Y es que hay bombas que no pueden soltarse así, y mucho menos ellos, que han tenido más ejemplos de los que han necesitado. Estoy pensando en Anna-Li: lo fácil, claro, es argumentar que no le han ocultado nada porque es claramente china. Pero no, porque sus padres le han contado un montón de cosas y se lo han currado mil para que mantenga sus raíces; los sábados estudia chino y han vuelto a China ya tres veces. Y pienso en Yohanes, que nació en Etiopía. Él dice que se acuerda de la primera noche en casa, pero sus padres jamás le han puesto pegas para contarle el resto, los recuerdos de cuando vivía allá y de cuando vino: que la lavadora le flipaba y que un día, jugando en la plaza, quiso saber si «*un gos*» era un chucho grande y «un

perro», pequeño. Eso es hacer las cosas bien y no lo que han hecho mis padres, si es que aún se merecen que les llame así.

El test de los cojones me lo hice allí mismo, en mitad de la fiesta, y Rita lo tiró en el buzón de vuelta a casa. Y si dejé la caja en mi cuarto, en un rincón lo bastante visible, fue por mamá. Por provocarla, esperando a que picase. Total, que va la crack y se lleva la caja, pensando que ojos que no ven, y aún pretende demostrar que no ha sido cotilla, porque si la hubiese abierto, dice, habría descubierto (¿en serio?) que el test no estaba allí. El mundo al revés, señoras y señores. Engañándola yo a ella. Es que hay que ser.

Todavía sigo en *shock*, y no creo que pueda perdonarla porque, para empezar, no me cuelan sus lágrimas. Actúa como si no hubiese sabido hacerlo bien, la pobrecita, y al resto del mundo le faltase empatía. ¿En serio, *bro*? ¿Los chungos son el resto, o sea, yo? Como siempre, el foco en la estrella, que al final va a ser la única que lo está pasando mal; el cañón de luz sobre la protagonista de esta historia de serial que, *oh, wait*, es la última que aquí pintaba nada. Porque si aquí queda algo claro es que la última protagonista, en una historia de adopción, es la madre adoptiva. Pero eso, por si acaso, lo dejamos. Lo que más me jode es que ni siquiera sepa verlo; que espere de mí la madurez que a ella le falta.

—Es que no lo entiendo—insisto—. No lo pillo. Me sueltas que es cierto, que el test no engaña y que soy adoptada. ¿Y no puedes decir más? Pero ¿qué mier…?

—Ya te lo he dicho, Sara. Papá bajará en un momento; ten paciencia.

—Pero ¿no entiendes que…? Es que a ver; es que aquí no han venido los reyes. ¿De verdad vas a hacerme esperar, después de dieciocho años? ¿Es que no viste el test? Era cuestión de tiempo que…

—Pensábamos decírtelo, Sara.

—No jodas.

—Al cumplir los dieciocho.

—Pues empieza a hacer semanas que los tengo. Vaya cracks.

—No ese día. Queríamos montar una escapada. Juntos; de fin de semana. Para poder hablar tranquilamente. Lo estábamos cerrando.

—Es que en serio, mamá, ¿por qué os cuesta tanto ser normales? Fíjate en los padres de Anna-Li… ¿Tú crees que esconden nada?

—Anna-Li es…

—No me jodas que es china. No me digas. O sea, que porque a mí no se me nota…

—No es tan fácil, Sara.

—Por supuesto que lo es. Tan fácil como abrir la boca y recitar vuestro puto papel. Habéis tenido dieciocho años para prepararlo.

—Mira, Sara. Anna-Li, al principio, no lloraba, ¿y sabes por qué? Porque

había aprendido en el orfanato que no le servía. Y ya en casa, meses después de llegar a Sant Cugat, su madre encontraba galletas, trocitos de pan, bajo la almohada. De ese lugar viene Anna-Li; de ese pasado. ¿Te parece fácil contar algo así sin hacer daño? ¿A dónde lleva?

—O sea, que a Anna-Li no se lo cuentan y a ti sí. Tiene cojones. ¿Y tú lo ves normal?

—Los padres también somos personas, Sara. Y necesitamos soltar la angustia igual que tú. Si se lo han dicho o no, yo no tengo ni idea. Así que tú, callada. Por si acaso.

—No sabes cómo admiro tu sensibilidad hacia los hijos de otros, ¿eh, mamá?… Y a los padres de Anna-Li, ¿qué les has dicho de mí, si se puede saber? A lo mejor así me entero.

—No he hablado con sus padres ni con nadie. Estás inscrita como hija mía desde el nacimiento.

—Hostia puta… ¿Me robasteis?

—Pero qué tonterías. Ya te he dicho que naciste en plena guerra y que tu padre estuvo allí de cooperante. No fue difícil arreglar los papeles.

—¿Y entonces? ¿Qué sabes de ellos, de mis padres biológicos? ¿Por qué me entregaron? ¿Quiénes eran?

—Una guerra no es de broma, Sara. Era una situación muy complicada. Pero papá me ha dicho que ahora baja. Está con la última visita; llegará en un minuto.

—¿Y Jan, qué? ¿También es adoptado?

—Sara…

—¿O es que la mierda aquella de *sentirse al hijo dentro* iba por él?

A TU PESAR

Los días grises te acuerdas de Dino; del Dino de antaño. La confirmación de su muerte os llegó tarde, cuando ya te habías ido, y a veces te sorprendes cavilando, a tu pesar, cómo debió de acabar: si continuó siendo el Dino por quien habrías dado un brazo o si la guerra lo habría malogrado como al resto. Tu cabeza trabaja para concederle el honor de los íntegros, convertir su recuerdo en la lápida que nadie encargó y mantenerlo impoluto. A ratos le echas de menos, aunque a veces sientas que no hay otra opción. Te gustaría haber envejecido a su lado, pero después de lo que pasó no lo habríais conseguido, dos marionetas rotas, ni habrías podido aguantar el peso del deseo en su mirada.

Tú ya tampoco eres quien fuiste.

Mamá lleva estos días los ojos llorosos, como si creyera que va a funcionarle el rollo lastimoso de puro egoísmo. El chantaje emocional, por supuesto, que no falte. A ratos, drama; a ratos, dignidad de gran señora que sigue aguantando, a pesar de las heridas, en nombre de ella sabrá qué. Como si cuando dice «Ojalá hubiese sabido hacerlo mejor» con actitud melodramática (pero volvería a hacerlo igual, eso está claro, aunque tuviera que vivir una y mil veces), se borrasen las cagadas. Para saber hacerlo bien, mamá, hay que tener las ganas. Pero a ella, obvio, todo eso se la sopla. Saborea sus réplicas como si viviera en una serie.

Conclusión: que llevarte a Barcelona fue asegurarte un futuro, que no te imaginas lo que es una guerra y todo el rollo. Pero aquí yo sigo sin saber quién soy.

—Hace ya tiempo…—dice papá.

—Pero tú, papá, ¿sí querías contármelo?

—Lo que yo quisiera entonces ya no importa. Y darle vueltas—añade, mirando a mamá como diciéndole «Tiene narices, el papelón que me estás endosando»—no va a servir de nada. Lo que los papás queremos…

Y qué más. Si alguien se puede creer que me lo trago, que «los papás» quieren *algo*, así en *pack*, es que no me conoce. Pero de nada. «Los papás queremos». Al igual. Putísima broma.

Mamá tiene a papá dominado. Dominado.

No la aguanto.

KOZMIC BLUES

Cocinas con Janis en bucle. Por las mañanas, sola, cuando gritarías por fuera y acabas chillando por dentro, te dejas arrastrar por su *blues* mientras canta ella por ti. Ella ha aprendido a aceptar la soledad que se agazapa en las hojas muertas del calendario, conoce el exorcismo que la lleva a abrir la boca para liberar la angustia hecha grito, desborda la voz como crecen los ríos hasta que las palabras se derraman y tiene que aullarlas. No sabe hacerlo sin poesía, como el resto: a ella se le acumulan en un delta hasta colmarlo, le desbordan del verso y las grita, las rasga, las revienta. Y se revuelve, afónica de rabia, dispuesta a amansar la realidad con una nana que no sirve. Su llanto es el tuyo y su rabia también porque lleva razón: porque tú sabes como ella que al caer la cortina ya no hay nada. Podría cantar sin palabras y también la entenderías.

Se pierde, te pierdes, cuando al cerrar los ojos para convocar el dolor se abre en canal, a contracorriente, para mostrarte el punto exacto. «Es aquí, puedes tocar», y acerca tu mano a la herida mientras te asusta que de tan expuesta, tan abierta, se le vuelva a escapar el alma que la abandonó cuando no miraba, tan temprano. Ha vuelto por ti, para pedirte que te salves, y en su tránsito de médium enumera, escarba, te suplica; te transforma en ella y te arrastra hasta que como ella quieres patalear y llorar y rebelarte, agarrar la vida por el cuello y pedirle razones, advertirle que la engullirás sin más, que la morderás igual, que la escupirás entera; preguntarle a gritos Es que no me oyes, Es que no te enteras, Pero qué cojones; Pero qué puta estafa es esa mierda que me cuelas.

A veces parece que tenga que sonsacarles la información con cuentagotas. El estado de la cuestión sobre mi origen, ahora mismo, es que no existe el padre, mi madre estaba sola y no podía cuidarme, era joven y su familia no lo iba a aceptar: la historia de Dària en tiempos de guerra, tan distinta y tan igual.

—… Y aquí vienen las dudas—digo—: cuando aclaran que la familia «no lo iba a aceptar», lo que están diciendo es que «no iba a aceptarme», ¿no es eso?

—A lo mejor…—empieza Dària, pero en mi cabeza ya tengo otra pregunta.

—¿Y ella, qué? ¿Me habría *aceptado*, de no ser por los padres?

—Seguro que sí.

—Jopé, Dària.

—Qué.

—Que si te pasara a ti no lo verías tan fácil. A ver, tú, que parece que tengas la bola de adivina: ¿se acuerda de mí? Y, si lo hace, ¿cada cuánto? ¿Se sabe mi cumple? ¿Me echa en falta?

—Pero… ¿te han dicho si vive?

—Que no sabemos nada, joder, Dària. Mis padres perdieron el contacto, pero tiene que haber forma de localizarla, ¿no? Estas cosas pasan.

—En las películas. ¿Lo estás pensando en serio?

—¿*En serio*, cómo?

—O sea, ¿tú quieres saber quién es, qué hace? ¿O es que pretendes ir a verla?

—¿Es que eso importa?

—No sé… Podría ser que hicieras el esfuerzo de buscarla, ir hasta allí y…

—Qué.

—Pues que igual no quiere verte.

—Es que en serio.

—¿Y ahora qué?

—¿Tú te has creído que todas las madres son como tú?

NO ES HIJA

Salís de la consulta al relente de la calle. Anochece. Tu madre está indignada, pero no es con el médico, ni con la vida, ni siquiera con unos resultados que os confirman que el síndrome está allí, agazapado, listo para ser entregado en testimonio como tú lo recibiste de tus padres, tu madre de los suyos y así infinitamente, o casi, hasta el origen de esa mutación que—al final se ha confirmado—podría acabar contigo cuando menos lo esperes. Has estado bromeando sobre ello en tu cabeza estos últimos días. Querías tomártelo así, y mientras aguardabais resultados te regalabas la imagen de los finales más indignos. Has jubilado un montón de bragas con manchas, agujeros, descosidos y gomas que no aprietan; has dejado de vestirte empezando por los pies en atención a la improbable instantánea del último segundo para la posteridad. A la mesa te sientas—y ésta te divierte—escorada, para evitar aterrizar sobre los macarrones si el momento fatal se presentase en plena cena: sería un chiste descubrir, en el último segundo, que tenías puntería, tú que eres incapaz de acertar un tiro libre por muy cerca que estés de la basura. Has dejado de hurgarte la nariz por si la muerte estuviese al acecho con su objetivo de *paparazzo* siempre presto. A ratos te concedías el indulto de la vida o un final reparador entre las sábanas: qué final tan tonto para una *superviviente*, después de tanto horror, el morir en el váter, a medio limpiarse.

Tu madre está indignada y no es por eso—aunque tampoco podría entenderlo, si hubieras estado dispuesta a contárselo—, sino porque ella, siempre tan defensora de ofrecer al médico el más mínimo detalle («Si omites cosas, la enfermedad que tratará será de otro paciente, no la tuya»), no ha tenido opción de intervenir mientras hablabais.

Después de confirmaros el diagnóstico, el médico se ha dirigido a ti para añadir:

—Tendrían que venir también sus hijos, si los tiene. ¿Existen descendientes?

No entiendes qué ha pasado. Has abierto la boca y Sara se ha escapado, como si llevara años esperando a que bajaras la guardia.

—Una chica.

—¿Qué dice?—ha indagado tu madre.

—Pregunta por los descendientes—le has traducido.

—Una nieta—ha intervenido ella, apresurándose a mirar al médico como si, pese al idioma, tuviera que entenderla—. Pero no está entre nosotros. —Lo ha dicho así: «entre nosotros»—. Nos dejó, la pobrecilla.

Te has vuelto hacia el médico como si ella no estuviera. Has insistido:

—Una chica.

Os ha mirado con perplejidad, primero a ti y luego a ella, consciente de que no estabas traduciendo. Sentada a tu lado, tu madre te desafiaba en cada

arruga. Es ella, la afectada; es ella, la matriarca, la primera portadora conocida en vuestra fracasada cadena familiar. De nada vale que tú también estés enferma: es ella, y nadie más, quien tendría que estar contestando a las preguntas. Pero lo haces tú.

—Se refiere a su nieta, mi sobrina—has aclarado, para que el médico comprenda que tú no escondes nada—. Pero murió hace ya tiempo.

—Lo lamento muchísimo—ha respondido el médico, mirándote a los ojos antes de dirigir la mirada a tu madre—. ¿Puedo preguntarles si fue una muerte inesperada, repentina?

—Sucedió en mi país, durante la guerra. Mi madre no lo sabe todo. Hace ya casi veinte años de eso. Pero no—has añadido—. No fue una muerte así.

—Lo lamento de veras—ha insistido el médico, y ha hecho una breve pausa antes de proseguir—: En ese caso—ha sentenciado—no quedan descendientes. —Ha garabateado algo al final del informe y lo ha archivado en un dosier de cartulina—. Si usted se planteara tener hi…

—Sí quedan—has notado a Sara abrirse paso, luchar contra el silencio, mientras el médico levantaba sorprendido la mirada—. Sí los hay. Existen descendientes.

Te has parado un momento antes de oírte insistir:

—Una chica.

—¿Qué dices?—ha interrumpido madre.

El médico, vacilante, ha reabierto el dosier.

—¿Además de su sobrina?

Habrías pagado para que las palabras se eligieran y la historia se explicase sola, como cuando contestabas sin pensar hace un momento.

—¿Qué dice?—ha preguntado tu madre, moderando el volumen pero no el tono—. ¿De qué habláis?

—¿Hija de usted?—ha preguntado el médico.

—¿Qué dice, Hana? Espero que no estés contándole…

—No es hija—has contestado—. La entregué en adopción antes del parto. Ya en el rellano, esperando el ascensor, tu madre te pregunta si estás loca.

—Es que no me entra en la cabeza, Hana, cómo has podi…

—¿Es que no avisaría usted a cualquier desconocido, si pudiese salvarlo?

—A algún desconocido, tal vez sí. Pero es que esto es otra cosa. Si la chica está viva es porque tú quisiste, y aún tendría que estarte agradecida. Quizá empieza a ser momento de que sea la naturaleza quien se encargue.

—Es que no me entra en la cabeza cómo puede hablar así.

—Hay muchas cosas que yo tampoco entiendo.

—¡Por favor, madre!

—Es que no hay quien lo entienda, Hana, por mucho que quiera. Cómo te dejaste arrastrar hasta allí; cómo permitiste que te hicieran… Y luego, cuando

no hubo marcha atrás, cómo ni se te pasó por la cabeza ponerle remedio. Había cuarenta mil maneras de acabar con todo aquello, de evitar la vergüenza de ponerse en evidencia. ¿Te imaginas a tu hermana en un aprieto de éstos?

—Ya basta, madre. O lo deja, o…

—¿Lo ves, Hana? ¿Te das cuenta?

—El qué.

—Que cuando quieres sí sabes negarte.

14

Dària y yo nos peleamos en el peor momento. Mi madre se marchó ayer como si todo fuese normalísimo, pero su anillo sigue en el salón sin que nadie se atreva a tocarlo, papá no se ha quitado el suyo y mi *mood* es un peligro.

La consecuencia directa de su divorcio ultracivilizado es que nos tocará ir saltando de casa para estar una semana con cada uno. Nadie nos ha preguntado, claro. Tiene narices que sean ellos los que se separan y nosotros quienes hemos de adaptarnos a la vida nómada. Acabaremos con cuatro cosas duplicadas, las más básicas, y nos tocará cargar el resto de aquí para allá.

Papá nos ha prometido un perro e iremos a buscarlo alguna tarde. Él quería comprarlo a un conocido que tiene perros de días, pero esos cachorros ya encontrarán dueño. Le he insistido para que nos lleve a la protectora y al final lo he convencido. Elegiremos a alguno con ganas de vivir.

FRANCAMENTE BIEN

Tu madre está indignada, y no es con el médico, ni con la vida, ni con la confirmación de un futuro que imaginabais posible. No te sorprende descubrir que el resultado, a ti, te haya dejado fría: es siempre el *cómo*, más que el *cuándo*, lo que asusta.

Prefieres prepararte para una muerte súbita que para una desmemoria que te acabará robando cuanto conociste: un gesto, el recuerdo de un rostro, el calcetín que un día no sabrás dónde calzarte. La ventaja de una muerte súbita es exactamente ésa: es repentina. Ves en ella la suerte, en todo caso, de poder eludir el sufrimiento, pues el momento tampoco se escoge. Cuando llega, te ha llegado.

Podrías estar bien, francamente bien, pero algo ha agrietado el muro de contención y tu cabeza, a tu pesar, se ha inundado de Sara. La has hecho existir, de repente y de la nada, para que muera sin aviso si no actúas. Ya tardas en negarlo como la negaste a ella. El médico te ha dicho que era vital que la informaras, que el síndrome puede llegar a ser severo entre los jóvenes y que hay muertes, con dieciocho o veinte años, que se pueden salvar.

No es por ella, te dices: es por el mismo instinto que te llevaría a zambullirte tras un niño, el que te impulsa a tirar del viejo que ahora cruza sin fijarse en el tranvía. No es por ella por quien vas a hacerlo, ni porque de noche te revuelvas en la cama con un hueco en el pecho por donde escapan las horas. No es por ella, insistes. No te importa más, ni menos, que cualquier viandante anónimo. En absoluto. De ninguna manera.

15

Sé que Ona me acusaría de haberme pasado tres pueblos. Con Dària, digo. Ella es la única, además de mí, que sabe lo del aborto, aunque cuando llegó el momento las dos nos quedásemos bastante a un lado. Cuando Dària habló de ello con sus padres—y sus padres con el insti—pareció que ya era todo cosa suya. Dària se encerró en casa y ya no supimos más. En las primeras horas no conectó el móvil, y cuando al final pudimos hablar prefería estar sola, o eso dijo. Nos pareció que sus padres nos culpaban, como si la mala influencia fuéramos nosotras. Al regreso de Dària no volvió a tocarse el tema.

Así que sí, que quizá Ona creería que me he pasado varios pueblos, pero es que tampoco he querido decirle que no nos hablamos. Tendría que explicarle qué pasó, pero mi historia está hecha de lagunas y antes de hablar de ella necesito entender más. Por el momento, sólo lo sabe Dària. Podría hablar con Anna-Li, supongo, o con Yohanes. Pero en fin.

MATRIOSKAS

A veces, al sentirla palpitar desde un rincón, dirías que la masa madre se sustenta en lo que callas. Es sorprendente lo que puedes llegar a esconder si empujas lo bastante, como en la maleta que acaba cerrando bajo el peso y aun así resiste, con las costuras al límite, mientras te preguntas si acabará abandonándote con las miserias expuestas en plena calzada. Es también por eso que ahora callas: porque sólo tú tienes licencia para admitir ciertos secretos, y en tus conversaciones interiores te parece haber aprendido, o estar aprendiendo, a separar las palabras traidoras de las que te hace bien pensar, oírte decir, escuchar en voz alta. Entonces te alegras, o eso crees, de haber sobrevivido. Explicarte os hace existir, a los demás y a ti.

Se diría casi absurdo, en este país frío, que la gente haga cola para comprar un helado que se sentará a comer en un banco del parque, pero hay heladerías que merecen la espera y ésta la tendría en cualquier ciudad de Italia. Detrás de ti aguarda una joven con un par de chiquillos: el pequeño espera tranquilo, pero el mayor lloriquea. Para no oírlo quejarse has ofrecido tu lugar. «No hay problema—has dicho, cuando la madre te lo ha agradecido—, con los niños ya se sabe». «¿Tiene hijos?», ha preguntado. «Sólo una—has dicho—. Y ya mayor». «Pero seguro que el helado le sigue gustando», ha bromeado ella. Has sonreído para ahorrarte la respuesta, mientras la madre pedía a sus hijos que dieran las gracias. «No hay de qué», has contestado, sin saber dónde mirar. Y sin embargo estabas preparada: para contarles que se llama Sara, que vive en Barcelona; para hacerla existir. Porque poner nombre es encarnar, dar oportunidades a esa presencia que antaño pesaba. Y te preguntas si ya habrá cumplido dieciocho. Y si estaría aquí contigo, haciendo cola.

Sara es una de esas cartas que no osas quemar. Durante años le negaste el nombre, como si aquello hubiera de ser el hilo que os habría unido de haberla mirado. Te pesaba cuando avanzabas arrastrando las Hanas muertas, tus yoes de hacía veinte, dieciocho, quince años, y habrías pagado por dejarla atrás como quien abandona un abrigo empapado. Buscabas la reparación donde nunca estaría, sin comprender que no era el dolor lo que os tornaba matrioskas—la pequeña Hana en la Hana mediana en la mayor—, sino el veneno de un pasado que estabas negando: no existe reparación posible en la venganza, sino en la aceptación del dolor que tú misma has provocado. Hoy Sara es una canción que ha venido a rondarte. Y tú la silbas.

16

Tanto uno como el otro, a su manera, pueden llegar a ser insufribles, y a veces pienso que eso es lo único que tienen en común. A Jan le da igual que mamá se haya ido; se aprovecha de la situación cuando más le conviene, pero yo ya estoy cansada de andar arriba y abajo con la bolsa a reventar mientras los dos se esfuerzan por triunfar en el Gran Torneo Internacional de Preferencias. Desde que mamá se fue nos da menos por saco, pero continúa atenta a todo. Si como *Blue* (el perro-que-no-tiene-sentido-tener-encerrado-en-un-piso que adoptamos con papá) fuera un chucho, mi madre iría por la vida con la oreja tiesa. En eso no ha cambiado: mamá sigue siendo una base de datos con capacidad para sacar los trapos sucios en el momento más absurdo, y puede llegar a dar una rabia tremenda. Desde que se marchó no hace otra cosa que perseguirnos para que cambiemos de hábitos, y cuando nos toca estar con ella pretende encasquetarnos un puré para desayunar que (me jugaría un brazo a que lo sabe) no puede ser sano de ninguna manera. Luego es incapaz de pasar por la pastelería y no buscar una excusa (y ahí la entiendo) para salir con un cruasán de mascarpone que no encaja, y lo sabe también, con el estilo de vida *healthy* que predica. Lo de mamá es todo muy *random*; este mes cocina como una mujer turca que se le apareció en las redes, y no le sale mal. Por ahora no se ha puesto holística como los padres de Bru, ni se ha apuntado a la vida vegana como Clàudia, que ya es algo. En su casa, en Barcelona, se está bien; es un piso acogedor decorado con gracia, para el poco tiempo que hace que lo tiene, pero es exactamente eso: suyo. Excepto en la habitación (donde imperan normas del estilo «chinchetas no», «música a *niveles sensatos*» que no son negociables), el resto tiene una decoración y una disposición inalterables, con absurdidades del tipo «Este bote de mascarilla capilar se queda aquí» (¡pero es que ya estaba vacío antes de la mudanza!) porque hace juego con los colores del baño que un día eligió para velas, albornoces y toallas. El piso tiene dos cuartos, que ella insiste en llamar «habitación amarilla» y «habitación azul» como si viviésemos en un hotel rural. Hotel rural, *my ass*: compartir espacio con mi hermano, aunque sea en la habitación amarilla, que es la grande, es un crimen que debería estar tipificado en el código penal. Papá nos da más libertad (ahora que él mismo, supongo, se siente más libre) porque nos entiende y no es un friki del control como lo es ella.

A mamá le gustaría que tuviésemos una vida más… no sé, como de otra época, sin videojuegos, ni tele ni nada, y monta pollos rarísimos por problemas que nadie más entiende. Cuando supo que Jan estaba viendo un huevo de series «que no eran de su edad» según su estándar, llamó a papá cagando leches. No conoce la pereza si se trata de educar, y para hacerlo

oficial (y más melodramático) le puso el manos libres. «Estoy con los niños aquí», empezó, y le pegó tal chapa que enseguida se ganó la respuesta que buscaba. «Les pones un password y luego me lo pasas», declaró papá. «Te lo agradezco, Pep» respondió ella, como si acabara de ganar el oro olímpico y a nosotros nos lo hubieran retirado. Lo que jamás sabrá es que papá nos chivó el password dos días más tarde, porque confía en nosotros y está seguro de que lo usaremos bien. Jan lleva ya tres temporadas de una serie que empezó el viernes pasado, pero es que el pobre es un viciado y no hay nada que hacer. Por cierto, mamá, qué lástima de password. ¿Qué vendrá luego, Hufflepuff? Si al menos hubieras pensado en Slytherin… Da igual.

Para ser justa debo decir que papá nos apoya, eso es verdad, pero confieso que las cenas con él son lo peor. Jamás lo habíamos notado porque andaban siempre juntos, pero mi hermano y yo hemos descubierto que no sabe hablar normal, sólo pregunta. Entonces tú contestas y él, como quien no se entera, vuelve a la carga con una duda nueva. Sería ideal si estuviera pensando en dedicarme a la política. Un día se lo dije. «¿Te das cuenta, papá, de que así nunca hablaremos como personas normales?». Él se calló un momento y entonces, así como lo cuento, preguntó: «¿Te preparo unas tostadas o prefieres cereales?».

Bromas aparte, estos días de no hablarme con Dària papá ha estado muy bien. Le expliqué que me estaba planteando alargar el Interrail que en verano voy a hacer con Ona y Dària, y me ha contestado que, si para mí es importante, podría tratar de tirar del hilo para descubrir algo más sobre mi madre. Resulta que su padre (mi abuelo biológico, vaya) es médico como papá, y quizá, por ese lado, podría tratar de encontrarlo. Tener tantos abuelos me parece flipante.

Ayer por la noche le envié un mensaje a Dària. Hemos quedado hoy para hablar en el descanso. Ni tan mal.

—¿Tú no comes?—pregunta Camille, señalando el *pain perdu* que acabas de servirle.

—Es una larga historia.

La primera vez que te soltaste fue con Fanni. No lo habías imaginado así, pero a medida que avanzaba la entrevista te fuiste dando cuenta de que vivías la grabación como un descargo. Demasiados años habías pasado revisitando tu historia, repasándola para poder contártela al detalle, y allí mismo sentiste que era la última vez: que la entregabas a Fanni con instrucciones para que la cuidara y que podrías, con suerte, dejar que fuera el presente quien recogiese el testigo. Trasladar el pasado a una memoria externa, insensible y exacta, te permitía alejarte sin miedo a que el olvido te robase la venganza, y cuando Fanni te mandó la grabación te pareció casi un regalo.

La primera vez que te soltaste fue con ella, y con Camille has decidido que no queda otra opción: sus recelos, sus miedos, tienen que ser, a la fuerza, los de Sara. Le contarás lo que pasó deseando que no te condene. A fin de cuentas, por edad, casi podría ser tu hija.

17

Dària y yo volvemos a estar bien, como si nada. Al principio, cuando hablamos, me reconocía en mi madre cuando quiere decir algo, no sabe por dónde empezar y está nerviosa, pero me había preparado según su sistema, planteando diálogos bifurcados, y al final no me fue mal.

A la hora de la cena, cuando mamá ha subido a buscar los trastos que Jan tiene preparados para ir a su casa (con la idea de convertir en su guarida la no muy grande, pero ya célebre, habitación amarilla de *chez* Vilardaga), me ha pillado navegando por la web del Interrail. Yo había estado sufriendo por si Dària me plantaba, aunque ella me ha jurado que se viene y me ha ayudado a convencer a Ona para desviar la ruta. Cuando me ha visto, mi madre ha entrado en pánico, para variar. Primero, porque tiene miedo (y no lo esconde) de que salgamos las tres a explorar ese mundo de ahí fuera y, segundo, porque ha catado el itinerario alternativo que me planteaba. Parecía tan descolocada que ni con su técnica de las bifurcaciones habría logrado convencerme.

—Es que no lo entiendo—ha proclamado.

—Pues tampoco es tan raro. Sólo quiero visitar el lugar donde nací.

—¿Y cómo vas a hacerlo? Si ni siquiera sa…

—Me lo contó papá.

—¿Papá? Si nosotros…—Pero no ha terminado la frase, porque ha salido disparada a buscarlo a la cocina.

—Me está diciendo Sara, Pep, que tú…—ha empezado a acusarlo.

—Sara me preguntó—ha contestado él, sin inmutarse—, y se lo dije.

—¿Que te preguntó qué? ¿Dónde nació?—se le ha enfrentado ella, subiendo de tono.

—No le veo el *prolema*. —Papá dice *prolema*. Y luego ha añadido, muy despacio, como si mamá no se enterase y quisiera asegurarse de que comprendía—: La niña ya es mayor.

—No es así como quedamos, Pep—ha dicho mamá, traicionadísima.

—Eso, si acaso, ya lo hablas tú con ella.

—Ni de broma, Pep. Eso, si acaso, ya lo hablamos tú y yo. Si nosotros tenemos un acuerdo, lo que no puede ser…

—¿Me estás diciendo que estabas al tanto, mamá?—la he interrumpido.

—Ahora no es momento, Sara. Espérate un segundo.

—Seguro que es momento—ha soltado papá—: si me obligas a dejar lo que estaba haciendo será porque lo es. Y en todo caso, no veo ningún mal en…

—Pero ¿tú entiendes lo que significa la palabra *acuerdo*?—ha dicho mamá, cabreadísima—. Nosotros quedamos…

—Pero ¿tú lo sabías, mamá? ¿Lo sabías?

—Por favor, Sara. Te he dicho que un momento.

—Pero ¿lo sabías?

Mi madre me ha ignorado. Miraba a papá fijamente, entre decepcionada y puteadísima.

—Yo sólo digo—ha intervenido él—que la pobre niña tiene derecho a saber.

—Pero qué pobre niña ni qué hostias. ¿Es que no lo hablamos, Pep? En serio, ¿no lo hablamos? ¿Y no fuiste tú, Pep, quien propuso…

—Baja el tono, Bet. Te estás *esgañitando*.

—Es que me tienes flipando, mamá—he dicho—. Que lo supieras todo y me lo hayas estado escondiendo me parece…

—Entonces, dime—ha preguntado ella con los ojos fijos en papá, haciendo un esfuerzo por bajar la voz—. ¿Lo habíamos hablado, sí o no?

—No me acuerdo.

—Yo tampoco me acuerdo de haber fabricado a Jan contigo, y te puedo asegurar que el niño es tuyo.

—Hostia puta, mamá. Es que joder.

—La niña se merece un poco de atención, ¿no te parece?—ha empezado a decir papá despacio, como cuando se sienta con Jan a practicar las divisiones—. No veo ningún mal en ayudarla. Lo hablamos ella y yo, estuve viendo cómo localizar a su abuelo biológico y le he escrito una carta. No veo el dra…

—¿Abuelo, Pep? ¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

—¿En serio, papi? ¿Se la has mandado ya? ¿Te han dicho algo?

—Quería que fuese una sorpresa, guapísima. Pero no, por ahora no sé nada. Nos toca esperar.

—¿A qué jugamos, Pep? ¿Se puede saber a qué mierdas jugamos?

—Al menos papá no es como tú—le he dicho—, que de tan egoís…

—Aquí papá no está perdiendo nada—me ha cortado—. Porque aquí, Sara, hay dos madres y ningún padre biológico: para él no hay competencia. O puede que sí, vete a saber. Yo ya no sé qué otra moto te puede haber vendido.

—Calmémonos, ¿vale?—ha empezado papá.

—La situación no es para estar calmados—ha contestado ella.

—Eso ya es *opinática* tuya.

Mamá no lo ha matado por un pelo.

—Pero ¿es que no lo entiendes, Pep? ¿De verdad no te das cuenta de lo que estás haciendo?

—Mejor habla por ti—ha contestado él con su media sonrisa, negando con la cabeza como cuando mamá empieza a hacer de las suyas—. Dale un respiro a la pobre niña de una vez.

—Que insistas en esconderme información, mamá…

—No te confundas, Sara. Hay caminos que no tienen marcha atrás. Y a lo mejor, si ahora empeza…

—Sara, preciosa. Tú no le des más vueltas. Los papás lo hablaremos y enseguida verás que…

—Pero ¿tú te escuchas, Pep? ¿De qué coño vas a hablar? ¿A qué puñetas viene esta mierda de doble papel?

—Te veo muy nerviosa—ha contestado—. ¿Quieres un poco de agua?

—Lo que quiero es que te esfumes. Si por una puta vez…

—Mejor te calmas. Ya te he advertido que te estás *esgañitando*, Bet.

—O mejor aprendes tú a hablar. Se dice «Te estás desgañitando», joder.

—¿Ahora te llamas joder?—ha dicho papá, jartándose en su cara—. Como quieras; tomo nota.

—Pero ¿tú eres gilipollas?

—Ya ves cómo está la cosa, Sarita—ha dicho papá—. Hoy no es el día. Pero no te preocupes que la semana próxima, en cuanto vuelvas, papá habrá…

—Semana próxima, una mierda. Yo de aquí no me muevo.

—Por mí no hay *prolema*, pero…

—¿En serio, Pep? ¿Ahora estamos así? ¿No queda un puto acuerdo válido?

—¿Seguro que no quieres agua? ¿Leche?

—Tú dime qué coño le has contado y lo cerramos. Yo estoy hasta las pelotas de quedar como una imbécil.

—Qué quieres que te diga, Bet. Habla con ella y poneos de acuerdo. No puedo hacer más.

—Pero si eres tú que se ha liado a…—ha empezado ella.

—Querrás decir *quien se ha liado*. Diría, vaya. Pero seguro que lo sabes tú mejor.

—Si es que los tienes cuadrados, pavo. Míster *opinática* al rescate. ¿Le has contado que no tiene nada de idílico, Pep, el puto sitio al que la mandas?

—Yo tengo mis conversaciones con Sara y tú, si quieres, puedes tener las tuyas. Lo que hablemos Sara y yo ya es cosa nuestra.

—Hasta los huevos me tienes, mamá. Hasta los huevos. Lo único que buscas es evitar que me acerque a una mujer que, por cierto, resulta que es *mi madre*. ¿De qué tienes miedo, de descubrir que me parezco a ella?

—No os parecéis en nada.

—Sí, claro. Como que tú la conoces tantísimo…

—Pues fíjate que sí. Yo la conozco. Y mejor de lo que crees.

—Pero ¿con qué mierdas me sales, *bro*? ¿Esto es en serio? Ni se te ocurra decirme que es verdad. ¿En qué momen…?

—Los papás te contarán…—ha empezado mi padre.

—Te repito, Sara—ha dicho ella—, que tú *no* quieres saberlo. Hay caminos, ya lo hemos hablado, que no tienen marcha atrás.

—Es que no entiendo cómo no había pillado lo de la adopción: dieciocho años *putoviviendo* aquí contigo y aún es hora de que me conozcas. Nada en

común, tenemos: nada. ¿Es que no lo ves? Así que sí, quiero saberlo todo. Por supuesto que quiero saberlo. ¿Puedes dejar de pensar en ti ni que sea una vez?

—No estoy pensando en mí.

—Pues ¿de qué tienes miedo? ¿De qué tienes miedo, tú que eres tan perfecta? Si buscas no perderme, ya puedes despedirte.

—Tu padre y yo acordamos…

—Olvídate de él; ¿no ves que se la suda? Por una vez sé valiente y equivócate sola.

—Muy bien, Sara.

—Estupendo. ¿Entonces, qué? ¿Espero otros dieciocho años? ¿O qué tienes pensado? No sé, digo.

Mamá me ha mirado fijamente, ha respirado hondo y ha empezado a disparar.

—Naciste en un campo de refugiados. A tu madre biológica la habían violado, como a tantísimas mujeres en tantísimas guerras. Se llamaba (y se seguirá llamando) Hana. Veinticuatro años. Los dos estábamos allí cuando naciste: servidora y tu padre. Habíamos perdido un niño, meses antes. Y Hana no te quería, pero nosotros sí: como si nos fuese la vida, te queríamos. Desde aquel primer segundo.

»Y no, no vale la pena esforzarse en localizar a esa mujer, y menos aún ir a buscarla. Porque esa Hana no sabe qué es ser madre. Cuando naciste, Sara, ni te quiso mirar.

ORGULLOSA

Lo último que quieres en tu noche libre es compartir el salón con tu madre. Agradecerías volver a tu sitio, a tu sofá, pero no estás para broncas. La conversación con Camille no ha sido fácil.

A tu madre le deseas buenas noches con tanta sequedad como es posible, y enseguida te encierras en el cuarto. Cuando las redes empiezan a cansarte te acuerdas del vídeo que te mandó Fanni.

Son diferentes cortes, seguidos, en una sola pieza. La entrevistada no le habla a la cámara, sino a la periodista, que está fuera de cuadro. Debe de tener la edad de Sara; sólo están sus respuestas.

—Tendría…, no lo sé, siete u ocho años. Algunos niños del colegio lo sabían. Por sus padres, supongo. Y lo contaron.

—…

—Creí que era mentira.

—…

—Ser normal, supongo.

—…

—Últimamente, sí. Bastante a menudo.

—…

—Una melancolía rara; una tristeza. Como si a días me faltase algo. Cuando me despierto y está todo en silencio a veces tengo ganas de llorar. Y lo hago, a días, pero tampoco sirve. Es una sensación… No sé de dónde sale. Me gusta pensar que viene de mi madre. Que a lo mejor nos parecemos.

Tratas de recordarte a su edad y te sientes ingenua. En aquella época lo que te preocupaba era poder ir a un concierto, que te dejasen quedarte a dormir en lo de Lena.

Ella habla segura, como quien lleva años ocupándose de una hermana menor. No podrías decir, a primera vista, cuándo supo que su origen no era el que ella imaginaba, si se siente agradecida a los padres adoptivos o traicionada por lo que le ocultaron. Está muy claro que no es la primera vez que le da vueltas. La imaginas instalada en una eterna autoentrevista: es ella quien pregunta incansable, quien trata de entender y se obliga a contestar.

—…

—Diría que sola. —Sonríe un momento, mirando al suelo—. Sobre todo, antes de la asociación. Sola, porque cuando intento explicarme tengo que oír que eso es normal. Y porque el mundo no entiende que si tuviera a mi madre conmigo, si supiera que le importo, esta tristeza quizá se pasaría. No puedo ir contando a la gente que por un lado está mi madre, que me lo ha dado todo, y por el otro una mujer que no me quiso, porque nadie va a entender que sea tan tonta de echarla de menos. La gente quiere saber, opinar, pero luego ve el

percal y sólo sabe consolar con frases huecas. Y lo hace, sobre todo cuando no se lo has pedido. «Tu madre es quien te cuida, no lo dudes». Y lo peor es que es cierto: mamá siempre está allí, y jamás me ha fallado. Ni mi padre.

—…

—Con papá es todo muy fácil, porque nadie escogería a un criminal. Pero con mi madre biológica… No sé; a veces me pregunto qué habría cambiado si hubiera crecido a su lado. A mamá la quiero, claro, pero eso no significa…— Se detiene—. ¿Podemos repetir? Y borráis este último trozo, por favor.

—…

—No soy tan ingenua como para pensar que *mamá*, pero *madre*… No lo sé. No es algo que dependa de mí; antes tendría que encontrarla.

—…

—No es que no me quisiera, es que no tuvo tiempo. Yo estoy casi segura de que no quiso mirarme porque, de haberlo hecho, le habría costado más dejarme atrás. La naturaleza tiene sus trucos; nos presenta indefensos, tiernos… Pero tuvo nueve meses para pensar cómo cerrarse a eso.

—…

—A ratos. Pero puedo llegar a entenderla, creo. Este último año he hablado con gente. Me he movido, he preguntado. Aún hay quien cree que llevamos dentro la semilla de un monstruo. Pensar que vienes de donde vienes… Conocí a una mujer que había ayudado a ahogar a un niño. Me contó que cada día había tenido que aprender a vivir.

—…

—Al principio te odias: quieres arrancártelo todo, librarte del monstruo, pero no sabes si lo llevas en los ojos o en las manos, si esta blancura es por tu madre o culpa de él. Y te da miedo pensar que quizá lleve razón toda esa gente, hasta que un día entiendes que si eres buena persona tiene que ser por ella, por tu madre, porque todo lo bueno ha de venir de allá. Y es por eso por lo que quieres conocerla, porque sin ella tu mitad de asesino, de animal, es lo único que tienes.

—…

—Es complicado. Ella me llevaba dentro; quiero decir que los óvulos… Los llevas contigo desde el nacimiento, ¿no?, y después van madurando. Me gusta pensar que la he acompañado a todas partes; que llevamos menos tiempo separadas del que estuvimos juntas.

—…

—El miedo siempre va a estar. Ella no merecía pasar por todo esto, ni tener que parirme. Pero lo habrá pensado, estoy segura. —Se detiene un momento, valorando lo que está a punto de decir, y continúa—: A nosotras nos volvían la cara para que no existiéramos, pero aquí estamos. Y eso también nos hace víctimas. De segunda, si tú quieres, porque nuestro dolor es más pequeño,

pero lo que les hicieron lo llevamos como un peso. ¿Tú sabes lo que significa preguntarte quién eres, cada día? Nosotras no somos culpables. Ni merecemos ser quien somos ni la forma en que nos miran.

—…

—Angustiada. ¿Cuántos de nosotros podemos ser hermanos? No ya hermanos de madre, sino que alguno de esos hombres… Me horroriza la idea de conocer a alguien, que me guste y…

—…

—Estoy segura de que ha tenido tiempo de pensarlo, de entender que no es a mí a quien debe odiar. Nosotros no somos los culpables. Dieciocho años son muchos…—Se esfuerza en sonreír—. Y tenemos que poder ser algo más que un mal recuerdo. Si nuestra historia puede conmover, si me estáis grabando para contársela al mundo, ¿por qué todavía nos niegan? ¿Por miedo? Porque yo también lo tengo; estamos muertos de miedo. Todos. Por eso me apunté a la asociación; no podemos permitir que se nos escape este momento. Dieciocho años atrás no teníamos voz, y si ahora es posible… Ellas no nos buscarán, eso está claro, pero si nos conocieran, si estuviesen dispuestas a mirarnos como se negaron a hacerlo entonces…

—…

—Que estuviera orgullosa.

—…

Rechaza a la cámara como a un intruso. No responde. Los ojos se le empañan.

18

No es que no quisiera creer a mi madre cuando soltó el pasado como una bomba atómica, es que no la habría creído por nada del mundo. Es tan bestia la capacidad que tiene para herir que habría jurado que se estaba vengando de mí con esa historia, pero no: la hizo explotar en nombre de su miedo. Cuando comprendí que papá no la negaba, que no hacía nada por aplacar su furia, empecé a notar un temblor, una especie de vibración bajo los pies que desde muy abajo me sacudía entera.

Ni recuerdo cómo fue ni quiero darle vueltas. Mi cabeza es un hervidero de preguntas que no sé contestar. ¿En qué clase de basura me convierte este pasado? ¿De verdad que mi madre no quiso mirarme? ¿La puedo llamar *madre*? ¿Por qué me culpa a mí?

¿Y la otra madre, la que rompiéndolo todo ha dejado de serlo, qué puede haber ganado jodiéndome la vida? ¿Morir matando? ¿Cómo debo llamarla, ahora que ha rajado el título, se ha meado en la palabra, se ha jartado del discurso de «poner a los hijos por delante»? La Sara que conozco ya no existe; no tiene certezas ni en quién confiar. La Sara que conozco ya no es nadie, tan sólo rechazo: un grito mudo que no grita, no hiere, no reclama.

Lo que recuerdo es justamente eso, las ganas de gritar que te desgarran la garganta sin chillido, el grito que no sirve para ahuyentar los fantasmas que te manosean y salpican al oído con el aliento de la burla al acercarse: rodeándote, convocando las palabras para saltarte encima sin piedad como un perro de presa.

Pues empieza a ser urgente que lo sepa.

Lo siento, Sara. Eres menor de edad.

¿Puedes dejar de actuar pensando en ti, aunque sea sólo un día?

No sabe qué es ser madre, la tal Hana.

Veinticuatro años. La violaron.

¿Te has creído que todas las madres son como tú?

Es material genético, mamá,

no te emociones.

Pues no te le pareces, Sara. En nada.

No sufras, preciosa, que esto lo arreglamos.

¿A quién quieres más, a mamá o a papá?

Pensábamos montar una escapada.

Los cuatro. Este fin de semana.

¿Tú quieres saber quién es? ¿O es que pretendes ir a verla?

Pensábamos decírtelo.

Se llama Hana.

No.

Te.
Quiso.
Mirar.

Pero ¿qué pasa, Sara? ¿Es que no gritas?

Asumir a otra madre implicaba aceptar a un padre distinto, y lo que más me angustiaba era parecerme a él. Si mi madre adoptiva decía la verdad—si aun disparando a ciegas acertaba—, ¿de dónde salía yo? Mi padre biológico era una mancha de vino en el mantel empapando el algodón en cada fibra, y yo quería arrancarme esa media herencia suya, renunciar a sus células como había renunciado al pasado, a todos los nombres, a todos los orígenes.

Por no saber, mis padres adoptivos no supieron ni estar. Ni siquiera importaba que hubieran tenido dieciocho años por delante. Eso sí, lo reconozco: cuando no pude más, cuando me marché de casa dando un portazo porque me faltaba el aire, salieron los dos a buscarme. Durante cinco minutos se aliaron para bajar juntos a la calle en una heroicidad propia de padres normales. *Enhorabuena, papis*. Que estaba hecha un ovillo: un bravo especial para ti, querida madre, por la maravillosa conclusión a la que llegas. Lo estaba, sí, porque cuando no vales nada lo que quieres es encogerte, evaporarte, no existir, pero eso jamás lo entenderéis porque vosotros, la gente normal, sí llegasteis a este mundo de mierda con propósito. No habéis sido accidente ni trauma de nadie; no os han acogido por caridad ni os han mentido, no habéis vivido la vergüenza de descubrir que erais desecho cuando lo sabían todos.

De manera que sí: estaba enroscada y me ahogaba y lloraba, todo a la vez, porque cuanto más lloraba más me hervía la cabeza, más me faltaba el aire y más grande era la necesidad de no estar, desaparecer, ahorrarme dieciocho años que de nada han servido porque ya todo ha caído y toca empezar desde cero. Dieciocho años de ser un puto ensayo, una versión de prueba: una hija de recambio que el mundo, empezando por su madre, se podría haber ahorrado. Dieciocho años de mierda, dieciocho, esperando que alguien se dignara a explicarme quién era.

Y un grito, un puto grito, que se negó a hacerse escuchar.

A LA MIERDA LOS PUEBLOS

Has salido de la habitación para ir al baño, pero has terminado en la cocina. Tu madre está echada en el sofá. Todavía no duerme.

—¿Le importa que me quede en el sofá esta noche?—Estás buscando bulla.

—Todo eso ya está hablado. Si vengo a tu casa no es para hacerte cambiar nada.

—Pues me lo está haciendo cambiar todo. Yo duermo en el sofá; eso ya se lo dije.

—Cualquiera que te oyese pensaría…

—*Cualquiera que me oyese*… Siempre igual; es que no puedo. *Cualquiera*, en esta casa, va siempre por delante. Sea quien sea. ¿Por qué es tan importante vivir hacia la galería?

—Yo no he di…

—Usted no ha dicho, pero dice. Todo el rato. Y no puede estar callada. Tengo cuarenta y dos años y aún…

—¿Y aún qué? ¿Aún necesitas que alguien te avise cuando metes la pata? ¿O te crees que no preferirí…?

—Mis decisiones son mías, madre. Y ya no es que usted se meta. Es que no me las puede ni respetar.

—Pues adelante. ¿Qué es lo que quieres? ¿Encontrar a esa niña? ¿Ponerte en ridículo? ¿De verdad no te das cuenta de que te perjudica?

—¿De que me perjudica, cómo? ¿A ojos de quién? Hace más de diecisiete años que me marché del país, madre. Y no pienso volver.

—¿Y los demás, qué? ¿Es que no contamos? Lo que nos hicieron fue…

—No les hicieron nada. Ni a padre ni a usted. Hacía ya mucho que él tenía la consulta, que visitaba allí a pacientes de todos los colores. No se vaya a olvidar de eso.

—No pienso tolerarte…

—¿El qué? Porque mentiras yo no he dicho.

—Estás traicionando la memoria de tu padre. No te atrevas…

—¿Cómo se llamaba aquel pez gordo a quien le salvó el hijo?

—Ya basta, Hana. Tu padre y yo vivíamos en la ciudad cuando llegaron al pueblo. Y además no eran los mismos.

—Por supuesto que lo eran. Eran siempre los mismos. En todas partes, siempre. Pero a ustedes no los tocaron. Ni a padre ni a usted. Ni tampoco al piso, cuando padre acabó por cerrar la consulta. Así que no se le ocurra hablarme de vergüenzas. Cuando les conté lo que había pasado se hicieron los sordos, como si aquello…

—Pero ¿no ves…?

—Lo que yo veo es que padre miraba hacia otro lado. Y usted, detrás. No se

podía hablar de eso. En lugar de buscar justicia…

—No era momento de levantar la voz, Hana. Lo sabes perfectamente. Tuvimos que abandonarlo todo. ¿O te crees que nosotros no sacrificamos nada?

—Espero de verdad que no esté comparando.

—Intentaron borrarnos, Hana. Y dieciocho años más tarde lo siguen intentando; su cinismo busca alargar la tortura. ¿De verdad crees que no hemos hecho nada para protegerte en estos años? ¿Quieres saber cómo os llaman?

—¿A quién le importa, madre? Lo que usted quiere es lo mejor, claro, pero para usted. Sistemáticamente. Siempre. Y lo que yo quiero es justicia. No pienso esperar más; da igual si no lo entiende.

—¿Justicia dónde, Hana? Nos querían borrar y no lo lograron. Y lo que quieren, lo que han querido siempre, es que reconozcamos lo que nos hicieron. Que lo tengamos bien claro, siempre en mente, cada día. Avergonzarnos, Hana. Y si el precio que tienen que pagar es que los denunciemos, pues da igual. No irán a la cárcel, ¿no lo ves? Aceptar lo que te hicieron, aceptar los nacimientos de los hijos de esta gente, cuando nos mataron a los niños y a los hombres, es morir como pueblo. ¿Te das cuenta? Es aceptar la muerte; ya no es cuestión de honor.

—Claro que no. Es más bien cuestión de orgullo.

—¿Te has creído que es fácil ignorar las heridas?

—¿De qué heridas me habla, madre? ¿De las suyas? Le importan más las raíces que lo que nos hicieron. Fuimos cincuenta mil; vaya sumando heridas. Y ya no hablo de pueblos, porque eso me da igual. Ni de raíces, orígenes o religiones. Éramos mujeres. Y ya. A la mierda los pueblos, madre. ¿Qué pueblo tan glorioso no está hecho de personas?

—Esa niña…

—Me está hablando de borrar y es lo que usted pretende hacer con ella.

Tu madre se detiene. Es una de sus pausas teatrales.

—Me parece, Hana, que lo mejor será que me vaya por donde he venido. Me trasladé hasta aquí para cuidarte, para que no estuvieras sola. Pero no te hago falta; está muy claro.

—¿Para cuidarme? ¿A mí?

—El corazón, Hana: podríamos morirnos el mes que viene, mañana mismo o aun ahora; ya lo sabes. Lo dijo el médico; en todo esto no hay certezas. ¿Por qué no reaccionas?

—Porque usted lo ve todo a su manera. Si en este momento cayese fulminada, me marcharía sin haberle dicho a ella…

—¿El qué? ¿A quién? ¿Que se puede morir? ¿A la mocosa ésta? Seguro que los médicos…

—Que no fue culpa suya.

Al final te has ganado el sofá. Te echas en él, pero ya a oscuras enciendes el teléfono para escribir a Fanni. Por una vez lo tienes claro. Lo harás. Quieres hacerlo.

19

Yo no sé cómo habría reaccionado alguien normal, porque yo, que pensaba que lo era, soy ahora el peor trauma de una extraña. De una extraña que, por cierto, no sólo no me quiso, sino que debió de negarme con desdén, como mis padres ignoran al mendigo mientras sorben su café bajo los soportales. De una extraña que habría deseado que yo no existiese porque había soñado un hijo, sí, pero distinto. Que habría pagado para que no estuviera. Que habría preferido que naciese muerta.

Mis padres adoptivos (que hasta esta semana eran padres y ya) tuvieron dieciocho años para prepararse, buscar ayuda, informarse y diseñar un plan. Dieciocho putos años de convivencia, idealmente feliz, que ahora son papel mojado. Y justo ahora, cuando está todo jodido, me vienen con psicólogos. Si se podía hacer peor, que baje Dios a verlo, o quien coño sea que pueda bajar.

Y a la puta psicóloga que vayan ellos. ¿Qué experiencia habría de tener una crack de ésas para llegar a hacerse cargo, ni que sea de lejos, de una situación que nadie—y menos ella—sabría encarar? Un día, hará ya un par de años, la psicóloga del insti apareció en el recreo preguntando por mí. Hasta hoy no he llegado a pillar por qué me trataba como a una cría de primaria. Tampoco ella debió de saber cómo actuar, porque jamás volvió a buscarme. Al año siguiente le tocó a mamá: al salir de la pediatra nos pasamos por la consulta de al lado para (aquí añado comillas) «conocer» a la psicóloga en plan *casual*, del palo «Ya que estamos». Aquello sí fue un festival, porque la pava se aprendió mi nombre, claro, pero a mamá no paró de llamarla *mami* en todo el rato. Yo estaba convencida de que mi madre reventaba, y tengo que reconocerle que aguantó sin explotar, pero por dentro debía de estar jurándose que allí ya no volvíamos. Por el precio que cobró, la iluminada se podría haber aprendido los nombres de mi primo, la vecina del quinto y el gato que nunca tuvimos.

Espero de verdad que la misma incompetencia que ha llevado a mis padres a callar todo este tiempo (y cuando digo *incompetencia* quiero decir *mediocridad*, y estoy diciendo *cobardía*) no les haya llevado a contar mi vida a la tutora. Porque no hay nadie a quien yo pueda importar menos (aunque de eso, está muy claro, no se habrán enterado). Y es que mis padres no escuchan. ¿Qué se creen, que porque hablaron con ella un día, media hora, la conocen mejor que yo, a esa amargada? A estas alturas, la mitad del instituto ya debe de saber lo que pasó. Si no, a santo de qué, tanta psicóloga.

Mis padres no pillan hasta qué punto a los profes les encanta el cotilleo, pero tampoco creo que les vaya a preocupar. Para empezar, porque esto no es *su* vida. Y porque en su vida, lo que más han deseado, sobre todo mamá, es hacerse los simpáticos y que los admiren; quedar un puntito por encima, pero bien. Encantadores, ¿eh? Y megaaccesibles. Si mamá lo ha ido contando todo

(tan clásico de ella que no sabe callar; de su egoísmo de bocas de mierda), es que lo juro por Jan: aquí hemos terminado. De por vida. No pienso aceptar que esta traición de mierda, esa puta estrategia, sea el camino para calmar una conciencia que no tiene.

MARCHA ATRÁS

Los miércoles no viene, pero ahí tienes a Camille, plantada enfrente. Trae un ramo de girasoles envuelto en papel fino.

—Ayer… Perdona, Hana. No fui justa contigo.

Tiene cara de no haber descansado. La invitas a entrar.

—No supe entenderte—dice—. Me puse en el lugar de Sara y… ¿La puedo llamar por el nombre? ¿Te molesta?

—Puedes llamarla como quieras.

—Tu historia me despertó todos los miedos. Idealizas la situación que te separó de la madre biológica y lo último que te permites es imaginar que no te quiso. Necesitas pensar que desprenderse de ti fue el último recurso; al menos, yo. Y no supe entender que, para ti…

Haces un esfuerzo por no interrumpirla.

—Lo que hiciste—continúa—tuvo que ser muy duro; muy difícil. Lo estuve hablando en casa. No de ti; de ti no he dicho nada. Hablamos de la guerra. De aquella guerra y de todas las demás.

—Puedes hablar de mí. Ya no me escondo.

—No todas las madres supieron… Sara podría estar muerta, y tú… No lo sé, Hana; tenías todo el derecho a estar enfadada, herida; no quiero ponerle adjetivos porque no soy nadie, pero en un momento así no se lo hiciste pagar. Me he pasado la noche navegando en internet, tratando de entender las barbaridades que leía, lo que hace la gente cuando está contra las cuerdas. Y en una situación así…

—No eran malas mujeres.

—Pues por eso. He presenciado algunos partos, Hana, y es siempre lo mismo. Aún no he conseguido que no me trastornen. Arrastramos la herencia de tantas mujeres que han luchado solas que… No sé. La naturaleza nos obliga a sentirlo de golpe. Está todo grabado, como en un ritual salvaje, y cada cual responde a ello como sabe, estoy segura. Lo que tú hiciste es lo más humano del mundo. Aquello te superaba, y a esa niña…

—La rechacé.

—No podías quererla, pero te preocupaste de que alguien la cuidara. Y debería estarte agradecida.

—Dudo bastante que lo vea así.

—¿Por qué lo dices? ¿Has tenido noticias?

—Cero.

—¿Y entonces?

—El problema es que tendría que encontrarla.

—¿La estás buscando? ¿Tú a ella?

—¿Te acuerdas de lo que te conté? ¿La enfermedad?

—No jodas… ¿Ya tenéis resulta…?

—Lo que peor me sabe es que no reparé en ella. Hasta que el médico me preguntó, después de los análisis… No caí en Sara.

—Porque no está en tu cabeza, Hana. Y es normal. Utilizamos mecanismos de defensa; si pensases en ella cada día no podrías vivir. Yo misma…

—Es que últimamente…

—¿Sí?

—Que sí lo hago. Que pienso en ella. ¿Puedo preguntarte si tú…?

—¿También pienso en mi madre?

—Si alguna vez te has planteado…—Te quedas callada.

—¿Saber de dónde vengo? Un montón de veces. Conocerla… Ya no sé. Durante muchos años, lo que me preguntaba diez veces al día era por qué me había rechazado, pero cuando te planteas acercarte, los miedos se amplifican. ¿Y si no quiere saber nada? ¿Y si vuelve a apartarme?

—¿Y si no fuese así?

—Yo no lo veo tan sencillo, Hana. Una decisión de éstas… No es algo que se tome a la ligera. Ella tuvo nueve meses para darle vueltas, y el drama que la empujó podría ser tremendo. Detrás de una elección así suele haber problemas graves, historias que quizá no quiera conocer. No estoy preparada para cualquier respuesta, Hana. ¿Y si resulta que la entiendo, y yo tampoco me hubiese querido tener? Hay verdades tan duras que no permiten marcha atrás.

—¿Y si fuera ella?

—¿Quien me busca?

—¿Desconfiarías?

—Bufff… No sé. Puede que me preguntase por qué se acerca ahora. Solemos ser los hijos los que hacemos el camino, porque las madres ya tienen respuestas.

—Pero aquí hay una enfermedad. Es otra cosa.

—Tienes razón, Hana. No sé… Si de lo que se trata es de avisarla, ¿por qué no escribes a los padres? Ellos sabrán qué hacer.

—No voy a ser capaz de aguantarle la mirada.

—Pero ¿te estás planteando hablar con ella? ¿Cara a cara?

Lo último que me apetece es que vuelva a preguntarme si se queda aquí a dormir conmigo. Cuando dice *aquí*, por si acaso lo aclaro, está hablando de casa de papá. Porque lo que yo quiero, lo único, es no verla, que me deje en paz y que se pierda. Y a su casa, si hace falta, ya iré de visita. Se lo ha ganado, tanto meterse, tanto insistir en que lo deje, en que no le dé más vueltas. Ya no sé si actúa así por egoísmo o porque aún le queda mierda donde hurgar.

Porque si quiere quedarse, hoy y siempre, no es para estar aquí conmigo: de lo que tiene miedo es de dejarme sola, no fuera a ser que me escapara cuando no está controlando. «¿Estás pensando en abrirte a una desconocida sólo por biología?—ha seguido insistiendo, incapaz de aceptar una palabra como *tregua*—. ¿Qué piensas sacar de ella?». Y a continuación me ha pedido que me plantease por qué *esa mujer*, a mí, no me ha buscado nunca. Parece que no ha tenido suficiente machacándome y aún necesita escarbar un poco más. Para salvar la relación de mierda que tenemos o para salvarse, eso da igual. El precio, por supuesto, no va a pagarlo ella.

«Conoce el nombre de papá—dice—y también el mío. Y descubrir que vive en Sant Cugat puede ser más difícil, pero papá ha conservado su consulta en Barcelona. Es fácil de encontrar, si se tienen las ganas, pero te juro ahora mismo, y que me muera en el acto, que en dieciocho años por aquí nadie ha venido. Y tampoco parece que tenga interés en la carta que tu padre le ha mandado».

«Si las madres no buscan a sus hijos—me gustaría soltarle—es porque ellas ya tienen respuestas, pero si la mía viese el infierno que implica soportarte, me invitaría a volver; eso seguro». Merece que le escupa eso en la cara, aunque lo último que tenga ahora son ganas de hablar. Estoy harta de llamarla *mamá* cuando no ha sido capaz ni de ganarse el título. Con Bet tiene de sobra y así se quedará.

Me ha mentido tanto que ya no sé qué imaginarme. Me obsesiona pensar qué más puede guardarse: los detalles chungos que sólo ella conoce, historias como la de Anna-Li en el orfanato. ¿Cómo fue mi nacimiento? ¿Qué más puede contarme? Porque Bet lo sabe todo y además es obsesiva: lo que me pregunto yo se lo tiene que haber preguntado, y contestado, ya mil veces. ¿De verdad no quiso verme? ¿De verdad? No me atrevo a insistirle porque, si al final contesta, si se le hinchan las narices y empieza a disparar, me hundiré en la miseria y me quedaré allí mismo, sin saber cómo salir del agujero.

Me siento huérfana, y dos veces. De la madre que me negó y de la que niego.

CUANDO DICES «DIFÍCIL»
ESTÁS DICIENDO «NO»

Fanni ha llamado dos veces durante el servicio. Le devuelves la llamada en cuanto acabas.

—Lo siento mucho, Hana… Pero tal como está la situación, lo veo complicado.

—¿Qué quieres decir?

—Que la directora, Eva… ¿Te acuerdas del vídeo que te mandé?

—¿El de la chica?

—Sí. Resulta que por fin ha encontrado a la madre. Y está dispuesta a hablar.

No dices nada.

—Y como al principio no quisiste…

—¿Me estás diciendo que no voy a salir? ¿Ni que sea un momento?

—Me sabe mal; en serio. Nos encantaría poder darte voz. Tú te abriste a nosotras, y ahora…

—Pero ¿esa mujer…—insistes—está dispuesta a encontrarse con la niña? ¿Lo sabes seguro? Porque yo…

—Hana.

—Yo sí lo estoy. Estoy dispuesta a hacerlo: a verme con Sara, a hablar con ella. Y no os pondría pegas. Al contrario.

—Es muy difícil, Hana.

—¿Cuando dices *difícil* estás diciendo *no*? Porque insististeis mucho en que…

—Es un *no*, Hana. Lo siento.

—Pero es que hay más cosas, Fanni. Es cuestión de salud. Te sonará raro, pero… Hoy todo es diferente; necesito encontrarla. —Te está dejando hablar y coges carrerilla—: Hace poco, mi madre… No sé si recordarás que salía a recogerla hacia el aeropuerto el día que nos vimos… Pues somos portadoras de una mutación, las dos, de tipo hereditario; un tema cardíaco. Acabamos de saberlo, y de hecho…

Fanni no reacciona. No sabes si te escucha o la has perdido.

—… también llamo por eso—continúas—, porque el médico nos ha dicho que es crucial que la localicemos. Es una enfermedad de corazón que se traduce en muerte súbita, y en una adolescente como ella…

Entiendes que no va a creerte. A ti misma te parecería una excusa retorcida, el pretexto rocambolesco de quien está jugando su última carta. Debe de suponer que es una historia que te acabas de inventar, porque ni te pregunta cómo estás, cómo te sientes. El tema no es fácil de explicar, y menos aún con prisas. Si se te hubiese pasado por la cabeza que tendrías que contárselo te

habrías preparado.

Te promete que te ayudará en la búsqueda, pese a todo. Seguramente se siente culpable. Con las pistas que le diste y los contactos que ella tiene, no dudas que sabrá tirar del hilo, pero no puedes imaginarte enfrentando el encuentro con Sara a puerta fría.

Bet la ha vuelto a cagar. Ha cometido la estupidez de preguntar a Jan si él también se quedaba, y Jan le ha contestado que, si yo no pienso ir, él no tenía ganas, se ha encerrado en su cuarto y ya no ha salido más. Pedir la opinión es de primero de pardillos.

Al irse de vacío ha buscado quemar su último cartucho, y me ha preguntado si mañana se pasaba para ir a cenar. Se me colaba en la habitación en plan especie invasora. «En serio, mamá—quería haber usado el *Bet*, pero el mal ya estaba hecho—, ¿puedes parar? Ahora no sé. Ya lo hablaremos».

No pillo esa necesidad que tiene de salir en cada foto, y estos días, mucho menos. La entendería si fuese a morirse, pero ¿es que no tiene vida? Cualquiera diría que si no hacemos cosas juntas se le está escapando una oportunidad irremplazable. Siempre es ella quien juega a armar el rompecabezas de la familia feliz sin tener todas las piezas y pretende, además, que encajemos en él. No queremos salir en su foto y Bet lo sabe. Llegados aquí ya no pregunta, sólo se hace insoportable. Insiste, manipula. Mi madre es puro chantaje.

Estoy cabreada y no es sólo con ella. ¿Cómo pueden habérmela colado así, tan a lo bestia? Allá donde pise, me hundo y no hago pie. Soy el perrito que uno adopta queriendo salvarse, y me jode Jan, porque cuando mamá hablaba de «sentirse el hijo dentro», como siempre tan mística, me hablaba de él. ¿Por qué habría de creerla cuando insiste en que *esa mujer*—que sabemos que es mi madre verdadera—no quiso ni verme? Que lo dice para protegerse, para evitar salir perdiendo en la comparación (y que yo haría bien en ignorarla), ya lo sé. Pero a ratos la creo y no sé cómo negarla.

Toda la vida oyéndolos decir *Sara es así*, y resulta que si lo soy es por culpa de otros. Porque Bet es egoísta, claro, pero papá lo es otro tanto. Mi padre no escucha ni quiere escuchar, porque yo me he quedado aquí y lo he elegido a él, pero al final actúa como si no fuese importante. El otro día, cuando quise saber más sobre dónde nací, él estaba a su rollo, enganchadísimo a no sé qué historia del *Día sin IVA*. Imagino que debía de estar buscando algo, alguna oferta, pero se le escapó la tarde mirando cachivaches, robots que aspiran, planchan, te limpian los cristales, preparan crema, amasan pizza. No entiendo el interés, si aquí los viernes, cuando la Mari viene, todo brilla.

Y es que yo creo que ni se enteró de que le hablaba. Cuando no va corriendo va a la suya, y lo máximo que se plantea es darme algún consejo «para cuando os marchéis de Interrail este verano». Está dispuesto a pagarlo, eso es verdad, y es lo que yo quería, en un principio, pero no veo que pille que aquí todo ha cambiado. Porque no voy a pasarme el verano entre vagones cuando lo que me interesa es un lugar muy concreto y el resto me la suda.

Necesito que papá se preocupe, que me cuente qué pasó y me sitúe en el mapa. Que me lleve hasta allí, si es que hace falta, y me conteste las preguntas que Bet no respondería ni en presencia de un juez. Porque aún no he podido entender que Bet me tratara como lo hizo, en nombre de esa sinceridad que nadie, más que ella, es capaz de valorar, y que aun pretendiera que yo lo aceptase como si fuese normalísimo, «porque has sido tú quien no ha parado hasta obligarme a contestar». ¿Quién es la madura aquí? ¿Quién es la reina de las respuestas de patio de escuela? No pienso comer mierda porque Bet la cocine, ella que es egoísta y rabiosa y soberbia, tan soberbia como para hacerme pagar su mala hostia con el veneno de su lengua.

Porque mamá va armada y lo sabe. Mamá—¡Bet, joder; Bet!—se pasearía por el Far West, si viviera en una peli, con las pistolas revolviéndose en las cartucheras y el despecho dando gritos por salir. Dispara sus frases buscando la herida, ráfagas de metralleta que pueden destrozarte, pero también domina el tiro al blanco y, como el lanzador de cuchillos que sale al escenario tras el desmayo de madame Yamilah, puede clavetearte. Te previene, al igual que la vidente, para más tarde, convertida en Ramón Zárate, dispararte el estilete al punto exacto, con los ojos vendados y el tiro certero. «A tu Hana—suelta como si nada—la violaron: ya la puedes llamar *madre*, que así es como fue».

Ni Hana me quiso de hija ni yo quiero estar así, convertida en mierda desde que Bet se hartó, perdió los papeles y, sin calibrar, sin ni siquiera plantearse el alcance de sus actos, respondió a mi pregunta a hachazo limpio. Me desperté siendo basura y me resisto, de verdad, a tenerme lástima, pero es que esta mancha no sé cómo arrancarla. Me veo sucia por dentro, como cuando te has tragado algo asqueroso y necesitas vomitar, pero no puedo escupirlo porque la mancha soy yo. La mitad exacta de mi cuerpo está hecha de violador, y el resto, la que podría salvarme, es la herencia de una madre que se resistió a mirar.

—¿Cómo dices?—pregunta Camille.

—Que me llamó la periodista. Del documental. Para decir que no han localizado a Sara.

—¿Y no la buscan más? ¿Por eso te ha llamado?

—Me ha dicho que es difícil. Que al final tienen más material del que usarán y que se están centrando en cerrar el trabajo.

—O sea…

—Que nada. No les sirvo.

—Pero te van a ayudar, ¿no? ¿No habían di…?

—Dice que están encallados. Que no hay ningún médico que se llame Pep Mas en Barcelona.

—¿Y no puede ser que se haya trasladado?

—Puede ser cualquier cosa, claro. Lo que me da rabia… es que ellas tienen medios. Y que salir en el documental habría sido un buen reclamo.

—¿Y el nacimiento de Sara? A lo mejor, buscando por la fecha…

—En el campo cada día era el mismo y no quise contarlos. Quería olvidar aquel momento, y ahora… No sé. Qué madre no conoce el cumplea…

—Primera vez que la oigo. La palabra. Has dicho *madre*.

—Dudo mucho que la hubiese dicho antes.

—Pues ya tienes algo que celebrar. Es otro cumpleaños.

—Cuando ya es tarde, ¿no?

—Ni se te ocurra montar dramas. Acabamos de empezar. La chica que al final sí sale, en el documental… ¿No dijiste que pertenecía a alguna asociación de niños de guerra?

—Olvidados. Niños Olvidados de la Guerra.

—Pues ya lo tienes. Si alguien se va a tomar tu causa en serio, serán todos ellos.

—Y si al final no la encontra…

—La encontraremos, claro. Pero hasta que llegue el día, de momento, escribimos a esa gente y te presentas. Y abrazas a esos niños aunque sea en la distancia. Como si fueses su madre, ¿sí? Ellos lo necesitan. Y tú, más.

Lo que quiere evitar Bet es que me acerque a esa madre, y hará lo que haga falta (mentir debe de parecerle un mal menor) para alejarme de ella, pero paso. Lo que yo busco son respuestas; la respuesta a las preguntas que ni Bet ni mi padre podrían contestar.

¿Que no quiso mirarme? Vale; lo pillo. Pero no me abandonó, ni me tiró a un contenedor como aquella mujer de las noticias. Si Bet y papá no la hubiesen convencido, mi madre (que se llama Hana, ya lo sé, pero es por *madre* por quien hoy la siento cerca) no me habría entregado en adopción. Porque Bet, y de eso estoy segura, le debía de llenar la cabeza con la inconsciencia que es criar a un bebé en plena guerra y la generosidad (y una mierda) que implica la renuncia. Palabras vacías. ¿O es que sus padres no vivieron una?

Habría tenido una infancia difícil; ya lo sé. Y también sé que no puedo imaginarme lo que es pasar hambre, o frío, o estar enferma y no tener medicamentos. Pero habría estado en casa, con quien me correspondía. ¿Qué permiso tenían ellos para llevarme a otro sitio? Mi madre pudo haber abortado y no lo hizo. ¿Hacen falta más pruebas?

Si al menos pudiera ir, ni que fuese de visita, a lo mejor la entendería. Quiero saber quién soy, pero lo que ellos me han contado es la historia deformada que han ido repitiendo desde que nací. A la mierda el Interrail; esto va en serio. No son unas vacaciones y jamás lo serán. No voy a ir con nadie que no lo comprenda, porque si al final encuentro a mi madre, si me acerco a ella, su reacción me quedará grabada. Incluso si no quiere verme seguiré siendo su hija; estoy hecha de lo que ella se permite rechazar. Y me da miedo, claro, que no quiera mirarme, porque no se puede desvivir la experiencia, desver lo visto o desoír lo que se ha oído. Me guste o no, antes del adjetivo *biológica* está la palabra *madre*. Y contra eso no puedo luchar.

Dice papá que sí, que podría llevarme al campo, o lo que queda de él, pero que tendrá que ser más adelante, porque ahora no es momento para dejar la consulta. Que habrá que esperar, *claro*, porque entre el carnet de conducir y el coche que nos compra (que es lo mismo que decir que me lo compra, porque cuando Jan tenga la edad habrán pasado ya mil años) no estamos para andar por ahí despilfarrando. Y añade que de tiempo tampoco va sobrado, porque se acercan un par de congresos a los que no puede faltar. Todo eso lo suelta, y los tiene cuadrados, a dos días de ir a Suecia, al cumpleaños de un amigo cirujano que parece que lo invita. Invitado va, como los otros veinte: pagándose él el viaje y comprándole un regalo bastante más caro que el hotel que se ahorrarán. Un chollo, vamos. Pero a Suecia no nos lleva, claro está.

Así que nos deja aquí mientras se escapa a ver mundo y, por si fuera poco,

resulta que Bet vendrá a «cuidarnos» a su casa. Una jugada maestra que le acaba de colar en nombre de un buen rollo que no he visto que compartan. Aquí, en la habitación amarilla o en la China comunista, la semana que viene me la como con patatas. Preguntaré en la autoescuela si puedo ir allí a pasar la tarde.

Bet flipó, por cierto, cuando le dije que el miércoles, máximo jueves, nos dan el coche. Ella cree que no me entero cuando trata de dirigirnos—como en la peli esa del desierto, llena de fotogramas trampa, que le encanta—, porque a mamá le entusiasman los experimentos: que si la plasta de Flora Davis, que si el palizas de Pávlov con su timbre y la perrera. De memoria nos sabemos ya sus historietas, pero es que lo suyo no es publicidad subliminal ni es *El club de la lucha*: su rastro de miguitas se ve desde el espacio. Cuando mamá dice «No tiene sentido tener a *Blue* encerrado en un piso», está diciendo «Se ve que vuestro padre no lo cuida». Cuando pregunta para qué quiero un coche para ir por Barcelona, lo que busca dejar claro es que papá nos manipula.

No supe qué contestarle la primera vez, pero espero impaciente el día en que vuelva a la carga.

—Pero ¿de qué te sirve un coche en la ciudad?—insistirá haciéndose la tonta, como si no lo hubiese mencionado ya mil veces. Y luego añadirá, como queriendo comprender—: Es que no entiendo a santo de qué te lo compra tu padre.

Ay, Bet. Si es que me lo estás pidiendo. Santa inocencia.

—Porque me quiere y puede pagarlo.

A callar.

—Al menos vuelves a estar tranquila—dice Nora—. Al principio pensé que se quedaba allí contigo.

—Según dijo vino para cuidarme, pero lo que está es muerta de miedo. Así que vete preparando: lo último que quiere es estar sola, y después de la bronca…

—¿Os peleasteis?

—¿Por qué te crees que se ha marchado? Lo que no sé es cómo la aguantas.

—¿Qué pasó?

—Pues la mierda de siempre, que parece que haya vivido en otra guerra. Se fabrica las verdades y de ahí no la sacas. Y lo que no quiere que exista… ¿Sabes los niños, cuando se tapan los ojos y se creen que no los ves?

—¿Estás hablando de lo que te hicieron, Hana?

—Después de lo de Nina, lo último que deseaba era pensarlo. Pero madre tiene opinión hasta de eso, y las veces que tú y yo lo hemos habla…

—Tampoco es que lo hayamos hablado, Hana. Quizá alguna vez, medio de paso, pero…

—Recordar aquella época me llevaba a pensar en Nina; no podía evitarlo. Y lo que pasa es que hoy, con las pruebas en la mano, siento que tendría que ir a buscar a esa niñ… chica. No es un capricho; así lo indicó el médico. Pero madre haría lo que fuera para…

—Espera, Hana. Para un momento. Dices que quieres avisar… ¿A quién?

Efectivamente, jamás se lo has contado. No puede imaginar que tú sabes que existe, que se llama Sara y que debe de vivir en Barcelona, que te lleva rondando desde hace semanas. Lo que Nora te conoce son las ansias de revancha; vuestro tema. Tú elegiste refugiarte en el silencio y tu hermana en la ficción, donde los dramas del prójimo se contemplan desde la barrera.

—Lo he pensado mucho, Nora. Porque cuando el cabrón murió no me sentí mejor. Y era por esa niña; me pesaba. Ni que estuviesen muertos los cabrones del planeta…

—Hana…

—Desde que el médico me pidió que la avisara, estoy… No sé. Como si me hubiese dado permiso para…

—Para un momento, Hana. Madre me matará, pero…

—¿Tan enfadada sigue?

—Mucho. Pero es que acabo de entender su reacción a algo que… Escucha. El martes me pidió que fuese a verla. Para traducirle no sé qué; supuse que era algo que se habría traído de tu casa.

—Al grano, Nora.

—Pero es que lo que te diré tú no puedes contárselo. Bajo ningún

concepto, Hana.

—No voy a contar nada. Pero habla.

—Era una carta; en inglés. Del padre de…—Se detiene un momento—. De un médico que…

Te notas el latido en el pecho, en los brazos, los oídos. La tensión es una garra estrangulando tu garganta.

—¿Me estás hablando de ella?—Lo que sea que el cerebro te ha inyectado te acelera el pulso y te afloja las piernas—. ¿Habéis sabido algo?

—Era de un médico. Decía que adoptó a la niña, y ahora ella…

—Pero ¿tienes su dirección, Nora? ¿La tienes? Estará en la carta, ¿no? ¿La habéis tirado?

—Hana, lo siento; no es tan fácil. Porque madre… Es que lo siento mucho; ya sabes lo teatral que puede ser. La metió en un cubo y la quemó.

No dices nada. No hay nada que puedas decir.

—Yo no me imaginaba… Es que lo siento muchísimo, Hana; de verdad. No sabía que fuese… De verdad, Hana. Lo siento.

No contestas. Debe de oírte sollozar a más de mil kilómetros.

—Hana.

No puedes contestar. Cada vez tienes más claro que tu viaje acaba aquí.

—Hana, escucha… Iremos a Barcelona. Preguntaremos a los médicos uno por uno. La encontraremos, seguro. Ya verás.

—¿No te acuerdas de nada? ¿Ni siquiera de un detalle; algo pequeño?

—Se llamaba Sara.

—¿Nada más?

—Te dejaba un teléfono, pero…

—Ya no lo tienes, claro.

—Y había una foto. En un sobre más pequeño, por si no querías verla.

—¿La miraste?

—Madre no quiso; yo, sí. ¿Te acuerdas, Hana, de aquella foto que tenemos junto al pozo? Se parecía mucho a ti.

Desde que ha descubierto que la llamo Bet, mi madre flipa. Al principio le hizo gracia, diría, porque mi prima, que siempre está de broma, hace años que llama por el nombre a la tía Mercè. Pero en mi cambio no hay complicidad, hay intención, y a la fuerza tiene que haberse dado cuenta. Negar el nombre (y eso es algo que Bet lleva su vida defendiendo) es negar al prójimo, como lo hace esa gente indignada que se pasea por los platós diciendo *ese señor, esa señora*. Técnicamente no puede quejarse, porque en ningún momento he dejado de nombrarla: lo que yo estoy negando es la relación que nos unía. Si lo pilla o no, poco me importa.

Para empezar me ha puesto siempre por debajo, como si sus problemas fuesen clase A y los de los demás fuesen D, E, o F. Y del mal rollo que no es suyo (de mi angustia, mi tristeza) ya ni hablamos: creo que ni se entera. Más allá de su ombligo, *esa señora* no ve nada; aunque hoy, debo decirlo, haya hecho algo que me tiene aún flipando. Imagino que habrá alguna razón, pero yo no la he pillado. Sin embargo he salido ganando, eso lo admito.

Bet se había pasado la tarde en la cocina (ella siempre ha cocinado, pero desde que no convivimos ya es tremendo, como si pensara que algún día volveré si reconvierte la cocina en restaurante) y yo le he dicho que me iba, que Júlia me necesita y tengo que estar con ella, que me quedo a dormir en su casa y que mañana ya veremos. No me ha hecho falta invocar a papá porque Bet me ha contestado, sin rastro de ironía:

—Es muy importante cuidar a las amigas. Haces bien.

—¿Entonces te da igual?

Mamá se rebota cuando ha hecho la cena, o la comida, y al final no voy a estar.

—Igual no, pero lo entiendo. Si no fuera por Jan, que aún es muy pequeño, te podrías haber quedado sola. Ya eres mayor.

«Mayor». Aquí he flipado. ¿En qué momento…?

—¿Y la cena?—he querido saber.

—Papá no volverá hasta el viernes próximo; congelaré lo que sobre y lo iremos sacando. En esta casa no es problema; el congelador aquí es de buen tamaño.

Así que me he marchado. La que necesitaba a Júlia era yo, que estoy que no puedo más del *fúquing* monotema. Hemos ido al cine y luego hemos quedado con sus padres, para cenar fuera. Lo que me gusta de ellos es que van al restaurante porque sí, no porque sea un cumpleaños. Y que a mí siempre me llevan.

Pero hoy sí había algo que celebrar (aniversario de bodas, para ser más exactos), aunque yo no lo supiera. Me ha dado vergüenza descubrirlo en plena

cena, cuando han abierto los regalos. Yo no sabía a dónde mirar, pero también ha sido, creo, porque eran felices. Silvana y Oriol están siempre de buen rollo, relajados. Mi amiga tiene suerte.

A Oriol le ha tocado un libro que conozco. Lo tiene Bet en casa; intentó hablarme de él. Fue la tarde siguiente a mi fiesta de cumpleaños; yo no había dormido y pasaba de historias. Le dije que me daba igual, tal como suena. Que ya sé que suena borde, pero a ver. Si los sermones de mi madre no son opcionales y también tengo que tragarme su entusiasmo cuando flipa, ya me tiro de un sexto y acabamos. Y es que Bet no puede ir por el mundo sin flipar. Días más tarde la vi llorando en el sofá, cuando acababa el libro. «Es que se han querido mucho—dijo—. Aunque tú pensarías que tampoco es para tanto».

El libro es la historia de una cantante y un fotógrafo; de su amistad antes de ser famosos. Si no hubieran coincidido, ha repetido Oriol, habrían sido otras personas, quizá gente normal.

—¿Qué quieres decir con *normal* ?—ha preguntado Júlia.

—Los dos llevaban un mundo bestial dentro y lo fueron descubriendo poco a poco, juntos, reflejándose el uno en la otra. Cuando algo así quiere salir de golpe—ha añadido—, a veces se desbrava. O también puede quedarse dentro.

A Bet, lo reconozco, la habría mandado a hacer puñetas hace rato, pero lo del mundo bestial me ha interesado.

—Es Patti—ha dicho Oriol—la que cuenta la historia: se quedó embarazada de muy joven, a vuestra edad más o menos, y de no ser por los vecinos probablemente seguiría en aquel pueblo. Continuaría siendo quien es, claro, pero con una vida más plana, entre personas grises.

—¿Y a su hijo—he preguntado—, se lo llevó con ella?

—Era una niña, creo… Le buscó una familia y se marchó. Ni la cría hubiera tenido lo que tuvo, ni estaríamos hablando de Patti, eso seguro.

—Ni Mapplethorpe se habría hecho fotógrafo—ha zanjado Silvana.

—Pero ¿la niña llegó a saber quién es su madre?—he preguntado—. Por lo que dices, todo empezó con ella. Y si esa mujer es tan especial, a lo mejor a la chica le habría gustado…

—¿Que la buscara?… A mí me dolería, creo. Con el tiempo Patti tuvo más hijos, y pensar que con ellos sí que…

—Papá, basta de *spoilers*. O lo dejas—lo ha cortado Júlia—o devuelvo el libro.

Bet me ha llamado tres veces durante el desayuno, pero no se lo he cogido. Al final le he dicho a Júlia que me iba y he bajado andando hasta la playa, aunque de camino he escrito a Bet para avisar de que iría a comer, no fuera a ser que se enfadara. Hacía buen tiempo, yo iba por el paseo con la música, pero algo patinaba. A mí me gusta ir a la mía, con mis auriculares,

sintiéndome en un vídeo a cada canción épica. Pero era sábado por la mañana y parecía la tarde de un domingo. Ya no estaba enfadada. Se me habían pasado las ganas de gritar.

He comido como he podido esquivando las preguntas de Bet. Ahora ella y Jan están viendo *Harry Potter*. Me pregunto si yo podría tener también otros hermanos; si Hana, como Patti, habrá tenido más hijos y ahora viven juntos y felices. Tal vez esté entendiendo a Bet y su obsesión por la familia. Después de comer me he metido en la cama; no estaba para cine. He escuchado a Patti en un par de canciones mientras leía una entrevista. He mirado fotos suyas. Es todo un personaje. Parece buena tía.

No he sabido imaginar qué haría si su hija la buscase. La veo maternal… Pero yo qué sé.

No estoy enferma, pero podría estarlo. Es uno de esos días en que no quiero crecer. Me he pasado la mañana tirada en la cama. Bet lo ha aceptado y no me ha atosigado; últimamente parece otra persona. Me enrosco y vegeto y no hago nada por espabilarme. Dormir me ayuda a no pensar.

Me ha despertado Jan. Debe de haberse hecho daño y Bet le limpiaba la herida. Me he acordado entonces de cuando me caía, de los besos mágicos con poder para curar en tres minutos y los tatuajes de yodo que mamá me dibujaba en la piel con un palito. No sé cómo se llamará la hija de Patti, o si estará contenta con los padres que la han acogido. Ni si odia a sus hermanos: a los de sangre, por el privilegio de haber tenido cerca, ellos sí, a quien primero fue *su* madre; a los de sus padres adoptivos—si los tiene—, porque ellos sí perpetúan su sangre.

Yo no odio a Jan, pero me gustaría ser él y que Bet me curase, porque Bet me acercaba a su pecho cuando a mí me entraba el llanto, sus brazos se alargaban y me los envolvía alrededor para que no me derramara, me rodeaba con su cuerpo para contenerme entera y conseguía, no sé cómo, sincronizar mi latido con el suyo. Si hoy le preguntara qué me pasa, lo sabría; eso seguro.

Me he levantado para comer algo y me he vuelto a la cama. Las ganas de llorar me oprimían el pecho como algodón espeso que es menos llanto que tristeza. Hacia las siete ha llamado papá desde Suecia, pero no se lo he cogido. No he querido cenar.

Bet me ha traído leche, se ha sentado en la cama y me ha puesto la mano en la frente, aunque no tengo fiebre. Me gustaría pedirle que me hable de Patti. No le he dicho que se fuera.

—Si lo piensas bien no es tan terrible, Hana. Sabemos que existen, que te buscan y que están en Barcelona, ¿no es así? Y mientras no tengan claro si la carta te ha llegado (y no lo tendrán mientras no obtengan respuesta) te seguirán buscando. Los de la asociación tienen tus datos, por si alguien les llama. Y eso ya sí es cuestión de tiempo, así que… Llegará; no te preocupes. La pena, en mi opinión, es que no quieras desplazarte. El encuentro que han montado puede ser…

—Paso a paso, Camille. Yo no pienso volver; todo eso ya lo hablamos. Les escribimos, me llamaron por teléfono y les conté mi historia. Es más que suficiente.

—En todo caso, toca tener paciencia. Te llamarán cuando menos lo esperes, ya verás.

—¿Y si resulta que me ha idealizado?

—Eso tenlo por seguro. Cuando yo era adolescente y me peleaba en casa, me imaginaba que si hubiese estado siempre con mi madre, la biológica, sería feliz. Lo idealizaba entonces y lo idealizo ahora, aunque sepa que es trampa; que estés de culo con la vida no es culpa de tu madre. Pero lo importante, aquí, es que Sara te busca. Ella busca la verdad y sólo la tienes tú.

—Hay un montón de cosas por contar, Camille, pero ninguna buena. La guerra, el embarazo, el problema cardíaco…

—¿Y por qué no le escribes? Si quieres te ayudo. Y cuando esté localizada, le mandas la carta.

—¿Y si después de leerla decide no verme? Está enferma, Camille. Y el tiempo nos va a la contra.

—Te escribieron ellos, no vayas a olvidarte. Si está dispuesta a conocerte es que quiere que le gustes.

—¿Y si no lo sabe todo y vive tranquila?

—Le han dicho que es adoptada, ¿no? Pues eso ya está hecho. Tú deja que pregunte. Háblale de ti, de cuando eras pequeña. De tus padres, tus abuelos, lo que hacíais. Ayúdala a entenderse. No os hace falta más.

24

Yo sigo igual y no creo que avance, pero pasa el tiempo y tendría que hacer algo. Con Anna-Li o Yohanes no tengo confianza; no puedo preguntarles si ellos han indagado, si han buscado a sus padres o se plantean conocerlos. Eso no se pregunta a pelo, sin contexto, y lo último que me interesa es tener que explicarme.

Con mis amigos no quiero hablar de ello. Ellos sí son normales, y no conozco a ninguno (ni siquiera a Yohanes, o a Anna-Li) con una madre que no quisiera verlos. A mi madre la llamo *madre* a ratos y a ratos Hana a secas, para marcar la distancia que impone el rechazo; no tiene sentido querer acercarse a quien te quiere lejos. Así que Hana. Madre. Madre biológica. Yo qué sé.

Pero eso es la teoría. Necesito encontrarla, pese a todo, para poder dejarla atrás si es lo que pide. Y eso no podré hacerlo sin presentarme a decirle que no soy como ella piensa, que si se hubiese parado a mirarme, a quererme, a lo mejor habría descubierto que soy muy diferente. Y que siento muchísimo lo que le tocó vivir—y ojalá no volviera a pasar, en ningún país, jamás, a nadie —, pero que se está equivocando al señalarme. Porque escoger no quererme, haber puesto distancia (preferir, incluso, que no hubiese vivido) es cosa suya. Es ella quien me ha empujado a un mundo diseñado para otros, quien me ha dejado sola en medio de una vida que ya es lo bastante complicada para los normales, los que nacen rodeados de personas que celebran su llegada.

Puede ser que haya entendido, con el tiempo, que de poco va a servirle negar el presente. Y quizá, ¿por qué no?, va a querer conocerme. A lo mejor lo ha pensado, igual que yo, así que no voy a quedarme aquí esperando. Necesito que papá vuelva de Suecia para llevarme allí. La última vez que hablé con él, antes de que se fuera, se sacó de la manga mil excusas. Con Bet no se puede contar, aunque esté mejorando. Ya he visto cómo se toma el interés por mis raíces. Lo que no controla le supone un tsunami. Y hasta más.

—¿Te acuerdas de aquella Patti que salía en tu libro?—No he esperado respuesta—. Pues ayer nos hablaron de ella. —Es mentira, claro. Una bola cualquiera.

—¿En clase?—ha preguntado Bet, entre contenta y sorprendida.

—De inglés, sí.

—Dejando a un lado la carrera musical—ha intervenido, entusiasmada—, lo que ha tenido esa mujer es una vida interesante. Es todo un personaje—ha dicho. Y a partir de aquí ya se ha soltado y ha arrancado el monólogo que yo ya le esperaba. La he dejado enrollarse hasta que ha sido un buen momento para entrar.

—Me flipa bastante—he intervenido—que haya podido hacer tantas cosas.

Menos tener hijos…

—Los tiene.

—Me refiero a antes de ser famosa. Si no, no habría sido muy difí…—he continuado, deseando que me cortara. No ha podido evitarlo.

—Pues sí tuvo una hija; de muy joven. Le buscó una familia… Explica en el libro que no estaba preparada.

—Pero ¿mantienen relación?

—Ahí ya no sé decirte. En alguna entrevista ha dicho que no fue fácil dejarla. Pero en quien más pensé, leyendo ese capítulo, fue en la niña. Me ponía en su lugar y me preguntaba cómo me habría sentido si hubiera sabido… Lo emocionante que sería, supongo, pero también la tristeza, ¿no? Y la manera en que el descubrimiento me habría cambiado. Con eso quiero decirte, Sara, que tendría que haberte pedido disculpas ya hace días, porque estoy, creo, empezando a entenderte. Me da vergüenza haber esperado tanto, pero no sabía por dónde empezar. Y pensarás que todo esto es muy fácil de decir, porque al final no lo he vivido y no puedo ponerme en tu piel, pero si yo fuera tú sé que me habría obsesionado, lo tengo clarísimo, en saberlo todo de Hana para comprender quién soy.

—Yo no estoy obsesionada.

—Ya lo sé, Sara. Lo que quiero decir es que al principio, cuando preguntabas por Hana, no supe entenderte. Me daba miedo que pudieras compararnos, que la idealizaras sin haberla conocido y te gustase más ella. Y no supe darme cuenta de que la necesidad era otra, mucho más grande, de saber. Papá no podía perder nada, pero yo… He sido egoísta, Sara. Qué quieres; es así. Y me gustaría que pudieras perdonarme.

Reconozco que es un paso, pero no voy a aflojarme.

—Quiero saber de dónde vengo—declaro.

Bet no responde, pero no añado nada. Quiero forzarla a contestarme.

—Tomé muchas fotos. En el campo. Lo que vas a ver es triste, porque las condiciones… Aunque si quieres, podríamos…

—Es que joder.

—Ya suponía que no ibas a querer. Trato de ir paso a paso, pero nunca sé…

—Es que no es eso, Bet. ¿Por qué no me dijiste que tenías esas fotos? ¿Qué más te has guardado?

—No hay nada más, Sara. Me ha costado entender, ya te lo he dicho, hasta qué punto necesitabas saber. Y tu padre… Si por él fuese, no quedaría ninguna. Ya no por lo que enseñan, sino por lo que implican; por los meses que pasamos allí, las consecuencias de la guerra, lo que vimos. Al volver, tu padre no dormía. En el campo tampoco, claro, pero aquello era normal. Una vez en casa, en Barcelona, de madrugada despertaba y ya no volvía a conciliar el sueño. Desde las tres, las cuatro… A veces, antes, si es que tú nos

despertabas. Le costó mucho; un año largo. Se prometió que no iba a volver.

—Pues a mí me dijo que me llevaría.

—¿Papá?

—Sí.

No abre la boca.

—¿De mi madre tienes fotos?—He elegido la palabra a conciencia.

—Ya no. Me las hizo romper.

—¿Ella?

—Tu padre. Hará diez años de eso. Quizá doce.

J-O-S-E-P

No es la primera vez que Fanni te llama en pleno servicio o, como hoy, poco antes de empezar. Pensabas en cómo hacer para escaparte a llamar cuando te ha entrado un audio suyo. Has buscado una excusa para encerrarte en el baño: en ese estado lamentable no habrías aguantado ni un segundo. A veces te odias por ser como eres.

«Hola, Hana. Buenas noches. Hoy he visto algo que a lo mejor puede ayudarte… Espero, vaya. Hablando esta tarde con mi hermana y su mujer… No lo sabía, pero resulta que ella, mi cuñada, veraneó muchos años en Roses. Eso está al norte de Barcelona, en la costa; bastante más arriba. Parece que en el camping había un tal Pep, pero que Pep no es un nombre, sino una abreviatura. Y que el nombre completo es Josep. J-o-s-e-p, sin hache: lo hemos mirado ahora. También me ha dicho que tendrás que estar atenta, porque a veces no es Josep, es Josep y más cosas. Su amigo, por ejemplo, se llamaba Josep Ánton, lo tengo aquí apuntado, pero hay muchos más nombres. Espero, en todo caso, que todo esto te sirva. Si al final lo consigues, llámame, ¿sí? Un beso, Hana. Y muchísima suerte; la mereces».

Tienes casi tres horas de servicio por delante. Te gustaría llamar a Camille, pero tendrás que aguantarte.

25

No acabo de pillar qué le pasa a papá, pero el viaje lo ha cambiado. Para empezar, últimamente está enganchado al móvil. Hasta hace nada mamá se enfadaba porque costaba infinito que leyera los mensajes, lo tenía en silencio y se lo dejaba en casa, pero ahora le suena un ruidito, un bip discreto que ya reconocemos, y en cuanto lo oye el mundo para. La cosa empieza antes del desayuno y se alarga hasta las tantas. De la serie que veíamos nunca más se supo: ni la sigue ni la escucha. Para estar así, mejor vivir con Bet, que al menos se curra las cenas. Pero así ha vuelto de Suecia. Los días en que nadie responde, al otro lado, le cambia el humor y empieza a mascullar que se ha hecho tarde, que tendríamos que estar durmiendo y que mañana hay clase. Pero hay más. Si sólo fuera eso, quizá lo entendería.

Porque es claramente él quien no quiere entenderme al negar las fotos que Bet sacó en el campo. He visto algunas, las que ella me enseñó, y el corazón se me encogía conforme las miraba. Lo que los periódicos llaman «de refugiados» es lo contrario, exactamente, de un refugio: intemperie, un par de tiendas, mucho barro; colas de gente para llenar garrafas y el hambre en los ojos, el frío en los ojos, en los ojos la miseria y la humedad y la inmundicia, el cielo gris y los niños solos, los zapatos abiertos, el váter desbordado, la enfermedad acechando entre la piel y el hueso de la gente encogida. Hay una foto mía, en brazos de papá, que él no ha querido ver. Dice que ya se acuerda. Por mucho que lo intente, no logro entenderlo.

Para mí que se ha creído que no pillo sus largas. Porque Bet, que es la única que al final sale perdiendo si me encuentro con Hana, sí se lo está currando: me acaba de llamar para decir que lo ha estado mirando y que Patti y su hija no se han conocido, pero que existe otra cantante con una historia de este estilo, una tal Joni Mitchell, que sí se ha reencontrado con la suya y es feliz. Antes de ir a dormir la escucharé. Me gustaría saber si Hana canta. Por saberlo, nada más.

Mi padre ya tiene una edad como para que su estado de ánimo no ande dependiendo así del móvil, pero a lo mejor es por mí por lo que está así de cruzado. Ayer estaba contento en el sofá, escribiendo mensajes con un solo dedo y sonriendo a ratos, hasta que llamó mi madre y se lio. No sabría decir si se enfadó por el teléfono, por Bet o por mí. O si se le han juntado las tres cosas.

Que Bet le cae fatal, peor incluso desde lo de Suecia, está muy claro. Lo que no pillo es de dónde le viene, si es por lo de las fotos o porque él mismo ha cambiado. Con las excusas que se monta para que no vea el coche me tiene flipando. ¿Qué hay de malo en que Bet pueda verlo? ¿Es que no es mío? Me falta el carnet, vale, pero si quiero enseñárselo, una tarde, tampoco veo el

drama. Como si quiero dejarle las llaves para que me dé una vuelta, ¿no? Pues resulta que no, de ninguna manera. Porque él es quien lo ha pagado y por eso decide. Y de ahí no hay quien lo mueva.

Y yo estoy como estoy porque cuando Bet ha llamado he flipado a saco y aún me dura. Acaba de demostrarme que no soy la única que se tira horas navegando, insistiendo en lo mismo, y confieso que su llamada la ha hecho ganar puntos. El corazón le ha saltado, dice, cuando ha descubierto la asociación—porque si alguien tenía que descubrir una asociación de niños perdidos, olvidados en la guerra, iba a ser ella—. «Si alguien puede entenderte —ha dicho, con la emoción pesándole en la voz—son esos chicos». Y tiene razón, porque cargamos encima el mismo peso. Al nacer no nos quisieron y no fue nuestra elección. Pero estamos aquí y toca vivir con ello.

A Bet le agradezco infinito que haya encontrado a esta gente. Yo venía de pasar tardes en Google, navegando sin parar, intentando búsquedas como *guerra* y *refugiados*, *violaciones* y *guerra*, *violaciones* y *campo*, y lo que había encontrado me había dejado hecha una mierda. Había descubierto que existe un hotel—que hoy sigue funcionando con las mismas camas, las mismas puertas, las mismas sillas—donde violaban a las mujeres y a las niñas. ¿Cómo iba a quererme mi madre después de eso? Necesitaba saber, pero cerraba las páginas antes de terminarlas. Descubrir es un suplicio cuando el mal no tiene arreglo.

Pero lo de estos *niños*… eso ya es otra cosa. En su web había fotos: chicos y chicas que buscan, que reclaman ser vistos, existir. Defienden, y en eso estoy más que de acuerdo, que son los grandes olvidados de esa guerra. Lo primero que he hecho ha sido mandarles un correo. Me pregunto cómo será quien lea mi mensaje.

Lo he hablado con papá, pero él cree que me equivoco. Dice que me precipito, y que si no voy paso a paso me daré un hostión. Que él ya escribió a la familia y ahora toca esperar, porque uno cree que las cosas se digieren pero al final todo se complica y blablablá; que la guerra no es de broma y que él lo puede afirmar porque sí estuvo. Y que lo que allí vivió, y eso lo ha repetido, ha tenido que enterrarlo y no lo volverá a tocar.

—¿Y entonces, papá? ¿De lo que me dijiste…?

—Lo que trato de explicarte es que…

—¿Te atreverás a decirme que no? ¿Que no lo prometiste? Porque esto, papá, tampoco es broma. Tengo derecho a ir. Y ahora, además, podría conocer a mucha gente, a los de la asociación. Que son los únicos, por cierto, que van a entenderme.

—¿No has dicho que ya les habías escrito?

—¿Y con eso ya está? ¿En serio? ¿Apaga y vámonos? Con eso no basta y lo sabes de sobra. Si te hubieses levantado del sofá cuando te lo he pedido, y han

sido varias veces, sabrías que ya se han producido encuentros; que ha habido personas que, ¿de verdad no lo entiendes?, han podido localizar a sus madres. Y las han conocido.

—Y no te digo que no, Sara, pero ante todo debes saber a dónde vas. No basta con dejarse llevar. Ahora tienes la selectividad, ¿no? Pues son menos de dos meses y terminas. Un paso cada vez; es lo que toca. Y después, en verano, llegará el Interrail. Pues te vas con las amigas y…

—¡Que con ellas no me marcho a ningún sitio, *bro*, joder! Me dijiste que lo haríamos tú y yo. Y además, la sele…

—Haz el favor de hablar bien. Y escúchame, Sara. Las cosas son como son; tú tienes unas condiciones y yo otras. No puedo decirte que te acompañaré si no lo veo claro; no puedo llevarte a estrellarte. Porque soy tu padre y…—Ya sé por dónde va. La palabra estrella de mi padre es *madurar*. Si por él fuese, existirían multas por actuar sin contar hasta mil.

—Pues por eso, papá. Porque eres mi padre. Intenta subir más en esa jerarquía, a ver qué encuentras: ¿hay alguien más, por encima de mamá y de ti? Cuando me adoptasteis ya sabíais que acabaría preguntando. ¿Para qué estáis, si con vosotros no puedo contar?

—Supongo que tu madre…

—Haz el favor de dejarte de madres. Te lo estoy diciendo a ti. Necesitaba un conductor, ¿te acuerdas? Aquello fue tu idea. No pretenderás que me estrene a conducir en ese sitio, y aún menos sin carnet.

—Lo que quiero ver, antes de nada…

—Pero si me estás dando largas, ¿te crees que no lo pillo? El rollo aquel que me vendiste, de que tú querías decírmelo pero Bet no… Eran todo mierdas. Al final…

—Al final, nada. Y para el carro. Las cosas, Sara, tienen siempre un proceso. Y ahora, te lo he dicho, hay que estar a lo que toca. Se acercan los exámenes, pues venga: dedícate a *Blue*, que se te planta en el recibidor en cuanto te oye buscando el llavero. Valora lo que tienes. Acabamos de comprar un coche y ya…

—Pero qué coño tendrá que ver el puto coche.

—Si no vas a hablar bien…

—Papá, joder.

—Y baja el tono. Te estás *esgañitando*.

—Papá—le digo lentamente, haciendo un esfuerzo por sonar tranquila—. ¿En serio no entiendes que lo necesito? ¿Que no puedo esperar?

—Este fin de semana—contesta, ya desde algún otro sitio—he quedado con amigos. Un compañero se ha comprado un barco muy muy chulo. Te gustará, ya lo verás; incluso podremos comer allá arriba. Y también estará Jan, claro. Después, estoy seguro, lo verás todo distinto. Todo se ve mejor cuando te ha

dado el aire. Volverás relajada y harás los exámenes. Vayamos cerrando etapas y todo irá bien.

No me ha dado la gana de subir al puto barquito con los amigos *losers* de papá. Ahora mismo debe de estar en alta mar, escuchando batallitas de aquellos pringados, desplegando sus encantos de paloma ahuecada frente al *crush* ese del móvil. Y mi hermano allí atrapado, el pobre crío. No sé si se lo ha llevado para enseñar que es un gran padre, presumir de hijo o presentárselo, como quien no quiere la cosa, a la pava esa que lo tiene pillado. Porque no hay hijo de separados (y aquí mi padre es de manual, estoy segura) que no pase por esto. Esto sí es *cerrar etapas*, querido papá. Un fuerte aplauso, papi. Bravo.

El problema será nuestro, lo veo venir, porque, al final, por lo que he oído, tocará tragarse candidatas a paladas. A aquí no valen (y alguien tendría que decírselo) las ilusiones que se pueda haber fabricado mi querido padre: si se ahorra presentarnos a la *churri* viviremos mejor. Y es que, cuando hablamos de fliparse (y esto está comprobado), un adulto eufórico supera de lejos al adolescente más kamikaze. Prueba número mil, señores y señoras del jurado. Sube al estrado Paula, mi vecina. Hija única. Trece años. Si su padre no le ha presentado oficialmente a tres *amigas* es porque ya van más de cuatro.

Que me la plante en casa después de la excursión, con la excusa *random* de un *aftersun* que podrían haber encontrado en cuarenta farmacias, amabilísimo y baboso y fundido en atenciones, me parece supercutre. Ni siquiera me ha avisado de que vendría con alguien.

—Te presento a Susana—ha dicho, haciéndose el simpático.

—*M'enganxes marxant, papa*.

—Te estoy presentando a Susana—ha insistido en plan falso, como si de repente no pillase el catalán.

—HolaSusanaquétal. *Ho sento, papa, la Bet m'espera i ja faig tard*.

—¿Y no puedes quedarte? ¿Ni cinco minutitos? Seguro que a mamá…

Empiezo a buscar la cámara oculta. ¿De dónde sale esa ñoñez de los *minutitos*? ¿Desde cuándo ha vuelto a llamar *mamá* a mi madre? ¿Me está hablando a mí, o a la Susana esta?

—*De veritat, papa; ja t'he dit que marxava. Encantada, Susana. Molt de gust*.

—Por favor, Sara.

—*I ara què passa*.

—Haz un esfuerzo; Susana no es de aquí.

—*Però estem parlant tu i jo, ¿no? No és una obra de teatre. En castellà, en francès o en* xino*… Em sembla megafals, què vols que et digui*.

—Adolescencia—ha declarado, mirándose a la *crush*—. No le hagas caso.

—No te preocupes—ha contestado ella—. Va con prisas.

—«*Ho sento, papa*» *és* «Lo siento, papá». «*Megafals*» *és* «megafalso». *I*

«*encantada*» *no sembla complicat. No entenc a què juguem, parlant de cara enfora*.

—*Sara. Prou. D'una vegada*—me ha fulminado.

—¿Ara ja sí? ¿Ara canviem d'idioma?

—*A la cuina*. Ahora mismo. Perdona un momento, Susana. Será un segundín.

«Segundín». Qué le pasa.

Espera a cerrar la puerta. No recuerdo la última vez en que lo vi tan cabreado.

—¿Se puede saber qué haces? Te estás mereciendo que te cruce la cara.

—Querrás decir qué estás haciendo *tú*. ¿A qué viene ese numerito?

—Te pido un mínimo de educación; traigo a una amiga…

—Una amiga, claro. Y yo me chupo el dedo.

—Pero ¿tú qué te has creído?

—Pues una amiga, venga. Como quieras. ¿Me puedo ir ya?

—No puedes, Sara. No te he educado así.

—Entonces no esperes que me haga la simpática con una jamba que a mí me la suda, y menos aún que nos pongamos a jugar a las casitas. Tú harás lo que quieras; yo no te digo nada. Pero la pava esta es tu amiga, no la mía.

—Te estoy pidiendo respeto, Sara. Y aquí nadie juega a nada.

—Será una amiga y punto, pero de repente parece que es lo único que importa. Y el resto, ¿qué? ¿Es que no pintamos nada? ¿Tenemos que ir perdiendo el culo por ella todo el día?

—A lo mejor es momento de empezar a darte cuenta de que tú no eres el centro. Yo también…

—Tú también, ¿qué? ¿Tienes derecho a ser feliz? ¿A tener tus rolletes?

—Ya basta, Sara. Hasta aquí. A la vuelta hablaremos. Ahora no es momen…

—Si tú ya has elegido; está muy claro. Aquí ya no hace falta que hablemos de nada. Si tu amiga Susana te pidiese lo que yo, seguro que…

—Seguro que nada. No es cuestión de ganárselo, Sara. Ya te he dicho…

—Que sí, que sí. Que no piensas volver. Ya lo he pillado.

—Pues si me has entendido, está todo clarísimo. Después no me vengas con los chanchullos de tu madre, que al final sois iguales. Me da vergüenza, es que vergüenza…

—Lo tengo clarísimo, papá. Hoy lo único que cuenta es la pánfila esta. Y a mi madre haces el favor de no mentarla.

—Cuente más o cuente menos, a ti no te incumbe. Porque ahora mismo, te lo garantizo, eres el último mono: por detrás de tu madre. De tu madre, Sara: me has oído. Estarás orgullosa, supongo. Al final lo has conseguido.

QUE AL PUEBLO NO VOLVÍAS

Si lo has hablado con Camille ya no es porque haga falta, es porque quieres oírtelo decir. Un único descubrimiento, tantos años después, habría bastado para trastornarte, pero en las últimas semanas se te ha juntado todo. La enfermedad, Sara, la carta de Pep, la asociación. Esta mañana, antes de la llamada, te habrías cortado un brazo para defender que al pueblo no volvías. Pero el destino.

Porque los huesos llevan nombre, y poner nombre es invocar, indicar el lugar, entregaros a Nina. Ni siquiera están todos, pero eso ahora da igual. Por de pronto ya tenéis un fémur, una tibia, el cráneo reventado: la fractura vergonzante que te tocará disfrazar de caída si no quieres despertar los fantasmas de Nora. Un montón de huesos que volveréis a acariciar como si fueran ella, que acabarán con el cinismo de quienes aún siguen negándola.

—¿Estás…?—pregunta Camille.

—¿Contenta?

—No sé cómo preguntarlo. Pero sí, supongo que quiero saber si estás contenta. O aliviada. O triste. Yo qué sé.

—Abrumada, supongo; esto es muy bestia. Preocupada por Nora, por cómo va a afectarla, aunque ella lo esperase como agua de mayo. Y cabreada, también, porque no ha habido ni un día en que no haya pensado que Nina, al final, sí lo había logrado; que en cualquier momento aparecería, pero viva. Y de repente…—Te detienes un momento, pero Camille no abre la boca—. Supongo que no me esperaba tener que volver. Podía haber ido enlazando excusas, pero ahora… Este viaje se lo debo.

—¿Qué vais a hacer?

—Aún no lo sé. Lo que sus padres digan.

—¿Cuándo te vas?

—La semana que viene. En la cocina están buscando sustituto.

—¿Muchos días?

—Estaré un par de semanas.

—Entonces…

—Ya sé qué me dirás. Que si la asociación, que si el encuentro. Yo no estoy preparada… Tendrían que pillarme de buenas, y no cre…

—Es más de lo que dijiste hace un par de días. Al final, nunca se sabe.

—Pues dejémoslo así: nunca se sabe. Aunque dudo seriamente que allí nadie me encuentre.

He entrado en el coche medio llorosa, cabreadísima y llena de rabia, pero no he querido contar nada. Lo que me gustaría ahora mismo es estar sola, tener pasta, comprarme el billete y mandar a la mierda a todo el mundo; aquí os quedáis. Bet, que me conoce como si me hubiese parido (y aquí lo digo sin rastro de ironía) ha esperado un rato a que me bajara el mal humor.

—¿Prefieres que dejemos los vaqueros para el sábado?—Sabe que no soporto ir de compras—. Podríamos ir a tomar un chocolate.

Espero un segundo antes de contestar; mi madre detecta la pausa y se vuelve a mirarme. Ya lo sé, ya lo sé; este *mood* mío no es su culpa, pero los códigos no escritos están para eso. Y yo sigo cabreada, con el mundo y conmigo.

—¿Con nata?—digo.

—Con lo que quieras. ¿O prefieres Delacrem?

Aquí no hago la pausa.

—De una.

—Pues marchando un helado. Vamos.

Desde que se alquiló el piso en Barcelona no ha vuelto a poner pegas a los desplazamientos. Y eso que si conduce—lo dice siempre—es porque toca. Ni que lo jure: dentro del coche mi madre se transforma. Como no la oyen, le suelta de todo a la peña. Pero de todo: en una hora conduciendo puede perder tres kilos. Aunque esta vez es diferente. Mamá está cambiando; se podría hacer yoga en este Civic.

En silencio acelera para entrar en la autopista. No dice nada hasta la altura de Sant Just.

—He encontrado algo, Sara… No sé si es el momento, pero…—Se detiene un segundo por si no lo fuese, pero yo no digo nada y continúa—. Rebuscando en la web de la asociación he descubierto… No sé si te fijaste en que hay páginas sin traducir.

—Las vi—contesto—, pero sólo pasé el traductor por una de ellas. No parecía…

—Las estuve mirando; una por una… Se ha organizado una reunión de esta gente el mes que viene, y he pensado que a lo mejor les podríamos mandar un mensaje más extenso, con todos los datos, explicando algo más sobre cuándo naciste, lo que sabemos de Hana… Con la idea de llegar al máximo de gente. Cuanta más gen…

—Espera un momento, Bet. Espera. Es que si se ha montado una reunión habrá que ir; es una oportunidad que no puedo perderme. Podría pasar un año antes de que organicen otra, ¿te das cuenta?

—Por eso no quería… Porque será dentro de un mes. A dos semanas del examen. —Vuelve a callar, esperando mi réplica.

—Es que no puedo ni putopensar en la putísima sele, ¿no lo entiendes? A vosotros os parece todo fácil, pero ¿tú te crees que podrí…?

Ya estoy llorando. No entiendo por qué ahora me viene con éstas, cuando ese examen es para mí lo que yo soy para papá: el último mono. O a lo mejor es que me importa más de lo que pienso, yo qué sé.

—Tú no lo sabes—insisto, haciendo lo imposible por frenar el llanto—, porque al final casi no nos vemos, pero es que hace semanas no me concentro. Es imposible estudiar; pero imposible. ¿De verdad crees…?—La frustración quiere volverse grito; intento contenerme—. No me metáis más presión, por favor, Bet.

—Si de mí depende—contesta—, olvídate de la sele. Cuando no puede ser, no puede ser.

No me entra en la cabeza; estoy flipando. Porque Bet también es otra: le resbalaba el coche, le resbalan los exámenes, acaba de decir *sele* y, sobre todo, me ha dicho que me olvide. Del *futuro*.

—¿Estás hablando en serio?

—Y qué quieres, Sara. Todo no puede ser. O quizá sí, pero no todo a la vez. Y si tienes que hacerla el año próximo…

Ahora sí, lloro. Con sollozos desmedidos que me sacuden el pecho y no sé de dónde salen. El nudo que me oprimía, que lo ocupaba todo hacía días, ya no aprieta, y de repente parece que haya margen para pensar en este viaje, en Hana, en el encuentro.

—Estos chicos…—Me atraganto—. He estado pensando y no puede saberse, pero… Podría ser que tuviese algún hermano, alguna hermana… de padre. —Vuelve a ganarme el llanto—. Aunque un *padre* no sea…

Bet ya está parada en doble fila, en un chaflán. Me mira con los ojos tristes; no es fingido.

—Cuando vayáis—dice—, a lo mejor…

—Cuando vayamos… ¿quién? Si papá no va a llevarme.

No parece extrañada.

—¿Lo sabías?—pregunto.

—Más bien me lo temía.

—¿Y por qué no me lo…?

—Seamos prácticas, Sara. Ahora no es momento de rajar. ¿Y Dària? ¿Crees que la dejarían ir?

—Yo qué sé… Es que está la sele.

—Joder; es que es verdad. —¿Joder? ¿Rajar? Pero Bet continúa—: Yo podría acompañaros. Para hacer de taxista, solamente… si así le dan permiso. Os haría de chofer y no me metería.

—¿De chofer? ¿Tú? Pero ¿en serio vendrías?

—Es que moverse por allí… no será fácil, Sara. Fuera de las ciudades no sé

yo si el inglés… Pero estamos en las mismas. Si a Dària….

—Tú detestas conducir. Cuando viajábamos juntos, papá siem…

—Sobre todo cuando no sé llegar, pero esto es fuerza mayor.

—Y lo de ir con Dària… No lo veo.

—Si la dejan viajar, le pago el viaje. Cuando sea.

—Es que no es eso.

—¿Y entonces?

—Quiero ir contigo.

No contesta. No sabría decir qué está pensando.

—Una cosa—insisto—. Si la encuentro…

—¿A Hana?

—Sí. ¿Tú…?

—Por mí no te preocupes. Ya te he dicho que haría de taxista.

—¿Te sabe mal?

—Estaré bien. No le des vueltas.

—Mamá…—Hace unos días que se me encalla la pregunta—. ¿Es verdad que no las dejaban abortar?

—Olvídate de eso, Sara. Yo no la conocí tantísimo, pero no creo que lo hubiese hecho. Si hubiera queri…

—¿En serio?

—Todo irá bien. Ya lo verás.

Me abraza.

Siento que hoy tengo dos madres. No se lo digo.

Hemos comprado el helado y lo hemos llevado al piso. Mamá tiene el fregadero por vaciar; se pasa el día haciendo cosas, todo a medias. Hay un táper grande con un curri de pollo aún tibio, que huele que alimenta. Empiezo a llenarle el lavaplatos para que vea que he cambiado, pero se va a su cuarto a llamar a papá. Le he dicho que lo olvide, que soy mayor de edad, pero me ha contestado que lo va a hacer igual; que al final es mi padre.

—No le ha gustado—declara a la vuelta—. Pero puedes ir.

Sirvo el helado mientras compra los billetes, sentada en la cocina. Un bol para mí y un cucurucho para ella. Se le va a derretir.

—Qué piratas—la escucho mascullar. Me mira un segundo y continúa, con los ojos de nuevo en la pantalla—. Que te obliguen a pagar por escoger asiento… Vaya robo. Lo que no saben es que a ti te encanta ir por tu cuenta. ¿Te acuerdas en Roma?

—¿Ya los tienes?

—Estoy cerrándolo; un momento. Que nos los den como les dé la gana y ya se apañarán.

—Pero ¿es mucho más caro? Escoger asiento, digo. Yo podría pagar…

—Pero cómo vas a pagar nada.

—Entonces, preferiría, si aún se pue…
—¿Que te elija ventana?
—Que nos sentemos juntas. Si puede ser.

HENDIDURA

Siempre temiste que Nina hubiera acabado en una acequia. Te asustaba que se hubiera encargado de ella algún animal, y que no hubiera aparecido, de momento, era un consuelo, porque la situaba esperando bajo la tierra húmeda y te alejaba de la imagen que llevaste en la memoria tantos años, aun sin haber llegado a verla: el barranco, los árboles, la postura de Nina colocada al milímetro en la foto policial que jamás nadie sacó; la sangre entre las piernas y el desconsuelo en los brazos, la fragilidad de su desnudez, azulada de tan blanca: tu *blueveined child* sin prodigio en los ojos, empañados y vidriosos por el correr de las horas. Y el cuerpo largo, intacto en algunos puntos y ajado en otros, el pelo medio cubriéndole la cara y un pie, tan sólo uno, pacientemente roído por el hocico de algún animal que se debía de haber sobresaltado en su quehacer, porque dejaba al descubierto un hueso limpio que te obligaba a mirar hacia otro lado, aun sabiendo que aquella escena era inventada.

Siempre temiste que Nina hubiera acabado en una acequia; lo que no imaginabas es que encontrarla se te haría grito: el grito perenne, necesario, sin fin ni principio que subraya la ausencia; un grito de rebeldía, limpio, tan distinto de los que debió de proferir hacia el final. Más allá de una venganza que rechazas por estéril, su nombre en los despojos es más que la cruz que marca el punto o certifica la existencia de quien falta, porque señala un alto irreversible en el camino, la interrupción de un futuro, truncado por el odio, defendido con astucias que te niegas a aceptar.

Cuando la piedra se hace nombre, el nombre muda en grito y el grito en presencia, como en las huellas de mortero que alguien colmó de resina en las calles de Sarajevo para preservar un dolor que la reconstrucción ya está borrando, o en las losetas de latón que años después de otro exterminio obligan al viandante a inclinar la cabeza ante los deportados: *Stolpersteine* para aprender a distinguir, uno por uno, los gritos individuales que habitan las fosas, para evitar la tentación de instalar al pasado en algún rincón asordinado de nuestra memoria.

Había algún bebé entre los cuerpos que hicieron compañía a tu sobrina bajo tierra, infante sin nombre a quien nadie buscará. Imaginar sus huesecillos reaviva la asfixia que acarrea el convivir con la vergüenza, y agradeces no haberte convertido en criminal, como ellos pretendían. Todo te conduce a Sara y la alegría de saber que sigue viva, donde esté.

Volverás a un hogar que no lo es para abrazar unos huesos que sí sientes tuyos, que acogerás como abrazaste a Nina mientras respiró. Porque lo abarcarás todo, la muerte y la vida, la sobrina que os robaron y la hija que podrías recobrar, la adolescente a la que repudiaste y la que os arrebataron. Has susurrado a Nina—y te preguntas si lo sabe, ahora que calla—que todo

este tiempo has vivido engañada. Porque no hay reparación, has comprendido, que no dicten la piel y la voluntad de estar presente. No hay más salida que el perdón—el mismo que no puedes conceder a quien te hirió —porque no hay posibilidad de redención sin obtenerlo.

Y sí, Nina lo sabe: porque Sara, te dice—o tú has querido creer que lo dice ella—, es la parte de ti que seguirá avanzando cuando faltes, el recuerdo viviente que se mantendrá en pie, perseverante en el rechazo al exterminio al que os sometieron. Es la reparación que has estado buscando, pero sólo la obtendrás si la liberas. Nadie os podrá silenciar mientras ella os defienda, por mil veces que blanqueen la pared.

Está en tus manos alejarte de la Hana en que quisieron convertirte, actuar sobre la parte de la herida que se puede cerrar, ser la Hana que avanza: descargar a tu hija de culpa y mostrarle quién fuiste, si accede a escuchar; revelarle, también, que celebras que exista. Y cruzar los dedos, confiando en que se arriesgue a ser denuncia: testigo y clamor de las que no podrán gritar.

Revivir el pasado puede ser tan imprudente como visitar el lugar recordado y comprobar que no hay nada allí de lo que fuiste, pero volverás, pese a todo, a lo que fue tu hogar. Hasta hace poco daba igual, pero aún no quieres morirte. Te asomarás a la fosa enfrentando un abismo, y con los brazos extendidos a un futuro posible, transformada tú también en hendidura, gritarás.

AGRADECIMIENTOS

A Begoña Acero, a quien tanto he buscado para agradecer su análisis—que lo cambió todo—de *Continuidad de los parques*. «En un buen texto—repetías—nada es gratis». Si desde entonces me esfuerzo en encontrar la palabra exacta, si hoy escribo, es por ti. Ojalá te llegue este mensaje.

A Oscar y Lydia, por las infinitas lecturas y el apoyo inagotable. Esta novela es para ellos.

A mamá y papá, los padres que siempre quise tener.

A Laia, de quien he aprendido que es posible volver. A Abril, mientras busca su sitio. A Isaac, que me defiende en las aulas. A Lauri, *meine Schwester: alles Gute*.

A Cecília, que en mi cabeza sigue siendo invencible: por cada segundo, por el verde de todos los bosques.

A mi queridísima Isabel Alba, por su presencia constante y por estar dispuesta a leer esta versión antes que nadie.

A la familia Carreño-Mateu, que me regaló un recuerdo.

A mi querida Dragana Kršenković Brković, por la amistad en los libros.

A Ilaria, que me cedió el nombre.

A Mercè Buxadé y Alessandra Caprari, mis referentes en materia de mujeres y violencia.

A Bel Olid, Carlota Gurt y Marta Rojals, por su generosidad.

A los doctores Josep Brugada, Patrícia Such y Míriam Almirall, por su disposición a responder a mis preguntas.

A Jordi y a Pippa, por ayudarme a revisar el cuento que escribí para Paul Auster, y a Mary Fons i Fleming, que lo dejó impecable para que él lo leyera.

A mis admirados Marta Sanz, Enrique Vila-Matas y Jordi Carrión, por su lectura y su generosidad: mil gracias por estos *blurbs* que amplifican el grito.

A los amigos que habéis dedicado vuestro tiempo a leer esta novela: Marià, Laura, Elisa, Bel, Carlota, Isabel, Sandra.

A Sandra, de nuevo, por su manera de estar presente, en los libros y en la vida: es una alegría formar parte de este proyecto.

Al equipo de Quaderns Crema-Acantilado, por su trabajo: Lidia Aiguasenosa, Elena Barrio, Cindy Elvira, Cris Fernández, Ricardo Gallego, Jordi Guinart, Anna González, Vicente Hernández, Elisenda Julibert, Anna Muñoz, Emma Núñez, Helena Tremoleda e Irene Varó.

A Bernat Fiol, por creer en el texto y estar dispuesto a impulsarlo a gritar en otras lenguas.

A Pablo Martín Sánchez, por prestarme su voz y regalarme su amistad. *Et planyo, estimat, ara que he conegut el patiment que és traduir-me*.

A Cristina Fernández-Cubas, por su sentido del humor y los buenos momentos. Mil gracias por ejercer de intermediaria.

A mi querida Sara Morante, por los momentos de consultorio rápido vía WhatsApp.

A los (y, sobre todo, *las*, pues son siempre mayoría) integrantes de los clubes de lectura de Biblioteques de Barcelona y Casa Usher, por sus atinados comentarios sobre la traducción de algunos giros.

Y a Oscar, de nuevo, porque me distrae y me encanta. Porque me cuida, me hace

partir de risa y convierte en suyas mis batallas. Porque reboza las croquetas mientras termino esta página. Y porque todo agradecimiento, a su lado, queda en nada.

Reparo aquí algunas ausencias inexplicables en los agradecimientos de *Coníferas*: la de Gemma Godall, que me ayudó con Prokófiev, la de Dragana, que sugirió que pensase en espejos, y la de la Residencia Faber, de Olot, que me ofreció el silencio y una mesa enorme frente a un ventanal.

Esta novela ha sido merecedora de una subvención de la Institució de les Lletres Catalanes.

Los personajes de esta novela son ficticios, pero el sufrimiento que la inspira es bien real. En este instante, en todo el mundo, mujeres y niñas siguen siendo violadas. Ojalá no las dejemos caer en el olvido.

TÍTULO ORIGINAL
Matrioixques
Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es
© 2022 by Marta Carnicero Hernanz
© de la traducción, 2023 by Marta Carnicero Hernanz
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S.A.
Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.
ISBN: 978-84-19036-53-7
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
febrero de 2023

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.